



Facultad de Humanidades
Instituto de Sociología
Carrera de Sociología

La figura de *el/lo flaite*. Juventudes ilegítimas en los discursos de jóvenes universitarios de Viña del Mar y Valparaíso

Otredad, estética, acción y definiciones morales en las fronteras simbólicas de lo juvenil

Memoria de Grado para optar al Grado de Licenciado en Sociología y Título Profesional de Sociólogo

Gian Franco Romano Andreo

Profesora guía: María Angélica Cruz

Dedicatoria y agradecimiento

Quisiera agradecer a la paciencia de mi hogar y mis padres

El ánimo y las discusiones sociológicas de Sofía

La confianza y el empujón necesario a mi profesora guía.

Y quisiera dedicarle el trabajo a Valentín, en agradecimiento a su asombro y su amor.

Índice

Dedicatoria y agradecimiento	2
Introducción.....	6
Primera parte: Formulación del problema	8
1.1 Contexto sociológico.....	8
1.2 Abordaje y problema de investigación	11
1.3 El espacio universitario	15
1.4 Los sujetos implicados.....	18
1.5 Relevancias de la investigación.....	20
1.6 Objetivo y pregunta general de investigación	22
1.7 Objetivos específicos.....	22
Segunda Parte: Panorama conceptual.....	23
2.1 Juventud, las juventudes y lo juvenil.....	24
2.2 Teoría interaccionista de la desviación	26
2.3 Performatividad.....	29
2.4 Otridad.....	32
2.5 Algunos elementos en torno al concepto de Fronteras Simbólicas.....	33
Tercera parte: Enfoque Metodológico	39
3.1 Tipo de Estudio.....	39
3.2 Universo.....	39
3.3 Muestra	40
3.4 Unidad de Análisis	44
3.5 Técnica de producción de datos	44
3.6 Técnica de análisis de datos.....	46
3.7 Calidad del diseño	48
3.8 Condiciones éticas.....	48
Cuarta Parte: Características generales del discurso, primer lugar de enunciación y el sujeto peligroso.....	50
4.1. La figura de “el/lo flaité”: ambigüedad ontológica, connotación negativa y su carácter habitual como primeras constataciones.....	50
4.2 El primer lugar de enunciación: las emociones.....	54

4.2.1 Risa y Burla. Flaite como objeto de risa.....	55
4.2.2 Incomodidad y molestia.....	58
4.2.3 Miedo	60
4.3 El Otro como sujeto peligroso: escenario del miedo.....	61
Quinta Parte: Contenido, pragmática, estrategias y trasfondo en la re-creación y re-producción de “el/lo flaite”.....	66
5.1 La imagen y lo estético	66
5.1.1 Consumos i-legítimos.....	68
5.2- Actitud y acción.....	79
5.3 Dimensión actitudinal como lugar de definiciones morales: el trasfondo de las fronteras morales.	83
5.4 Estrategias, tensiones discursivas y ¿Son los jóvenes universitarios los menos discriminadores?.....	89
5.4.1 Cuatro estrategias discursivas	93
5.4.3 Lo juvenil y “el/lo flaite”: frontera y definición moral para juventudes ilegítimas.	101
Sexta parte: Conclusiones.....	104
Bibliografía	114
Documentos referidos	120
Anexos	121
Anexo n°1. Consentimiento informado	121
Anexo n°2. Porcentaje Matrícula por Región BD_SIES2012	122
Anexo n°3 Pauta de entrevista	123
Anexo n°4 Lista de códigos	125

Introducción

En la sección sobre discriminación de la 6° Encuesta Nacional de la Juventud (INJUV, 2010), ante la pregunta por cuál grupo de personas no le gustaría tener de vecino, un 62,1% de los jóvenes universitarios señaló a los “Flaites”, quedando dicha figura en el segundo lugar de indeseabilidad, luego de los “Neo-Nazis”.

Por otro lado, gran parte de los estudios sobre discriminación, señalan en sus resultados que los jóvenes son los menos discriminadores (o los más tolerantes) y que dentro de ellos, el joven universitario y el joven de estratos altos serían los sujetos más tolerantes de todos (Aymerich, Canales, & Vivanco, 2013; Aravena & Alt, 2012). La conclusión podría ser enunciada de la siguiente manera: *a menor edad y mayor educación más tolerancia; a menor edad y mayores recursos, menos discriminación*. Efectivamente respecto a algunas de las figuras de otredad propuestas en la encuesta, este principio se cumple. No obstante, respecto a la figura de los “Flaites”, el resultado es inverso.

Con este panorama de trasfondo y asumiendo una estrategia de abordaje procedente de la Teoría Fundamentada (Strauss & Corbin, 2002; Glaser & Strauss, 1967) la presente investigación se propone descubrir los significados que se ponen en juego en los discursos de jóvenes universitarios que re-crean y re-producen la figura de “el/lo flaite” en el Chile actual. Aquí, el joven universitario es interpelado a partir de “el flaite” en tanto imagen cultural de sujetos juveniles subalternos del Chile actual y, a la vez, como elemento discursivo propio del campo juvenil (“el/lo flaite”).

Para la realización de dicho objetivo, se llevaron a cabo entrevistas abiertas a jóvenes universitarios de diferentes planteles de la Quinta región como técnica principal de levantamiento de datos. De forma complementaria y exploratoria se realizó un grupo de discusión y observaciones participantes.

Esta propuesta investigativa se traduce, en términos generales, en que nos sumergiremos en los procesos de construcción y reafirmación de los contenidos morales hegemónicos de la vida social cotidiana, que encuentran cierta especificidad en el campo de lo juvenil del Chile actual. Este recorrido, nos permitirá (y obligará en cierto sentido) abordar temáticas como discriminación de clase, alteridad, construcción del sujeto peligroso y la configuración de identidades en sujetos universitarios del Chile actual. En términos específicos, la investigación indaga en las dimensiones y los significados, las condiciones de posibilidad y las funciones que cumple el discurso que re-producen y re-crean la figura de “el/lo flaite”.

En la medida en que las prácticas discursivas que re-producen y re-crean la figura de “el/lo flaute” cobran sentido en las dinámicas del campo de lo juvenil, la presente investigación se enmarca y dialoga con la problemática de lo joven (la juventud, las juventudes y lo juvenil) en Chile. En este sentido es relevante tener en cuenta que, como lo señala la literatura, la condición de juventud está cruzada por la clase, el género y los marcos institucionales (Margulis & Urresti, 2008). Al mismo tiempo vale adelantar que la figura de “el/lo flaute” se caracteriza por referir a una estética y una imagen determinada, es decir, es una figura que se constituye también con elementos propios de lo que se ha denominado como *culturas juveniles*.

En el espíritu del clásico estudio de los hermanos Mattelart (1970), la presente investigación se propone poner en tensión al sujeto juvenil universitario, desde una figura relativamente presente en sus discursos y que moviliza un sinnúmero de significados en lo social, con el objetivo de dar cuenta hasta qué punto la diversidad del mundo juvenil cumple la promesa de igualdad que deslizan algunas aproximaciones a este fenómeno de lo social. En suma, se trata de someter a examen heurístico a la figura de *el/lo flaute* en un espacio sociológico y contexto socio-cultural específico, para dar con sus usos y significaciones sociales, trazando sus límites y posibilidades.

Primera parte: Formulación del problema

1.1 Contexto sociológico

Si bien Bourdieu (1990) en 'La juventud no es más que una palabra' desarrolla una importante y estimulante crítica respecto al uso del concepto de juventud en el quehacer sociológico¹, resulta revelador el conjunto de acciones y movimientos dirigidos a éste grupo social, desplegados desde políticas públicas, instituciones gubernamentales, publicidad, medios de comunicación, discursos políticos e, incluso, desde las Ciencias Sociales (Feixa, 2006; Muñoz, 2004). Vemos cotidianamente que desde diferentes ámbitos del poder estos sujetos y este campo social que denominaremos como *las juventudes* (Duarte K. , 2000) y *lo juvenil* (Margulis & Urresti, 2008) son continuamente construidos, intervenidos, producidos y maquillados. Los elementos utilizados para éste propósito son imágenes, discursos y estadísticas que toman las formas de apologías y amenazas, idealizaciones y alarmas (Muñoz, 2004).

Todo una extensa escenografía es montada a propósito de la cuestión de "la juventud" en el contexto de la realidad del Chile actual, neoliberal; sociedad donde el consumo funciona como la forma central de sociabilidad e integración social, un Chile conservador y desigual (Moulian, 2002; Leyton, 2008) donde sus jóvenes se desenvuelven en el contexto de un sistema educacional radicalmente segmentado y virtualmente privatizado (Redondo, 2000; 2005).

Acto seguido, la incertidumbre propia de nuestras sociedades hace de los jóvenes un segmento en especial vulnerable: el desempleo juvenil duplica, e incluso ha llegado a triplicar, las tasas de desocupación nacional (Instituto Nacional de Estadísticas, 2006; OIT, 2007). El mercado laboral ofrece un campo altamente precarizado, poco atractivo, sobre todo para los sectores más empobrecidos (Rabb, 2008). Los delitos cometidos por jóvenes aumentan, a la vez que la delincuencia, en general, y la delincuencia juvenil, en particular, hace de condensación de miedos e histerias colectivas. Desde las altas esferas del poder se habla majaderamente de la "guerra contra la delincuencia", cruzada que se posiciona como noble, necesaria y, sobre todo, urgente (Hurtado, en Rodríguez, et.al. 2007). Y es que, mientras las estadísticas hablan de un aumento relativo, pero progresivo de los delitos cometidos por jóvenes en las últimas décadas (Fundación Paz Ciudadana, 2003), los correlativos procesos de marginación, precarización y frustración de un sistema desigual y excluyente son invisibilizados (Monares, 2007). De trasfondo, el promedio de edad de una población penal

¹ Vale constatar por ahora que dicho concepto está tensionado por un sinnúmero de discusiones teórico-epistemológicas

altamente precarizada y marcada por un fuerte sesgo de clase, se sitúa en los 22 años (Hurtado, 2007).

Al mismo tiempo en que el mercado se presenta en primera instancia como el espacio predilecto, si no el único, de individualización (Beck, 1998) y construcción identitaria, por debajo de sus credenciales e impronta democrática los ciudadanos-consumidores son objeto de segmentación, y una parte importante queda excluida del festín de mercancías e imágenes; los jóvenes de sectores empobrecidos reciben el golpe más fuerte de dicha exclusión (Duarte C. , 2009).

Toda esta escenificación es revestida por un movimiento que hace de *lo joven* el objeto predilecto de deseo, el espejismo en torno al cual todos los objetos adquieren su valor simbólico de seducción. Es el cuerpo, el cuerpo joven, juvenilizado y estetizado, el mayor objeto de deseo en una *sociedad de consumo* como la nuestra (Baudrillard, 2009), tal objetivación de lo joven se contrapone y superpone a la realidad de jóvenes y juventudes que viven las exigencias del mundo del éxito sin contar, la mayoría de las veces, con las condiciones para dar con el molde; y a pesar de las estrategias que despliegan para mantenerse dentro del juego del consumo, la frustración sella la experiencia (Duarte C. , 2009).

Las exigencias descritas se presentan en un escenario caracterizado por una distribución de ingresos –y concentración de poder- particularmente desigual, donde la brecha entre el 5 por ciento más rico de la población y el resto es abismante (Mayol, 2012), lo que posiciona a Chile como uno de los países más desiguales de Latinoamérica. Bajo estas condiciones es esperable que en Chile las distinciones de clase social resulten ser particularmente acentuadas.

En este mismo sentido, el origen socioeconómico cobra una relevancia central en el acceso a oportunidades y recursos, quedando muy poco margen para la realización del ideal meritocrático de igualdad. Esto se refuerza con la relevancia cultural que adquieren apellidos y origen étnico en la distribución (histórica) de estos mismos recursos (Nuñez & Gutiérrez, 2004).

Con Araujo (2009) es posible profundizar éste panorama respecto a los modos en que los individuos en Chile viven la cotidianidad. En su investigación sobre las formas en que estos articulan su relación con las normas sociales (a partir de la noción de derecho) y su experiencia de lo social, la autora descubre que los individuos de clases bajas habitan la cotidianidad enfrentados invariablemente a la discriminación y la estigmatización. El concepto de derecho como ideal regulativo de las interacciones sociales carece de significado y relevancia en este sector social. A nivel de la cotidianeidad:

“el problema se juega del lado de la dignidad, de su condición de seres humanos, de la posibilidad básica y primaria de constituirse simplemente como sujetos posibles de reconocimiento en lo social.” (Araujo, 2009, pág. 46)

Aquí el concepto de discriminación “apela a un tratamiento diferenciado sobre la base de un rasgo distintivo en la persona ya sea adscrito o suscrito” (Araujo, 2009, pág. 48), contraviniendo el fundamento de igualdad, base en el orden del derecho, y opuesto a la discriminación y al privilegio. El ser pobre se presenta aquí como:

“una marca de distinción fundamental y los rasgos que definen la pertenencia al conjunto de los pobres son concebidos como definitorios en términos del tratamiento recibido y del acceso a las oportunidades y recursos.” (Araujo, 2009, pág. 49)

La pobreza pasa a ser el rasgo que, al construirse como diferencia, marca el punto de partida desde donde se crea la desigualdad de condición y status.

Lo anterior se traduce en que ser pobre en el Chile actual “es constituirse como aquello que sirve como referente contraidentificadorio para los otros” (Araujo, 2009, pág. 53). En este sentido, el pobre debe lidiar con la asociación que se posa sobre él con la delincuencia. Asociación que consolida su condición de ser lo rechazado y lo temido en lo social. Esto crea una gran tensión en los sujetos a la hora de identificarse a sí mismo en su condición de pobreza (Araujo, 2009). Asociado a esto, es coherente que entre un 60% y un 80% de la población chilena se entienda a sí misma como de clase media (Araujo & Martuccelli, 2011).

En este contexto desalentador, los jóvenes se ven enfrentados a una vigilancia muy rígida en relación a la apariencia, aún más cuando ésta se sale de los patrones normalizados-hegemónicos. En la apariencia se juegan la asociación con la delincuencia y la permanente sospecha de que son objetos estos jóvenes. La apariencia toma un lugar central en tanto factor determinante en el tratamiento recibido por el otro, como elemento central de ciudadanía (Araujo, 2009).

Esta marca que pesa sobre el pobre y la pobreza, se da en una sociedad chilena que ha adquirido mayor complejidad y diversificación respecto a su estructura social (Araujo & Martuccelli, 2011). En este sentido, el fenómeno de la pobreza también hoy muestra una heterogeneidad de formas, lo que se cristaliza en el concepto de “nueva pobreza” (Espinoza, 2009). La “nueva pobreza” implica que coexisten diferentes configuraciones de sujetos, escenarios y prácticas al interior del fenómeno de la pobreza.² Por lo que la marca y el estigma que pesa

² Alguna de las dimensiones que intervienen son el mercado de trabajo –precarización o desocupación-, la segmentación de servicios sociales, el consumo como medio de diferenciación e integración social, la movilidad social (empobrecimiento y enriquecimiento), territorialidad y segregación, lazo social y sociabilidad.

sobre la pobreza es sobre un grupo que, si bien comparte una misma condición, sus configuraciones y prácticas sociales no son necesariamente del todo homogéneas (Espinoza, 2009).

En términos de asociatividad y agencia, lo anterior se enmarca en un proceso profundo de despolitización experimentado al interior de la sociedad chilena. La despolitización constituyó una de las características centrales del período de transición –o post-dictadura-, que se tradujo en un repliegue general hacia lo privado, enmarcado en la consolidación del modelo social neoliberal (Mayol, 2012). En este movimiento los jóvenes no fueron la excepción y, además, sirvieron como sujeto de expiación en torno a la devaluación de la política, marcando a los jóvenes como sujetos apáticos (Toro Maureira, 2008). En este contexto la política institucional dejó de ser un punto de referencia para la construcción identitaria de los jóvenes, y la asociatividad se circunscribió en ámbitos donde la política parecía quedar fuera (INJUV, 2000) y donde lo estético y cultural fueron adquiriendo central relevancia.

En este contexto de despolitización emergen las culturas juveniles. Fenómeno que se caracterizan por la utilización de códigos estéticos y lingüísticos en las construcciones identitarias que los sujetos ponen en juego; aquí los matices y la polifonía se hacen presentes en un calidoscopio cultural (Zarzuri & Ganter, 2003). En este contexto lo urbano se presenta como el escenario:

“...paradigmáticamente moderno de producción y reconstrucción de identidades cotidianamente significadas (...) y que nos remite (...) a un registro circunscrito en la dimensión del poder. (...) Las identidades – sustratos dinámicos y provisorios de sentido- se ven ante la necesidad de (re)pensarse/(re)presentarse incesantemente frente a otras lenguas -saberes- que luchan/compiten por establecer sus propias bases de su actualidad.” (Zarzuri & Ganter, 2003, pág. 69).

Es así como los jóvenes urbanos –de diferentes clases sociales- son interpelados socialmente a construirse a sí mismos.

1.2 Abordaje y problema de investigación

El concepto de juventud, como lo veremos más adelante, dista mucho de ser unívoco. Su contenido es relativo histórica y socialmente y su tratamiento por parte de las Ciencias Sociales es restringido y, a la vez, gatillado por las irrupciones históricas que marcan su emergencia social y política: juventudes universitarias, juventudes populares o culturas juveniles, según sea el caso (Aguilera, 2009).

Hoy por hoy la *juventud-problema* es la forma hegemónica de objetivación de este campo diverso de *las juventudes*³ (Duarte K. , 2005). Objetivación que

³ Si bien respecto al tema de la juventud al interior de las Ciencias Sociales han ganado campo perspectivas culturalistas y constructivistas, los discursos sociales hegemónicos (medios de comunicación y otras disciplinas) siguen tributando a una visión conservadora y adultocéntrica.

posibilita la actualización de dichos sujetos en un sistema que los segmenta y excluye (Redondo, 2000; Duarte C. , 2009). Dicha exclusión –pobreza, marginalización, segregación- precisa de un sinnúmero de dispositivos (administración urbana, políticas públicas, políticas policiales, publicidad, medios de comunicación, etc) para prescribir, controlar, separar y producir su actualidad. En éste contexto emergen ciertas figuras que condensan significaciones sociales y que se hacen parte, también, de estos dispositivos de control social. Es aquí donde la asociación frecuente entre juventud (sobre todo juventud popular) y violencia, juventud y delincuencia, adquiere cuerpo.

Situados en este contexto, la presente investigación propone un abordaje que busca una lectura particular de la problemática *juvenil* tomando como punto de partida y objeto un concepto del habla nativa: “el/lo flaite”. Se trata de descubrir en su realidad discursiva sus implicancias sociológicas en la constitución del escenario juvenil del Chile actual.

Dado que el propósito de la presente investigación se juega, en parte, en dar cuenta de lo que la figura de “el/lo flaite” pone en juego en los discursos de jóvenes universitarios, no nos adelantaremos a una definición taxativa de lo que esta figura “es”. Por ahora, nos quedaremos con la definición provisoria que hace Araujo de la misma:

“es una palabra de significados varios, pero que de manera general se puede decir que identifica a jóvenes que adhieren a un tipo de cultura juvenil asociada a las “poblaciones”, zonas residenciales de sectores de escasos recursos” (Araujo, 2009, pág. 53).

En el año 2005 el programa radial *Máximo Volumen* (Radio Carolina) se vio envuelto en una polémica en torno a una campaña que, según sus creadores, pretendía ser humorística. Esta pseudo-campaña se tituló *Pitéate un Flaite* y consistía en la escenificación de un llamado a la eliminación de las personas que respondían a las características que se atribuyen a *un flaite*, al tiempo en que se acudía a un estereotipo de joven urbano, pobre y delincuente. Las connotaciones clasistas y discriminatorias motivaron a un grupo de ciudadanos patrocinados por la entonces diputada Carolina Tohá a presentar un recurso de protección en contra de la emisora. Luego de esto, la radio decidió sacar dicha campaña del aire (Jaque, 2005). La campaña *pitéate un flaite* también emerge en la investigación de Araujo (2009), como expresión de violencia por parte de la sociedad sobre los pobres, manifestándose con gran crudeza el movimiento de desplazamiento, donde pitéate es sinónimo de desaparecer, de borrar al Otro encarnando en la figura de “el/lo flaite”.

Con estos antecedentes es posible hacer una primera aproximación al lugar

que ocupa la figura de “el/lo flaite” en el discurso juvenil. Como adelantábamos en la introducción, en la 6ª Encuesta Nacional de la Juventud (INJUV) al indagar sobre discriminación ejercida por jóvenes, se operacionaliza la problemática del sujeto social no-deseado preguntando por aquel(los) grupo(s) de personas que no se quisiera(n) tener como vecino(s). Es aquí donde “Flaites” aparece en tercer lugar, con un 47,4% de preferencias luego de “Neonazis” (68%) y de “drogadictos/alcohólicos” (58%). Resulta interesante que desagregado por nivel educativo, para los jóvenes universitarios “Flaites” adquiere el segundo lugar con un 62,1%, por encima de “drogadictos/alcohólicos” (58,1%). Algo similar sucede en el estrato socioeconómico ABC1, donde “Flaites” también ocupa el segundo lugar con un 63,8%. A la inversa, en los estratos E y D el “Flaite” ocupa un cuarto lugar con 37% y un 40% respectivamente, superados por el grupo skin-heads con un 41% (INJUV, 2010).

La primera diferencia cualitativa que es posible distinguir en torno a la aparición de ésta figura de “Flaites” como un *Otro* indeseable en la reciente Encuesta Nacional de Juventud hace referencia a su estatus conceptual. Es el único grupo que aparece entre comillas y a la vez, en primera instancia, es el más difícil de clasificar. Los criterios sobre los cuales son agrupadas diferentes personas son más o menos claros en todos los otros sujetos que se proponen en la encuesta. Es así como es posible hacer la siguiente agrupación de *Otredades* propuestas en la encuesta –tabla n°1- por criterios de discriminación:

Tabla n°1 “Clasificación de Otreddades propuestas en la 6° Encuesta de Juventud”

Procedencia étnica	Problemas de salud	Demográfico	Procedencia geográfica	Credo religioso	Diversidad sexual	Grupos autodenominados
Gitanos	Drogadictos alcohólicos	Adultos mayores	Peruanos- Bolivianos	Musulmanes	Homosexuales -lesbianas	Neo-nazis
Mapuches	Personas con problemas de salud mental		Otros extranjeros			Skin-heads
Otros pueblos indígenas	Personas con discapacidad		Asiáticos			

Fuente: Elaboración propia en base a Sexta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2010)

En este universo de otreddades que se proponen en la encuesta, cada clasificación queda sociológicamente cubierta. Por ejemplo, la *otredad* en tanto problemática de salud hace eco, por un lado, a la dinámica clasificatoria entre normal y anormal que muy bien retrata Foucault, por ejemplo, en *Los anormales* (2001) y, por otro lado, a la problemática de la estigmatización abordada por Goffman en *Estigma* (1998). Las categorías que responden a un criterio étnico hacen eco a la problemática de la colonialidad del poder (clasificaciones jerárquicas de razas) sobre la cual se estructura la geopolítica global y local (Quijano, 2000). La diversidad sexual da cuenta de las clasificaciones heteronormativas que producen y ejercen distinciones de la cual la perspectiva de género se ha encargado de dar cuenta, etc.

Hay dos Otreddades propuestas en la encuesta que hemos dejado fuera de la tabla n°1, dado que resulta pertinente detenernos específicamente sobre ellas; se trata de Pobres y “Flaites”. Asumiendo que la figura de “el/lo flaites” y el pobre son sujetos que comparten el ser significados en tanto su pertenencia de clase, en tanto sujetos subalternos, lo más relevante es el dato de que un 2,6% de los jóvenes consideran a los “pobres” como indeseables, mientras que a los “Flaites” un 47,5%.

Entonces, vale preguntarse ¿Cuál es la diferencia entre uno y otro que hace

que para los jóvenes universitarios sea relevante “el/lo flaute” y no, así, “el pobre”? ¿Qué cambia en el discurso de discriminación de clases en las nuevas generaciones del Chile Actual? En este sentido, queda claro que al preguntarnos por los significados y las dimensiones que se ponen en juego en el discurso que re-crea y re-produce la figura de “el/lo flaute” en el campo de lo juvenil, implícitamente también estamos preguntando por ¿Cuál es la forma en que los jóvenes universitarios actualizan la discriminación social y qué elementos nuevos son posibles de distinguir? Al complejizarse el escenario social –sistema de posiciones y jerarquías sociales- en donde son significadas las relaciones de dominación (Araujo & Martuccelli, 2011), la pregunta por cuáles son los recursos y repertorios culturales que la hacen posible (o sea, la pregunta por el cómo) se hace muy pertinente.

Si bien “flaute” no es la única figura que es utilizada para connotar al *Otro* en el Chile actual, sostendremos que es una figura que contiene ciertas especificidades con respecto a las formas de subjetivación del Chile neoliberal y sus relaciones de dominación, en otras palabras, se trata de una figura que condensa una relación de dominación que se da al interior y a través de los límites que los códigos de la integración social demandan.

Lo anterior es relevante, en la medida que hoy las disputas sociales y políticas se juegan en gran parte a nivel cultural, donde el signo y lo simbólico se convierten en objetos estratégicos de disputa y, al mismo tiempo, de complejización del escenario de identidades, posiciones y configuraciones de sujeto.

1.3 El espacio universitario

El primer criterio que nos lleva a considerar el espacio universitario como *ad hoc* para nuestra investigación tiene que ver con el juego de expectativas que encierra dicha institución. La Universidad se presenta como un espacio institucional con un diferencial cualitativo, propio del carácter y lugar que la Universidad ocupa en sociedades modernas/modernizadas. Este diferencial toma tres formas distintas: lugar donde se condensan expectativas de movilidad social y estatus, lugar legítimo de producción de saberes y visiones del mundo formalizadas y, dado la progresiva expansión de ésta, un lugar de difusión y cristalización cultural (Orellana, 2011).

En este sentido, los discursos encuentran aquí un lugar socio-histórico de anclaje. La institución universitaria nos posibilita situar discursos juveniles en un contexto relativamente específico. Dado que si una de las interrogantes que motivaron la presente investigación fue ¿Cuál es la construcción de *lo juvenil* que

entrañan las prácticas discursivas que re-crean y re-producen la figura de él/lo “flaite”? La pregunta que deviene es por el sujeto que enuncia, es decir: ¿Prácticas discursiva de quién?

Es aquí donde aparece el espacio universitario como posibilidad y oportunidad, en la medida que se presenta como lugar de sujeción con ciertas características históricas y estructurales que abren el camino para su interpelación. El espacio universitario puede ser visto aquí, más allá de su dimensión organizacional, como parte orgánica de nuestra sociedad, donde sus dinámicas nos hablan también de las dinámicas sociales, la tensiones y las relaciones de poder que la constituyen (Orellana, 2011). Además, este espacio alberga a un sujeto de gran relevancia en el campo investigativo sobre la juventud en nuestro país: *la Juventud Universitaria* (Salazar & Pinto, 2002).

Vale mencionar, primero que todo, que el sistema universitario ha experimentado un cambio radical desde la contra-reforma privatizadora llevada a cabo en el régimen dictatorial que, entre otras cosas, ha hecho del sistema universitario un entramado de una complejidad considerable. Tironi (1984) ya identifica esta diversificación del mundo universitario en la mitad de la década de los ochenta cuando las universidades privadas aún no habían irrumpido del todo en escena. Con toda la simplificación que obligan estas breves líneas al respecto, lo importante es que, por un lado, el escenario universitario cambió inapelablemente en la misma dirección que lo hizo la propia sociedad chilena (Redondo, 2005; 2005b) y, por otro, hay algo que no ha cambiado en lo sustancial. La universidad sigue siendo objeto de las máximas expectativas sociales de logro individual, ascenso y status social. Todo esto sin negar el carácter reproductor que el sistema educativo tiene en nuestra sociedad. En el caso de Chile esto último se traduce en que la movilidad social lograda por estudios superiores tiende a ser casi en su totalidad de carácter estructural, es decir, se trata de mejoras relativas de las condiciones de vida que responden a la tercerización de la economía, y que en la gran mayoría de los casos se traduce en una movilidad al interior de (o dentro de los límites) una misma clase social (Orellana, 2011).

El viejo sistema universitario sostenía una idea de meritocracia donde el espacio universitario funcionaba como un lugar de encuentro (encuentro entre “iguales” desiguales) y, por lo tanto, lugar de sujeción y de subjetivación diferente a otros espacios sociales. Si bien hoy el carácter meritocrático ha sido empíricamente refutado (Nuñez & Gutiérrez, 2004) y socialmente cuestionado (Mayol, 2012) es posible decir que aún persiste la idea de un espacio universitario que cumple con la función de ser el espacio virtual donde ésta igualdad se

elabora, se pone en juego o se simula. En el nuevo Sistema de Educación Superior, los procesos de sujeción y subjetivación se ven tensionados tanto por la composición socio-económica dentro de cada institución, las formas de inclusión y exclusión del sistema y por la puesta en juego de expectativas. La posibilidad del estudiantado de pensarse como un “nosotros”⁴ pareciera enfrentarse a mayores obstáculos y, por lo tanto, las distinciones que se producen al interior del sistema y hacia fuera de éste, cobran relevancia.

Que la universidad aún se piense como el espacio predilecto donde la expectativa de “igualdad de oportunidades” se pone en juego, cobra mayor relevancia a la hora de constatar que el 69% de los estudiantes de Educación Superior son la primera generación de su familia en entrar a la educación terciaria (Orellana, 2011).

Otro factor que justifica la pertinencia de esta elección es de carácter histórico y tiene que ver con la herencia política y el papel que tuvo “la juventud” universitaria desde su irrupción en el quehacer histórico y público de nuestro país. Juventud que con el hito de la fundación de la FECH en 1906, en rebeldía contra el sistema oligárquico del cual provenía, se hizo de las banderas de las luchas populares optando finalmente, según Salazar & Pinto (2002), por el camino populista. La Universidad pasa a ser desde aquel momento hasta 1973 el *locus* institucional de las juventudes chilenas, y un espacio si no de convergencia histórica, sí de encuentro y coincidencia con las juventudes populares (Salazar & Pinto, 2002).

Con todo, la relevancia que adquiere el espacio universitario, por transfigurado que se presente, es central y su papel en la construcción de los futuros profesionales y ciudadanos no puede ser menospreciado. Aunque su masividad, heterogeneidad y segmentación presenta más preguntas que respuestas sobre la construcción de ciudadanías y su impacto sobre la cuestión pública, quizás por lo mismo, se presenta como un lugar sociológicamente significativo y pertinente en el cual levantar preguntas sobre la configuración de lo juvenil, la otredad y discriminación en su seno.

⁴ Pierre Bourdieu da cuenta del importante papel que juegan las expectativas en el sistema escolar en tanto proveedor de títulos, derechos y aspiraciones. También nos relata la tensión y desilusión que causa el desajuste entre las expectativas y las posibilidades reales de un sistema escolar y universitario progresivamente masificado. Lo que se traduce en un malestar generalizado y vago (Bourdieu, 1990). Si bien, el caso chileno tiene sus especificidades, sin duda estos elementos están presentes, aún más cuando en pocas décadas se produjo un aumento progresivo y explosivo, aunque segmentado, de la matrícula en la educación terciaria.

1.4 Los sujetos implicados

Las investigaciones sobre juventud en Chile se ha ocupado de responder las interrogantes planteadas por tres sujetos históricos distintos: la juventud universitaria, la juventud popular urbana y las culturas juveniles. Para cada uno de estos tres sujetos las Ciencias Sociales se han armado de perspectivas teóricas y ha emprendido programas de investigaciones, se han escrito libros y publicado artículos y revistas. Cada una de estas problemáticas ha demostrado tener su especificidad y sus tiempos históricos propios, al mismo tiempo que diferentes perspectivas teóricas han hegemonizado cada uno de estos objetos investigativos (Aguilera, 2009).

Frente a la parcelación de los campos investigativos en torno al objeto de la juventud, pareciera pertinente buscar lecturas capaces de dar cuenta de la articulación y relacionalidad en el universo tratado. Hacer esto a partir de “el/lo flaité” es hacerlo desde discursividades concretas que nos obligan a abordar la problemática de discriminación, desigualdad y formas culturales con que se cristalizan estos fenómenos en los jóvenes de hoy. Se entiende que, en la práctica, esto significa matizar la separación disciplinar antes descrita.

Es así como la presente investigación pondrá en dialogo a una juventud universitaria que tradicionalmente ha sido abordada en sus dilemas políticos, una juventud popular que usualmente ha sido abordada en sus dilemas existenciales de supervivencia, y unas culturas juveniles que tradicionalmente han sido abordadas a propósito de su devenir estético.

Sin perder de vista esta idea de diálogo, será el *sujeto universitario* el interpelado a partir de la figura de *él/lo flaité* y con el cual haremos un recorrido por la realidad juvenil de nuestro país.

El sujeto universitario se configuró como un actor social relevante y central en el acontecer histórico del S.XX, con ciertas características más o menos claras, con un rol histórico determinado y con una relación con la sociedad más o menos prescrita. Empero, como también lo mencionamos anteriormente, el espacio universitario ha sufrido en los últimos 40 años cambios radicales que ponen en entredicho la figura misma de este *sujeto universitario*. En este sentido, el *sujeto universitario* implicado directamente en la presente investigación no es un sujeto ya dado y resuelto históricamente, sino un sujeto en tensión a partir de los cambios que el mismo espacio universitario y la sociedad chilena ha experimentado. Se trata, seguramente, de un sujeto universitario menos prescrito

y más vulnerable a la incertidumbre histórica, la precariedad económica, y la exigencia de la propia construcción identitaria⁵ (Orellana, 2011).

El segundo sujeto implicado no será buscado ni interpelado directamente, pero sin él no es posible hacernos las preguntas que convocan la presente investigación, se trata de *las juventudes populares*. Con toda la diversidad y riqueza que comporta éste sector juvenil, en este estudio sólo será aludida en tanto sujeto que es objeto del significante “flaite”. En este sentido, la problemática a tratar se acerca más a cómo se invisibiliza e imposibilita al *sujeto juvenil popular* en la (re)producción de *él/lo flaite* en el discurso de los *sujetos universitarios*, que a “representaciones del joven popular en la universidad”.

A nivel conceptual y normativo la juventud popular se ve implicada en la presente investigación como trasfondo de una potencialidad histórica y política⁶ (Hall, 1984). Por otro lado, a nivel empírico la juventud popular está implicada en la presente investigación en tanto sujetos concretos con vidas concretas sin las cuáles no es posible problematizar el campo de lo juvenil en el Chile actual en su relacionalidad. Asumiendo esto, es importante tener claro que la presente investigación no trata sobre la juventud popular ni sobre sus expresiones culturales, sino más bien sobre los discursos hegemónicos que sobre estos se imponen, invisibilizando su heterogeneidad y marcando su cotidianidad.

¿Qué es *el flaite* entonces? Por ahora podemos decir que será, operacionalmente, el instrumento de provocación. El gatillador a partir del cual buscamos purgar la forma histórica con la que hoy se articula el campo de *lo juvenil*. Para estos efectos, la figura de “*el/lo flaite*” no constituirá una mera representación, en tanto referencia a algo ya dado afuera y, por lo tanto, neutral. Lo que interesa, finalmente, es el ejercicio de posicionamiento al que se verá impelido el sujeto universitario en la figura de “*el/lo flaite*”.

En búsqueda del sujeto universitario, se realizó una muestra teórica compuesta de jóvenes universitarios de Viña del mar y Valparaíso. En relación a esto, podemos decir que la Región de Valparaíso es la tercera Región con mayor matrícula de Educación Superior en el país⁷, acogiendo la complejidad y diversidad institucional y de matrícula a nivel del Sistema de Educación Superior. No hay razón para suponer diferencias significativas en la configuración de estos

⁵El perfil del estudiantado de la Educación Superior de nuestro país ha cambiado drásticamente en las últimas décadas, pasando de “un tipo masculino, joven, de sectores sociales predominantemente altos o medios, y sin movilidad interregional, a otro en el que la cobertura no establece diferencias en términos de sexo, se observa mayor dispersión etaria, con alta movilidad regional y de gran –además de creciente- amplitud social.” (Orellana, 2011, pág. 87).

⁶ Esto es, lo popular no como una lista de características, actividades y objetos de utilización común por el pueblo (cultura popular en tanto tradición), sino que aquellas configuraciones que históricamente se establecen en tensión con el poder hegemónico.

⁷ Cálculo de matrículas pre-grado sobre Base de datos SIES_2012 (Ver en anexo n°2).

sujetos juveniles, en comparación con los del sistema. A lo anterior, se agrega el criterio de accesibilidad en la construcción de la muestra.

1.5 Relevancias de la investigación

Para terminar, retomaremos las relevancias de la presente investigación. La primera relevancia se relaciona con la capacidad de resolver la incongruencia o contradicción de los datos empíricos de estudios sobre discriminación social ya mencionados. Hacer esto implica pensar teóricamente el fenómeno a enfrentar, levantar el contexto pertinente y diseñar un abordaje que permitan dar una respuesta satisfactoria a partir de los datos levantados. En términos más generales, la presente investigación problematiza las lecturas en torno a cómo en el Chile actual, y desde el campo de lo juvenil, se procesan culturalmente las diferencias y desigualdades sociales, en un panorama de relaciones sociales altamente heterogéneo, tal como la literatura sobre estratificación, clases sociales y pobreza ha venido dando cuenta últimamente en Chile⁸ (Araujo & Martuccelli, 2011; Espinoza, 2009).

A nivel teórico, resulta relevante la incorporación de herramientas teóricas que usualmente no ocupan un lugar central en abordajes de problemáticas similares. Por ejemplo el concepto de performatividad o la problemática de la otredad. La eficiencia analítica de estos conceptos, es decir, la capacidad de estos de dar cuenta de rasgos constitutivos del fenómeno es una relevancia a tener presente. Por ejemplo, el concepto de performatividad nos permitirá profundizar en la dimensión positiva/activa que se juega a nivel de la interacción y la pragmática de los discursos que re-crean y re-producen la figura de “el/lo flaute”. Esto implica entender estos discursos como prácticas y acciones que tienen efectos, que cumplen una función y que comprometen al sujeto enunciante y que, por lo tanto, no son mero reflejo o epifenómeno de lo social. Otro ejemplo es la problemática en torno a la otredad. Respecto a la otredad la presente investigación entiende que su lugar en los constructos teóricos de la sociología debe ser re-pensada y re-valorada en la medida que se trata de una temática tradicionalmente relegada al quehacer antropológico.

También a nivel teórico, la presente investigación aporta a la problematización que se hace desde los estudios sobre juventud en torno al sujeto juvenil, específicamente con la idea de reestablecer la relacionalidad en el campo de lo juvenil, entendiendo que el énfasis unilateral en la multiplicidad y diversidad

⁸ Heterogeneidad conceptualizada para el caso de sectores vulnerables, por ejemplo, bajo la noción aglutinadora de “nueva pobreza”.

ha desdibujado esta dimensión relacional a nivel de las significaciones y símbolos que se juegan en este campo de lo social. Al mismo tiempo implica mirar desde las juventudes y lo juvenil las formas culturales que procesan la desigualdad social, permitiendo mirar -desde un punto de vista generacional- lo nuevo que presentan las juventudes a este respecto.

En relación al sujeto de la investigación, el presente abordaje implica reconocer al sujeto universitario como un sujeto inmerso en las mismas relaciones y, por lo tanto, objeto de las mismas tensiones y contradicciones, que el conjunto de la sociedad chilena. Si bien, esta consideración puede parecer simple u obvia, dado su activo rol de agente político esto tiende a quedar fuera del espectro de visión común en torno al joven universitario, preponderando cierta ilusión de escisión. Esta escisión relativa si bien tiene un sustento concreto referido a dimensiones relevantes de la vida social, por supuesto no puede ser ni total ni homogénea. En este sentido, una primera relevancia del abordaje propuesto tiene que ver con la capacidad de pensar y mirar un espacio y un sujeto muy relevante a propósito de una temática que tiende a evadirle. Y es que resultaría extraño pensar que al interior de los espacios institucionales de las universidades se anulan o congelan las tensiones propias de una sociedad tan desigual como la nuestra.

La relevancia práctica se expresa en la capacidad de visibilizar las nuevas formas de exclusión y violencia simbólica en la cotidianidad del campo de lo juvenil, en tanto que el objeto de estudio carga con una dimensión política y normativa que le es constitutiva. En este sentido, la preocupación por las tensiones que son capaces o no de procesar sujetos juveniles dentro de ciertos marcos institucionales, cobra relevancia a la hora de pensar en la construcción de ciudadanías en el Chile de hoy, sobre todo en lo relativo a las formas de pensar y relacionarse con otros en lo social.

También es posible distinguir una relevancia teórico-metodológica relacionada con la oportunidad de pensar una problemática sobre la cual se tienden a privilegiar aproximaciones deductivistas, desde un abordaje que toma herramientas analíticas y metodológicas provenientes de la Teoría Fundamentada. Esto se traduce en tomar como punto de partida un fenómeno empírico determinado para descubrir sus implicancias sociológicas y el trasfondo que lo sostiene. Este enfoque nos permitió mantener la atención analítica en los datos y la información levantada, sin perder de vista que es en la capacidad de dialogar con conceptos analíticos y perspectivas teóricas pertinentes, donde la apuesta de este abordaje debe ser sopesada.

1.6 Objetivo y pregunta general de investigación

En pos de develar los movimientos y recursos que la figura de “el/lo flaite” despliega en los discursos que la re-crean y re-producen, siempre atentos a la información emergente de los datos, la pregunta y objetivos que guían la presente investigación tiene la virtud y el defecto de no clausurar a priori el objeto de investigación. Por esta razón nuestra pregunta general es la siguiente: **¿Qué dimensiones y significados se ponen en juego en los discursos de jóvenes universitarios de Viña del Mar y Valparaíso que re-crean y re-producen la figura de “el/lo flaite”?** Lo que se traduce en el objetivo general: **Descubrir las dimensiones y significados que se ponen en juego en los discursos de jóvenes de Viña del Mar y Valparaíso que re-crean y re-producen la figura de “el/lo flaite”.**

1.7 Objetivos específicos

- Describir la figura de “el/lo “flaite” re-producida y re-creada por las prácticas discursivas de jóvenes universitarios de Viña del Mar-Valparaíso en la actualidad.
- Distinguir las dimensiones y significados que se movilizan en los discursos que re-producen y re-crean la figura de “él/lo flaite” de jóvenes universitarios de Viña del Mar-Valparaíso.
- Analizar el carácter performativo que comporta la re-producción y re-creación de la figura de “el/lo flaite” en los discursos de jóvenes universitarios de Viña del Mar y Valparaíso.

Segunda Parte: Panorama conceptual

En el presente apartado se expondrán las principales herramientas teóricas con las cuales la presente investigación ha establecido un diálogo en pos de observar y escudriñar su objeto investigativo. Si bien, a nivel metodológico y analítico, este estudio recoge de la Teoría Fundamentada (Strauss & Corbin, 2002; Glaser & Strauss, 1967) la actitud abierta frente a los datos que surgen del mismo, con el propósito de no prescribir los resultados y los posibles niveles de análisis, esto no implica, como ya se adelantó, una renuncia a establecer diálogos con las teorías y conceptos que parezcan pertinentes, ni menos asumir la idea de una teoría totalmente (exclusivamente) fundamentada en los datos. En este sentido, la pertinencia de la perspectiva fundamentada yace en disponer de las herramientas analíticas y metodológicas –el Método de Comparación Constante, por ejemplo– que permiten abrir el fenómeno estudiado en sus múltiples dimensiones, al tiempo que permite establecer un dialogo con diferentes líneas interpretativas. Como resultado de esta estrategia, durante el periplo de *conquista-construcción-comprobación* de nuestro objeto de investigación, los datos han sido puestos en diálogo con algunas perspectivas teórico-analíticas que le han dado profundidad y claridad a los datos y ha conducido el análisis cuando ha sido pertinente.

Antes de profundizar en cada una de estas perspectivas, resulta necesario detenernos en algunas implicancias de asumir consideraciones de la Teoría Fundamentada como referencia teórico-metodológica. La primera de ellas está relacionada a entender el fenómeno como *proceso*, es decir, como un objeto de estudio dinámico y desprovisto de fronteras formales, concibiéndose la comprensión del fenómeno en particular como parte del entendimiento de la totalidad del sistema social (Lapperière en Raymond, 2005). En segundo término, se asume que en el proceso investigativo, el investigador debe, por un lado, evitar percepciones pre-concebidas y, por otro, asumir un rol activo a partir de su capacidad de pensar los datos en términos teóricos, a través de la interacción constante entre la recopilación de datos, su análisis y experiencia (Parker y Roffey en Raymond, 2005). Lo relevante en este sentido tiene que ver con que no se presenta la investigación como proceso pasivo, sino que se reconoce el papel activo que tiene el investigador en el proceso mismo de construcción del objeto.

Una tercera implicancia relativa al uso de la Teoría Fundamentada está vinculada a la consideración del *concepto* como unidad de base del análisis, es decir, entendiendo que el problema fundamental no radica en caracterizar un dato en su completitud, sino en “establecer sus límites estructurales, descubrir de qué concepto constituye una instancia adecuada” (Lapperière en Raymond, 2005). De ello se sigue la importancia que tienen las creencias y elecciones del investigador,

en tanto tiene un papel activo en la elaboración de las categorías conceptuales en juego. En este sentido, es preciso explicitar que el propósito de la investigación no es la búsqueda exhaustiva de “la verdad”, sino más bien desarrollar un modelo teórico entendible y adecuado a los objetivos de la investigación misma.

A continuación se mostrarán las principales perspectivas, conceptos y discusiones con los cuales dialoga la presente investigación. En resumen, podemos adelantar que la teoría interaccionista de la desviación nos sirvió para abordar “el/lo flaute” como resultado de un proceso social de definición sobre lo normal y lo desviado. El concepto de performatividad re-elaborado desde la teoría de género, nos da algunas pistas de cómo entender la relación entre los discursos y los procesos de constitución identitaria y la relevancia que adquieren las categorías excluidas en este proceso. Se abordaron algunas perspectivas en torno al rol de la alteridad como categoría fundamental en el pensamiento humano y en la construcción de sentidos de pertenencia. Para circunscribirnos en el campo de estudios sobre juventud, abordamos algunos conceptos básicos que entregan claridad respecto a cómo entender la condición de ser joven en nuestras sociedades. Finalmente, el concepto de fronteras simbólicas (*symbolic boundaries*) incorpora dimensiones relacionales y experienciales en los procesos sociales de clasificación, integrando alguna de las consideraciones conceptuales hechas previamente, y permitiendo dialogar con tradiciones sociológicas que han estado preocupadas por el rol de la cultura en la reproducción de las desigualdades sociales.

2.1 Juventud, las juventudes y lo juvenil

La presente investigación se inscribe en los estudios de las Ciencias Sociales sobre juventud en Chile. Como ya se esbozó, el fenómeno de juventud ha sido desarrollado desde diferentes abordajes. Por un lado el abordaje socio-histórico que se preocupa de la juventud en tanto sujeto que irrumpe en el devenir histórico de nuestra sociedad. Por otro lado, un abordaje que entiende a “la juventud” como categoría de análisis de las Ciencias Sociales, en donde su status teórico-conceptual toma una relevancia central (Aguilera, 2009). Este último es el abordaje que nos interesa desarrollar.

Aguilera (2009) distingue tres grandes perspectivas que desde las Ciencias Sociales han servido para el abordaje del fenómeno de juventud: la psicológica/biológica, la socio-demográfica y la socio-cultural. Las dos primeras perspectivas le confieren un peso explicativo central al dato biológico y etario, entendiéndolo como un fenómeno transicional, sin hacerse cargo de su relatividad histórica y antropológica. En términos sociológicos la relación entre la edad

biológica y la edad social es compleja y se puede prestar para abusos cuando se habla de *los jóvenes* como si se tratara de “una unidad social, de un grupo constituido, que posee intereses comunes” (Bourdieu, 1990, pág. 165) refiriendo dichos intereses a una edad definida biológicamente. En este sentido, Bourdieu plantea que no es lo mismo ser un joven obrero o de sectores populares a ser un joven burgués o de clase media. En cambio la perspectiva socio-cultural reconoce el carácter socialmente construido y relacional de “la juventud”. Se es joven en relación a lo viejo y viceversa, definición que implica una demarcación de diferenciales de poder.

En la definición del concepto de juventud para las Ciencias Sociales ha sido medular el concepto de *moratoria social*, entendido como el tiempo social legítimo eximido de responsabilidades. Al mismo tiempo, la *moratoria social* responde a un fenómeno socio-histórico específico y delimitado por las configuraciones de clase de las sociedades modernas que, junto con los elementos estéticos provistos por la industria cultural y un nuevo discurso jurídico, funda la emergencia del sujeto joven tal como lo conocemos hoy (Reguillo, 2000).

La tendencia a la estetización de la juventud y su mercantilización –lo juvenil como símbolo central y objeto de deseo en las sociedades de consumo– presenta a la juventud como un sentido socialmente constituido y relativamente independiente de las condiciones materiales e históricas que condicionan a su significante. Lo que lleva a algunos autores a negar la juventud a los estratos populares –dado que adolecen de moratoria social y de los símbolos juveniles legítimos (Margulis y Urresti, 2008).

Para superar esta problemática, Margulis y Urresti (1998; 2008) plantean una distinción entre una dimensión fáctica/material y una dimensión simbólica/sígnica de la juventud. La dimensión fáctica refiere al concepto de *moratoria vital*, entendido como crédito energético y distancia vivida frente a la muerte, que se presenta como la base –biológica y material– sobre la cual la condición social de juventud se hace posible (Margulis & Urresti, 2008). Sobre esta base material es que el género, la clase social y el marco institucional, articula la condición social de juventud. Si *lo juvenil* depende de la producción y distribución desigual de signos y símbolos de juventud, *la juventud* como condición social, en cambio, existe en función de la edad, articulado con la clase social, el género y los marcos institucionales (Margulis y Urresti, 2008). Es posible distinguir a los jóvenes de los no jóvenes por la moratoria vital, y a los juveniles de los no juveniles por la moratoria social.

Dimensión fáctica que nos permite reconocer una dimensión material, sin caer en la fetichización positivista del dato etario. Si bien, lo simbólico y lo fáctico existen ineluctablemente unidos en el mundo empírico, dado que la moratoria social, la clase social y el género afecta y modifica los cuerpos jóvenes (y por lo tanto deja de ser mera cronología), la distinción analítica entre lo fáctico y lo simbólico nos presenta un principio equitativo en torno a la juventud, un contraste sobre el cual enfocar la relevancia de su distribución diferencial (Margulis y Urresti, 2008).

El concepto de *lo juvenil* nos permite adentrarnos a esa distribución desigual de signos y símbolos de juventud, frente a la constatación de que la condición socio-histórica de juventud no es distribuida de igual forma para todos los integrantes de la categoría estadística de jóvenes (Margulis & Urresti, 1998). Esta distribución desigual de símbolos constituye el marco general en el que se sitúa la presente investigación. En este sentido, cuando apuntamos a *lo juvenil* no hacemos referencia solamente a una cualidad (estática o sustantiva), sino más bien a un campo de lucha en el cual las cualidades de *lo joven* se pone en juego; conjunto de cualidades contrapuestas, antagónicas, convergentes, etc.

La juventud (*las juventudes* y *lo juvenil*) se presenta así en toda sus dimensiones: en tanto categoría social e históricamente construida, relacional (Margulis & Urresti, 2008; Lozano, 2003; Urcola, 2003), situacional, y atravesada por luchas de poder, tanto en la forma *joven/viejo* -disputa generacional de poder- (Bourdieu, 1990) y en tanto estrategia(s) de resistencia –formas de asociación, códigos estéticos, lingüísticos y estrategias identitarias- ante la economía de los poderes socialmente legitimados (Zarzuri & Ganter, 2003).

2.2 Teoría interaccionista de la desviación

La teoría interaccionista de la desviación, nos sirve para abordar “el/lo flaite” como etiqueta. Es decir, como expresión de una definición social procesual sobre un objeto determinado, que posiciona a este objeto -grupo o sujeto social- en uno de los polos de la dicotomía normal/desviado. Siguiendo la argumentación que realiza Becker (2012) entendemos que esta perspectiva es superior a las que explican la desviación social aludiendo a problemas del individuo, superior a las que dejan fuera de la problemática el proceso mismo de definición de la desviación y, en último término, a las perspectivas que asumen a priori una naturaleza extensiva de los consensos alrededor a las normas sociales.

Erikson y Duglas definen el campo de estudios de la desviación “como el estudio de la construcción y reafirmación de los contenidos morales de la vida social cotidiana” (En Becker, 2012, pág. 201). En este sentido, el fenómeno de la

desviación, desde una perspectiva pragmática y procesual, nos entrega herramientas analíticas muy pertinentes a la hora de observar lo que sucede con la figura de “el/lo flaute” en el discurso de jóvenes universitarios.

Si bien la teoría interaccionista de la desviación, en particular, y el interaccionismo simbólico, en general, tienden a suscribirse como enfoques micro-sociales, situacionales y, a veces, particularistas, la verdad es que estas características no implican una visión ingenua o atomista de la realidad. En este sentido, Becker (2012) es muy claro cuando dice que la perspectiva interaccionista de la desviación se preocupa de las definiciones que los actores sociales hacen unos de otros y *presta atención a las diferencias de poder que rodean y contextualizan estas definiciones*. Esto es central en tanto que el control de las definiciones del mundo constituye una de las principales formas que utilizan los grupos privilegiados para conservar su poder. Así, podemos entender que el estudio de la desviación escudriña en algunas maneras en que se da la opresión, la forma en cómo es sostenida y legitimada (Becker, 2012).

Para situarnos teóricamente, la perspectiva general que Becker adopta es la de entender al objeto de estudio de la sociología como *acción colectiva*. Ésta perspectiva general se basa en el hecho de que *las personas actúan juntas* (Mead, 2009), lo que hacen (o dejan de hacer) está en relación a lo que otros hacen, han hecho o harán en el futuro. Se recoge, así, la constatación simple de que la gente toma en cuenta lo que sucede a su alrededor.

En discusión con los principales abordajes del fenómeno de la desviación -como el estadístico, el funcionalista y el abordaje etiológico de la “conducta patológica”,⁹ la teoría interaccionista objeta el supuesto de que “existe algo inherente a la desviación (cualitativamente distinto) en el acto de transgresión (o de aparente transgresión) de las reglas sociales” (Becker, 2012, pág. 23).. Por lo tanto, en los abordajes antes mencionados, se asume la existencia de algo que a priori caracterizaría (y potencialmente explicaría) la desviación, a la vez que tienden a asumir que dicha cualidad distintiva yace en el individuo. Por lo que el conjunto de estos abordajes deja fuera de la ecuación el juicio que subyace a la regla social transgredida.

La crítica frente a las perspectivas funcionalistas es que el objetivo o función de un grupo social es un asunto que en último término se juega en el plano de lo político. La función es, por lo tanto, “el resultado de una confrontación política y no algo intrínseco a la naturaleza de la organización” (Becker, 2012, pág. 27). Esto

⁹ Para más información sobre estas y otras perspectivas en torno a la desviación: (Cuenca, 2011)

sugiere que los compartimientos que se consideran desviados y a quiénes hay que denominar como desviados también pueden ser temáticas consideradas como políticas.

En este mismo sentido, las reglas y las etiquetas no son necesariamente compartidas por toda la sociedad, sino que son objeto de conflictos y disputas, parte del proceso político de la sociedad. Las normas sociales no son unívocas y los consensos no son necesariamente algo muy expandido. Esto se debe a que las sociedades modernas están compuestas por distintos grupos (diferenciados por clase social, etnia, ocupación y cultura) que poseen conjuntos de reglas propios y, por lo tanto, juzgan como desviadas distintas conductas. La aplicación e imposición de una o un conjunto de reglas de un grupo sobre otro, se juega en los diferenciales de poder de los mismos. Tomando en cuenta estas consideraciones, para Becker (2012) es preciso dejar espacio a las ambigüedades que se producen en torno a las normas y los consensos sociales. Ésta ambigüedad aplica también respecto al fenómeno de la desviación social, en tanto su definición depende de las reglas que lo definen.

El punto central de la aproximación propuesta por Becker (2012) está en tomar en serio el hecho de que *las sociedades crean la desviación*, no en el sentido de que las causas de la desviación se encuentre en “factores sociales”, sino que:

“los grupos sociales crean la desviación al establecer las normas cuya infracción constituye una desviación y al aplicar esas normas a personas en particular y etiquetarlas como marginales. Desde este punto de vista la desviación no es una cualidad del acto que la persona comete, sino una consecuencia de la aplicación de reglas y sanciones sobre el “infractor” a manos de terceros. Es desviado quien ha sido exitosamente etiquetado como tal, y el comportamiento desviado es el comportamiento que la gente etiqueta como tal.” (Becker, 2012, pág. 28)

A partir de esta premisa, la desviación debe ser abordada tomando en cuenta todas sus facetas y a todos los involucrados. Es fundamental tener en cuenta que la reacción de terceros es central en el problema de la desviación y no puede excluirse:

“En resumidas cuentas, el hecho de que un acto sea desviado o no depende en parte de la naturaleza del acto en sí (vale decir, si viola o no una norma) y en parte de la respuesta de los demás” (Becker, 2012, pág. 33)

Para que una conducta sea catalogada como desviada y para que dicha regla sea sancionada, es necesario, de forma previa, la iniciativa de alguien que establezca la regla en cuestión. En otras palabras:

“Antes de que un acto sea visto como desviado, y antes de que ningún tipo de persona sea etiquetada y tratada como marginal por la comisión de ese acto, alguien tiene que haber creado la norma que establece que ese comportamiento es desviado. Las normas no nacen espontáneamente.” (Becker, 2009: 181)

Es igual de importante tener en cuenta a los que crean las normas y quienes las aplican como a los que son objetos de la aplicación de dicha norma y que son etiquetados como desviados. En este contexto y respecto a nuestro objeto de estudio, resulta muy relevante el planteamiento del autor norteamericano en torno a que para abordar un fenómeno de desviación es necesario tomar uno de los puntos de vista involucrados, sea este del etiquetador o del etiquetado. No es posible tomar el punto de vista de ambos grupos simultáneamente, en tanto, no se puede dar cuenta de una realidad constituida por dos sistemas diferentes. Tener en cuenta que responden a diferentes lógicas resulta fundamental para entender los procesos implicados en un fenómeno determinado de desviación. Ambas perspectivas posibles (las de etiquetadores y etiquetados) nunca coinciden del todo en la realidad, porque son dos sistemas de acción colectiva diferentes:

“uno está compuesto por la gente que coopera para producir el hecho en cuestión. El otro está compuesto por la gente que coopera en el drama de la moralidad por la cual la “mala conducta” es descubierta y sancionada, ya sea de manera formal y legal o de manera informal.” (202)

“El/lo flaite” en tanto etiqueta, lo entenderemos como sistema de acción colectiva. En la medida en que “el/lo flaite” es una figura que es significada en función de su procedencia de clase, la pregunta por quienes crean las normas que enmarcan su desviación, se remonta a un proyecto político y socio-cultural de clase. La identificación de las instituciones e instancias involucradas en este proceso escapa a los objetivos y el alcance de la presente investigación. Entonces, más allá de “quién” haya creado las normas que se cristalizan en la figura de “el/lo flaite” y su vínculo con las relaciones estructurales que la preceden, lo que nos interesa observar es cómo funciona “el/lo flaite” en tanto sistema de etiqueta y cristalización de la desviación en los discursos de jóvenes universitarios.

2.3 Performatividad

A nivel de discurso, recogeremos el desarrollo de la pragmática del lenguaje, en tanto, nos permite enfocarnos en el lenguaje como acción (Austin, 1962; Searle, 2001), en consecuencia, se asume la naturaleza primariamente declarativa de este. Enseguida, recogeremos la reelaboración del concepto de performatividad desarrollada por la teórica de la perspectiva de género Judith Butler (2002; 2007; 2009).

El concepto de performatividad nos permitirá reforzar la agudeza analítica en torno a lo que *se hace* cuando la etiqueta de “el/lo flaite” es actualizada. En este sentido, si bien la teoría interaccionista de la desviación nos entrega herramientas en torno a establecer el carácter positivo (es decir, activo) de los procesos normativos, tiende a obviar o subestimar un aspecto que nos parece central: qué

nos dice *lo observado* del *observador* – en otras palabras, qué nos dice el enunciado del sujeto.

El concepto de performatividad es parte central de lo que se denominó como *el Giro Lingüístico* a mediados del S.XX en el pensamiento filosófico y en las Ciencias Sociales. El Giro Lingüístico se basa en el quiebre con la concepción clásica del lenguaje, que supone la primacía de la dimensión referencial de éste. Austin (1962) y Searle (2001) concluyeron que la referencialidad del lenguaje -es decir, la naturaleza descriptiva del lenguaje- eje de la lingüística, la filosofía y la lógica clásica y moderna, es sólo una faceta del lenguaje y que, además, se trata de una faceta subordinada al carácter declarativo/performativo del mismo. Las afirmaciones posibles de hacer sobre el mundo dependen, necesitan, suponen o se sustentan sobre la naturaleza declarativa del lenguaje. El lenguaje es, antes que todo, acción. Un ejemplo típico de la performatividad del lenguaje es el dictamen de culpabilidad (o inocencia) de un Juez sobre el acusado. Lo que está haciendo el Juez que decreta su culpabilidad no es describir una situación, o al sujeto en cuestión, sino que está generando la realidad que enuncia (Austin, 1962).

Esta dimensión declarativa/performativa del lenguaje es recogida y reelaborada por algunos teóricos de las ciencias sociales, dentro de los cuales nos parece pertinente recoger la reelaboración que hace Judith Butler (2002; 2009; 2007).

En el contexto de un proyecto que busca deconstruir enfoques esencialistas en torno al sexo, Butler traduce la idea lingüística de performatividad al campo de las disciplinas de las ciencias sociales y, en especial, a los estudios y perspectivas de género, poniendo de relieve el estatuto performativo de las enunciaciones de sexo y de género. El sujeto mismo, que actúa en el lenguaje –y en el cuerpo, a través de gestos y movimientos- se constituye en este hacer. Por lo tanto, no es un sujeto pre-existente sino que se construye invariablemente en y a través de su hacer/acto.

“la performatividad debe entenderse, no como un "acto" singular y deliberado, sino, antes bien, como la práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra.” (Butler, 2002, pág. 18)

Expresiones convencionalmente despectivas en torno a minorías sexuales, como por ejemplo “maricón”, deben considerarse desde esta perspectiva como invocaciones ritualizadas que producen posiciones de identidad. La identidad es el resultado de prácticas discursivas y teatrales, en este caso, de género.

En miras a nuestro objeto de estudio, sin duda la discusión en torno a la relación entre clase social, sujeto, identidad y lenguaje/discurso sobrepasa por mucho los objetivos de la presente investigación. No obstante, vale mencionar que

Butler re-elabora en su teoría de la performatividad, por ejemplo, la noción de *intepelación del sujeto* desarrollada por Althusser (Larrain, 2008). En este sentido, resulta importante evitar una concepción voluntarista –o existencialista- de esta propuesta que relaciona lenguaje, performatividad e identidad. A este respecto Butler previene que la performatividad se da siempre precedida de una norma social, que el sujeto se ve obligado a repetir y de la cual no puede deshacerse de forma voluntaria.

“la teoría de la performatividad de género presupone que las normas están actuando sobre nosotros antes de que tengamos la ocasión de actuar, tal vez de una manera nueva o de maneras no esperadas, pero de cualquier forma en relación con las normas que nos preceden y nos exceden.” (Butler, 2009, pág. 333)

La performatividad como posibilidad de ensayar o reforzar posiciones de identidad en lo social, se vincula con las formas en que los sujetos se hacen inteligibles o no ante la ley y la política –en lo público. Pero estas formas están precedidas, prescritas, por los diferenciales de poder que, valga la redundancia, hacen a un sujeto ininteligible o no. Condicionando quién será considerado como sujeto y quién no.

“si los términos del poder definen ‘quién’ puede ser un sujeto, quién está cualificado como sujeto reconocido, en política o ante la ley, entonces el sujeto no es una precondition de la política, sino un efecto diferencial del poder” (Butler, 2009, pág. 324)

En este sentido, para Butler el concepto de *vida precaria* reúne a aquellas vidas que no están cualificadas como reconocibles, legibles o dignas, dentro de las cuales podemos encontrar a mujeres, queers y pobres, entre otras (Butler, 2009), lo que la autora denomina generalmente como *lo abyecto* –lo arrojado fuera, lo excluido, etc-. Lo abyecto funciona como “identificaciones temidas contra las cuales –y en virtud de las cuales- el terreno del sujeto circunscribirá su propia pretensión a la autonomía y a la vida” (Butler, 2002, pág. 20)

En torno al debate sobre identidad, para Butler los discursos epistemológicos de la identidad que defienden un Yo sustantivo operan a través de una oposición reificada -de la forma Yo/Otro- que, al presentarse como necesaria, esconde el aparato discursivo que constituye la binariedad en que se fundamenta esa oposición. Por ello, Butler propone encarar la discusión visualizando ese Yo a través de prácticas de significación que ocultan su hacer y naturalizan sus efectos. Aunque Butler se ocupa del significante «mujeres», la perspectiva de Butler puede ser relevante en torno a otros significantes y otras problemáticas, como el de “pueblos indígenas” o el de “proletarios”.

“El género (...) como una identidad débilmente constituida en el tiempo, instituida en un espacio exterior mediante una repetición estilizada de actos. El

efecto del género se produce mediante la estilización del cuerpo y, por lo tanto, debe entenderse como la manera mundana en que los diversos tipos de gestos, movimientos y estilos corporales constituyen la ilusión de un yo con género constante. Esta formulación aparta la concepción de género de un modelo sustancial de identidad y la coloca en un terreno que requiere una concepción del género como temporalidad social constituida. Es significativo que si el género se instituye mediante actos que son internamente discontinuos, entonces la apariencia de sustancia es precisamente eso, una identidad construida, una realización performativa en la que el público social mundano, incluidos los mismos actores, llega a creer y a actuar en la modalidad de la creencia” (Butler, 2007, pág. 172)

Por otro lado, la noción de performatividad nos acerca al carácter encarnado de los procesos de identidad y pertenencia –referido a clases social como a género- en relación con las normas que rigen al cuerpo y su presentación en lo social (Bolstansky, 1975; Foucault, 2006). En este sentido las formas de relacionarse con el cuerpo, la importancia de la apariencia física, los gestos, modales, formas de caminar, etc, dependen del lugar que los sujetos ocupan en lo social. Así mismo sucede con los códigos de “buenos modales” y las normas de decoro (Bolstansky, 1975; Bourdieu, 1998).

2.4 Otredad

Para Beauvoir “La alteridad es una categoría fundamental del pensamiento humano” (Beauvoir, 2012, pág. 19) Toda colectividad al definirse como *Una* coloca inmediatamente a *Otra* enfrente. En este sentido, toda identidad implica una relación de alteridad que la sostiene; el negro, el judío es otro para el racista y el antisemita. Un pobre es otro para el rico. El *Otro* es definido y demarcado por el *Uno*. Según Beauvoir, Hegel reconoce que la conciencia misma presenta resistencia frente a otra conciencia; el sujeto se posiciona en oposición: en pos de constituirse en esencial construye a lo otro como inesencial (Beauvoir, 2012).

No obstante lo anterior, la alteridad se presenta en grados, hay categorías con una densidad relativa diferencial en su estatus de *Otro*. Aquí, por ejemplo Beauvoir pone a la mujer como un caso en donde la alteridad aparece como un absoluto, mientras hay otras categorías en las que es posible un mayor grado de negociación (Beauvoir, 2012).

Siguiendo a Todorov (1998), podemos entender al otro o bien como una entidad abstracta -instancia de la configuración psíquica de todo individuo- o sea, como el Otro. O bien, lo podemos entender como un grupo social concreto al que nosotros no pertenecemos. Estos grupos pueden estar tanto a dentro como fuera de nuestras sociedades. Al interior de nuestra sociedad, la mujer es un otro para el hombre, el pobre es un otro para el rico, etc. O al exterior de nuestra sociedad, sociedades cercanas o lejanas, parecidas o totalmente extrañas (Todorov, 1998). En este sentido, la presente investigación pretende encontrar dentro de la

sociedad chilena actual, y más específicamente, en los discursos de jóvenes universitarios una figura que entraña una dimensión de alteridad.

Para Todorov, el lenguaje mismo se encuentra atravesado por la alteridad

“(…) el lenguaje sólo existe por el otro, no sólo porque uno siempre se dirige a alguien, sino también en la medida en que permite evocar al tercero ausente (….) la existencia misma de ese otro se mide por el lugar que le dedica el sistema simbólico. De tal modo que toda investigación sobre la alteridad es necesariamente semiótica, y recíprocamente, lo semiótico no puede ser pensado fuera de la relación con el otro” (Todorov, 1998, pág. 170).

En Butler está implícita una crítica a la dicotomía Yo/otro –que de alguna forma es sostenida por Todorov- optando por una postura deconstructivista de la identidad. Aquí la separación Yo/Otro es leída como una estrategia de dominación. Butler define a cualquier “nosotros” como construcción fantasmática que excluye parte de las bases que dice representar (Butler, 2007), mientras Todorov parece sostener la relacionalidad Yo/Otros como un hecho constitutivo de la realidad –y del lenguaje-, como punto de partida para su problematización.

En este sentido, ambos iluminan diferentes dimensiones de la otredad. Todorov, por ejemplo, hace una distinción respecto a tres ejes en los que se puede situar la problemática de la alteridad: un plano axiológico que implica un juicio de valor (moral); donde el otro es bueno o malo, es mi igual o es inferior a mí. Un plano praxeológico que implica una relación con el otro, me alejo o me acerco, me identifico, adopto sus valores o no, soy indiferente, lo someto o me someto. Y finalmente un plano epistémico que se relaciona con el grado de conocimiento que tengo sobre el otro (Todorov, 1998).

Un ejemplo histórico y concreto de esta dinámica (conceptual) es posible rastrearla en el proceso histórico latinoamericano de producción y consolidación de los proyectos nacionales. Es así como en el contexto moderno/colonial latinoamericano, la construcción del *Otro* es un fenómeno que encuentra antecedentes claves en los procesos de construcción del sujeto moderno (Quijano, Aníbal 1999; Stephan, Beatriz. 1999; Castro-Gómez, 2000; 2005); y que ha adquirido, tanto en la región como en el país, diferentes formas sin las cuales no se puede pensar la constitución y el ejercicio de la ciudadanía sobre las cuales se han erigido los diferentes proyectos de sociedad. En otras palabras, es de gran relevancia tener presente que toda construcción de ciudadanía se ha afirmado en la negación de un Otro antropológico (Reguillo, 2003; Rosaldo, 2000; Aguilera, 2009)

2.5 Algunos elementos en torno al concepto de Fronteras Simbólicas.

Tal como se planteó en la formulación del problema, el objeto de estudio nos invita a pensar y adentrarnos en las formas en cómo hoy se significan las relaciones

entre diferentes clases y grupos sociales en un contexto de desigualdad social y, a la vez, de mayor heterogeneidad y complejidad. A continuación discutiremos algunos conceptos en torno a la cultura y a los procesos relacionales de clasificación en lo social –centrándonos específicamente en el concepto de frontera simbólica (*symbolic boundary*)- que entrarán en diálogo con los datos levantados en el trabajo de campo y nos ayudarán en alguno de los ejes interpretativos de los mismos. En términos específicos, se busca dar cuenta de la complejización –empírica y teórica- de los procesos culturales que cristalizan y, a la vez, negocian las significaciones de las desigualdades en las sociedades contemporáneas. En este sentido, el rol que ocupa lo moral -concretizado en el concepto de *fronteras morales* (moral boundary)- se presenta como uno de los ejes pertinentes de rescatar. A nivel más general, se abordarán algunas propuestas que vienen desde la sociología pragmática y la sociología cultural. Ambas perspectivas tienen en común que retoman o discuten algunos elementos entregados por la obra de Pierre Bourdieu y colaboradores (Lamont & Thévenot, 2000).

Desde la sociología cultural, Lamont y Molnár (2002) ven la obra de Bourdieu como uno de los trabajos iniciales relevantes en relación al estudio y entendimiento de los procesos de producción de fronteras de clase, es decir, de las formas en que las clasificaciones de clase actúan a nivel simbólico en la consolidación y reproducción de las desigualdades sociales (Lamont & Molnár, *The Study of Boundaries in the Social Sciences*, 2002).

Una primera aproximación, en este sentido, es el planteamiento de Bourdieu & Passeron (2009; 1996) en torno a que detrás de la formalidad meritocrática del sistema escolar y universitario, las diferencias en los logros y desempeños entre estudiantes de familias de la burguesía y estudiantes de clase trabajadora, se deben a las desigualdades sociales reproducidas al interior de la institución escolar y universitaria, en base a predisposiciones institucionales que actúan sobre ellos, a partir del capital cultural diferencial que poseen unos y otros. En otras palabras, las instituciones educacionales premian a los estudiantes que, dado su origen social, poseen códigos culturales hegemónicos y, a la vez, penaliza a los estudiantes de clases más bajas, legitimando las desigualdades a través del fracaso o éxito escolar, que le otorga el carácter meritocrático. Funcionando como un sistema de segregación, selección y naturalización de las desigualdades sociales.

Este rol central de la cultura (capital cultural) en la reproducción y consolidación de desigualdades al interior del sistema de educación, aplica

también respecto al gusto y consumo cultural a nivel general. Aquí los sistemas simbólicos se encuentran jerarquizados en función de la estratificación social (Bourdieu, 1998) cumpliendo un función central en la legitimación de privilegios de clase. , a través del ejercicio de violencia simbólica la clase superior legitima su propia cultura como superior imponiendo significados -formas de ver el mundo- y naturalizando. En este sentido, el poder simbólico es el:

“(…) poder de constituer lo dado por la enunciación, de hacer ver y de hacer creer, de confirmar o de transformar la visión del mundo y, por ello, la acción sobre el mundo, por lo tanto el mundo; poder casi mágico que permite obtener el equivalente de lo que es obtenido por la fuerza (...), es decir, desconocido como arbitrario” (Bourdieu, 2007, pág. 71)

Si la posesión diferencial de capital cultural es lo que condiciona el paso por el sistema escolar, es en el *habitus* –concepto central para entender en Bourdieu la relación entre la estructura (conjunto estructurado de campos) y el agente- donde dicha posesión diferencial se encarna. El *habitus* es posible de definir como el *sistema de disposiciones para actuar, sentir y pensar interiorizado por los individuos durante su vida, incorporando pautas culturales propias de su posición social* (Castón, 1996), es sobre todo, la modalidad de la historia incorporada, encarnada.

Es así como las desigualdades en lo social son generadas por marcas simbólicas de clase. Estas marcas simbólicas, serán problematizadas y profundizadas desde la sociología cultural bajo el concepto de frontera (*boundary*) (Lamont & Molnár, *The Study of Boundaries in the Social Sciences*, 2002).

En contraste con el enfoque bourdiano que enfatiza únicamente en el capital cultural y la posición social, Lamont propone, a partir de un abordaje empírico e inductivo, el estudio de fronteras simbólicas de clase, para dar cuenta del carácter permeable, el peso relativo de diferentes tipos de fronteras y la variabilidad (temporal y espacial) de los criterios de evaluación que los individuos despliegan a la hora de recrear y reproducir dichas fronteras (Lamont & Molnár, 2002; Lamont & Thévenot, 2000). En este sentido, a nivel general es posible diferenciar entre fronteras socio-económica referidas al éxito profesional, dinero, poder y status; las fronteras morales que refieren al carácter moral (honestidad, preocupación por los demás) y las fronteras culturales que refieren al gusto, la educación, los modales (Lamont M. , 2000; y Lamont M. , 1992 en Lamont & Thévenot, 2000).

Vale constatar que, desde esta perspectiva, la cultura es concebida como generación práctica y continua de significados, como cultura en movimiento posible de observar en la experiencia concreta y cotidiana de los individuos. Esta

forma de entender la cultura en tanto “caja de herramientas” rescata su dimensión experiencial y situacional. Esta visión de la cultura se cristaliza en el concepto de “repertorios culturales”, que implica que la cultura no responde a un único sistema simbólico, sino que a un conjunto de herramientas simbólicas que proveen diferencialmente a los individuos elementos con las cuales construir estrategias de acción para la vida (Swilder, 1986 en Santos, 2012).

Como nos relatan Lamont y Molnár (2002) el concepto de frontera (*boundary*) ha recobrado atención en agendas investigativas de las ciencias sociales en una amplia gama de temas. La relevancia del concepto de frontera, es que logra capturar el carácter fundamentalmente relacional de los procesos sociales. Lo que permite la pertinencia de un rango amplio de fenómenos sociales, instituciones, y lugares (identidad; desigualdad; profesiones, ciencia y conocimiento; comunidades e identidades nacionales, fronteras espaciales y temporales).

Al interior del concepto de frontera, resulta útil la distinción entre fronteras sociales y simbólicas. Las fronteras simbólicas son:

“distinciones conceptuales hechas por el actor social para categorizar objetos, personas, prácticas, e incluso tiempo y espacio. Son herramientas con las cuales los individuos y grupos luchan y acuerdan definiciones de la realidad” (Lamont & Molnár, 2002, pág. 168)¹⁰.

A través de su estudio es posible aprehender las dinámicas de las relaciones sociales, vinculadas con la competencia por la difusión e institucionalización de principios y sistemas de clasificación. En el trabajo de dividir o separar a las personas en grupos, las fronteras simbólicas producen sentimientos de similitud y membresía (Epstein, 1992 en Lamont & Molnár, 2002).

Por otro lado, las fronteras sociales “son formas objetivadas de diferencias sociales que se manifiestan en el desigual acceso y desigual distribución a recursos (material y no material) y oportunidades” (Lamont & Molnár, 2002, pág. 168)¹¹ y pueden ser descubiertas en patrones identificables de exclusión social.

La temática que abordan los estudio en torno a las fronteras simbólicas (*symbolic boundaries*) puede ser enunciada generalmente en torno al “rol de los recursos simbólicos en la creación mantención de diferencias sociales” (Lamont & Molnár, 2002, pág. 168)¹².

En este sentido, la autora extiende el concepto de frontera (*boundary work*) al de identidad, para demostrar la importancia de las fronteras morales en las

¹⁰ Traducción propia

¹¹ Traducción propia

¹² Traducción propia

clasificaciones de las clases medias-altas de Francia y Estado Unidos (Lamont & Thévenot, 2000; Lamont, 1992 en Lamont & Thévenot, 2000), dibujando una línea de investigación que se preocupa por la modelación del individuo por la clase, la producción de fronteras y diferencias.

Que las fronteras simbólicas sean una forma de abordar las identidades colectivas, implica que estas “son constituidas por una interacción dialéctica de procesos de definición interna y externa” (Lamont & Molnár, 2002, pág. 170)¹³. Los individuos para diferenciarse de otros, dibujan un criterio de comunidad y sentido. Y su proceso de identificación interno debe organizarse por marginales para que una colectividad objetiva emerja. (Jenkins', 1996, en Lamont & Molnár, 2002, pág 170).

Desde la sociología pragmática Boltanski (Celikates, 2009) plantea que la tensión en la obra de Bourdieu entre una creencia positivista en la ciencia y una indignación por las injusticias sociales, se traduce en una teoría de un actor que actúa siempre de forma inconsciente y que, al mismo tiempo, posee algo similar a un computador interno que calcula estrategias y le sugiere acciones posibles¹⁴. En suma, la obra de Bourdieu subestima la capacidad reflexiva y crítica de los actores y sus posibilidades de respuestas. Lo que se traduce en que, por un lado, no se concibe la posibilidad de toma de conciencia ni cambio revolucionario y, por otro, se sostiene una separación entre el científico social -como portador de la verdad- y el actor social -mero agente de un sistema social (Celikates, 2009).

Con una propuesta metodológica pensada en rescatar la dimensión situacional y performativa de las clasificaciones y los criterios de justificación que diferentes actores ocupan en la cotidianidad, Boltanski y Thévenot (2006) constatan que los sujetos negocian los sistemas justificatorios (o repertorios culturales) que poseen en función de las situaciones de interacción en que se encuentran, en un juego retórico de posibilidades pragmáticas. Estos sistemas de justificación están disponibles para entender y moverse a través de la realidad social, revelando métodos, razonamientos prácticos y reflexividad de los actores en la cotidianidad.

En resumen, ambas perspectivas nos entregan herramientas útiles que nos permite acercarnos a una visión que recoge la dimensión situacional, contextual, relacional y performativa de las clasificaciones que re-crean y re-producen los

¹³ Traducción propia

¹⁴ Dado los elementos que recoge desde los Clásicos y la forma en que los conjuga. La idea de dominación de Marx, la idea en torno a la aprehensión de las representaciones sociales de forma inconsciente de Durkheim, y la visión del Weber pesimista desde donde recoge que toda la sociedad está atravesada por la dominación.

actores en la vida cotidiana, con el plus de ser herramientas que se inscriben directamente en tradiciones teóricas que se han preocupado por la relación entre desigualdad social y cultura, y que pueden dialogar con gran parte de las consideraciones teóricas que realizamos a partir de las otras perspectivas ya revisadas.

Tercera parte: Enfoque Metodológico

El tipo de diseño de la presente investigación es de carácter cualitativo dada las exigencias que sus objetivos presentan. En este sentido, se busca comprender y visibilizar los procesos de producción de significados en torno a la figura de “el/lo flaite”, las relaciones de poder implícitas y sus continuidades y rupturas (Delgado et al., 2006).

En sintonía con el enfoque de la Teoría Fundamentada (Glaser & Strauss, 1967; Strauss & Corbin, 2002) la presente investigación tiene un diseño *semi-emergente*, que le otorgó la flexibilidad necesaria para modificar elementos del diseño en función de las oportunidades y dificultades significativas que se presentaron en el transcurso de la investigación. En un sentido acotado esto se tradujo en mantener la reserva del “derecho de modificar, alterar y cambiar [elementos del plan de investigación] durante la recogida de datos” (Marshall y Rossman en Valles, 2000, pág. 77). En términos más amplios, implicó poner a los datos en un lugar privilegiado respecto a las diferentes etapas de investigación. Lo anterior sin perder de vista que la teoría fundamentada se ha recogido sobre todo, y con énfasis, en tanto técnica de análisis de investigación –como veremos más adelante- que nos permite estar abiertos a diferentes niveles analítico presente en los datos.

El diseño es no experimental, dado que no se pretendió ejercer un control sobre las variables, a la vez que su diseño es de tipo transversal, porque se abordó al sujeto-objeto de estudio en un momento específico del tiempo.

3.1 Tipo de Estudio

Por un lado, la presente investigación es de tipo descriptiva ya que busca, valga la redundancia, describir las dimensiones y significados implicados en los discursos que re-producen y re-crean la figura de “el/lo flaite”. En este sentido, se busca “...analizar cómo es y se manifiesta un fenómeno y sus componentes” (Hernández Sampieri, 1997, pág. 60). Por otro lado, es un estudio de tipo interpretativo ya que busca dar con los ejes teóricos que logren dar cuenta de las lógicas subyacentes al fenómeno estudiado (Delgado, Fernández, Ferrería, Mogollón, Vargas, & Vásquez, 2006).

3.2 Universo

El *Universo teórico* está compuesto por estudiantes universitarios de regiones del país, mientras que el *Universo empírico* por estudiantes universitarios de Viña del Mar-Valparaíso

3.3 Muestra

El *tipo de muestreo* de la presente investigación es de orden Teórico. La muestra se realizó “según un constructo teórico que acompaña el cuerpo del estudio” (Delgado et al., 2006). Las unidades de muestreo se seleccionaron “siguiendo las tipologías o perfiles definidos conceptualmente. (...) los perfiles corresponden a diferentes personas/contextos/eventos/procesos con características o circunstancias determinantes” (Delgado et al., 2006: 44).

El *tamaño muestral* se definió por criterio de saturación, entendido éste como el agotamiento de información o efectos de sentido, es decir, cuando la repetición no agrega más información (Canales, 2006). De forma complementaria el tamaño muestral se definió en función de criterios de accesibilidad y límites temporales propios de la presente investigación (Delgado et al., 2006).

Los principales lineamientos teóricos que funcionaron como guía en la construcción de la muestra se relacionan al contexto institucional en el que se sitúan los discursos y los sujetos en cuestión y, en segundo término, las características socio-económicas de los mismos; el marco institucional, en este sentido, se posiciona como el criterio teórico principal en tanto es el que contextualiza al abordaje planteado por la presente investigación. Estos lineamientos teóricos aplican en general a todas las técnicas de producción de datos desplegadas en la presente investigación, pero con énfasis respecto a la técnica principal, a saber, la entrevista abierta. De forma complementaria y exploratoria también se realizó un grupo de discusión y observación participante. En la medida que sea necesario se explicitarán las consideraciones relacionadas a estas técnicas complementarias.

En primera instancia se cuidó que, en la medida que el objetivo de la presente investigación implicaba dar con discursos que efectivamente re-crearan y re-produjeran la figura de “el/lo flaite”, la muestra contara con sujetos de perfiles que hacían más probable la presencia discursiva de la figura de “el/lo flaite” como sujeto indeseable. Esta consideración implicó -siguiendo los datos de la 6° Encuesta Nacional de Juventud ya revisados- la presencia relativamente importante de sujetos de sectores medios y altos. En la medida que el trabajo de campo fue revelando que “el/lo flaite” es una figura relativamente expandida e inteligible para diferentes tipos de sujetos juveniles, este criterio dio paso a la búsqueda de diversidad –criterio de variación- en relación a las posiciones que ocupaban los sujetos en la estructura social. Esta diversidad también se expresa en los diferentes contextos institucionales incluidos en la muestra, en la medida que la Educación Superior se caracteriza por su alta segmentación y diferenciación.

En términos concretos, el criterio general relacionado a la diversidad del sistema de educación superior como expresión orgánica de segmentación y diferenciación social se traduce en a) selección de sujetos de Universidades tradicionales y privadas de la quinta región. Esto es relevante en tanto los capitales culturales y las estrategias de reproducción de estudiantes y familias tienden a ser diferentes según las instituciones que escogen (Orellana, 2011). Dentro de las universidades tradicionales se recogieron marcos institucionales con diferentes configuraciones socio-económicas de su matrícula. Esto se traduce en la presencia de sujetos de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (PUCV), Universidad de Valparaíso (UV), y Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación (UPLA).

Respecto a las universidades privadas, se cuidó que estuviesen presentes en la muestra universidades con diferentes configuraciones socio-económicas de su matrícula. Contando con sujetos de universidades de elite y universidades selectivas y no selectivas (Torres Nuñez & Zenteno Villa, 2011). Esto se traduce en la presencia de estudiantes de Universidad Adolfo Ibáñez (UAI), Universidad de Viña del Mar (UVM) y Universidad Nacional Andrés Bello (UNAB).

En este marco, también se tomó en cuenta la configuración socio-económica interna de las carreras en que los jóvenes se desenvuelven (dado que la segmentación también es interna a las instituciones en función de las carreras). En términos generales, y en función de la información que los datos iban entregando en el despliegue del trabajo de campo, se seleccionaron carreras con diferentes configuraciones socio-económicas internas (en comparación a la que presentaba la institución en general) y sujetos con perfiles socio-económicos diversos en relación a sus carreras (símiles o disímiles) –esto en función de la necesidad de encontrar casos negativos (o excepcionales).

La posición social de los sujetos de la investigación se estableció basándonos conceptualmente en la clasificación de clases sociales para América Latina propuesto por Portes y Hoffman (2003). Si bien los abordajes que se preocupan por las dinámicas de clase, como el señalado, tienden a perder capacidad descriptiva dada la progresiva complejización de las estructuras sociales y sus procesos de diferenciación (Araujo & Martuccelli, 2011), la propuesta señalada nos permite circunscribir globalmente a los sujetos en las posiciones que ocupan en la estructura social. Dado que se trata de sujetos juveniles, la clase social se determinó en relación a la familia de los mismos. Los datos escogidos para este propósito son: nivel educativo de los padres (relacionado al control de calificaciones escasas y valoradas) y trabajo u ocupación en que se desempeña el proveedor principal de familia. De forma

complementaria se recogió el tramo de ingreso familiar¹⁵ y el tipo de colegio de procedencia del sujeto de investigación. Si bien la propuesta de Portes y Hoffman presenta siete categorías o clases sociales. Estas se pueden agrupar en tres categorías mayores que los autores definen como “bloque dominante”, clase intermedia y clases subordinadas. Para propósito del análisis, el “bloque dominante” es equivalente a clase alta (o elite), clase intermedia a clase media, y clases subordinadas a clase baja o clases populares. A continuación un resumen sintético de dichas categorías:

Bloque dominante (*clase media-alta, alta*): sujeto de colegio particular pagado, familia con rentas en el último tramo de ingreso (correspondiente al quinto quintil), padre con niveles educativos altos –universitaria completa-, profesionales asalariados.

Clase intermedia (*clase media*): sujeto de colegios particulares subvencionados, con nivel educativo de padres superior incompleta, profesionales técnicos, técnica completa, independientes, micro-empresarios o empleados de oficina.

Clases subordinadas (*clases bajas*): sujeto de colegio municipal o particular subvencionado, nivel educativo de padres media completa, proletario especializado con contrato.

Para las entrevistas abiertas estos perfiles se distribuyeron de la siguiente forma según los marcos institucionales en que se enmarcaban:

Tabla n°2 Matriz muestral: Marco institucional y Clase social

Marco institucional/ Clase social	Universidades Privadas no tradicionales	Universidades Tradicionales		
	Privadas De Elite-selectivas	Universidad No-selectiva	Privada	Estatal
Clase Social	B. Dominante C. Intermedia	C. Sub.	B. Dominante C. Sub	C. Intermedia B. Dominante

Fuente: elaboración propia

El tamaño final de la muestra de las entrevistas fue de 10 sujetos con las características señaladas en tabla n°2.

¹⁵ Los tramos de ingreso familiar se construyeron en base a los tramos resultantes del cálculo de quintiles de la CASEN 2011 ajustados al IPC del 2012, tomando en cuenta la media de integrantes por familia proyectada por el INE para el 2012.

Tabla n°2 “Clase social y contexto institucional de entrevista abierta”

Clase social	Pseudónimo	Nivel educativo padre	Tipo colegio dependencia	Institución universitaria	Carrera
Bloque Dominante (clase alta)	Celeste	Univ. Completa	PP	PUCV	Diseño
	Rocío	Univ. Completa	PP	PUCV	Diseño
	Cesar	Univ. Completa	PP	PUCV	Ing. Civil Industrial
	Sebastián	Univ. Completa	PP	UV	Odontología
Clase Intermedia (media)	Javiera	Univ. incompleta	PS	UV	Sociología
	Francisco	Técnica completa	PS	UPLA	Kinesiología
	Macarena	Técnica completa	PS	UNAB	Ecoturismo
	Vicente	Básica Completa	PS	UAI	Ingeniería Civil
Clase(s) subordinada	Claudia	Media Completa	PS	UVM	Ed. Parvularia
	Camila	Media completa	M	PUCV	Historia

Fuente: elaboración propia

Para el caso del grupo de discusión se privilegió cuidar una homogeneidad mínima al interior del grupo que asegurara su correcto funcionamiento y desarrollo. Esto se tradujo en la participación de sujetos de clase media y alta (Bloque dominante y clase intermedia). Por motivos operativos el grupo de discusión no llegó a los 5 individuos, que es el número recomendado por la literatura para la conformación de un grupo. Teniendo en cuenta que no se cumple con el número ideal, el desarrollo y el rendimiento analítico de la técnica fue positiva, lo que se tradujo en que emergieron y se profundizaron la mayoría, sino la totalidad, de los temas que habían emergido en la totalidad de las entrevistas abiertas, por lo que se decidió incluirlo en el análisis. En este sentido, cumplió su objetivo de complementar la técnica de producción de datos principal.

En la *tabla n°3* se muestran las características de los individuos que participaron en el grupo de discusión.

Tabla n°3 “Clase social y contexto institucional de grupo de discusión”

Clase social	Pseudónimo	Nivel educativo padre	Tipo colegio dependencia	Institución universitaria	Carreras
Clase Intermedia (media)	Marcela	Media Completa	PS	UV	Sociología
	Carola	Técnica Completa	PS	UV	Diseño
Bloque Dominante (clase alta)	Teresa	Universitaria Completa	PP	PUCV	Diseño
	Manuel	Universitaria Completa	PP	UAI	Periodismo

Fuente: elaboración propia

Finalmente, en lo que respecta a las Observaciones Participantes, se optó por un muestro de observación que contemplara dos contextos institucionales

diferentes –una realizada en el marco institucional de una universidad privada, y una en el marco de una universidad tradicional.

3.4 Unidad de Análisis

El discurso en tanto unidad de *sujeto (colectivo)/saber (opinión/posición)* (Canales, 2006).

3.5 Técnica de producción de datos

Para la presente investigación se ha usado como principal técnica de producción de datos la entrevista abierta y de forma complementaria y exploratoria se realizó un Grupo de Discusión y Observación Participante. La investigación documental realizada propia a toda investigación (Valles, 2000) no tuvo un lugar relevante en el proceso de análisis, por lo que sólo sirvió como insumo para la construcción de la operacionalización de los instrumentos y como conocimiento general necesario para el proceso investigativo.

La entrevista abierta fue escogida como la técnica principal en tanto se le confiere importancia a la dimensión pragmática del proceso de re-producción y re-creación de la figura de él/lo flaute. Alonso nos dice que:

“La técnica de la entrevista abierta se presenta útil (...) para obtener informaciones de carácter pragmático, es decir, de cómo los sujetos diversos actúan y reconstruyen el sistema de representaciones sociales en sus prácticas individuales (...) circunscribiendo un espacio pragmático (...) en cuanto que el proceso de significación se produce por el hecho que el discurso es susceptible de ser actualizado en una práctica correspondiente.” (Alonso, 1998, págs. 226-227)

El autor argumenta que aquellas preguntas que indagan en el orden del comportamiento, es decir, referidas a la manera en que los sujetos actúan, actuaron o actuarán respecto a un asunto determinado, encuentran en la entrevista abierta la técnica pertinente, en tanto se sitúa en un lugar intermedio entre el hacer y el decir: en el *decir del hacer*. La dimensión pragmática, entendida tanto como los usos cotidianos de la figura de “el/lo flaute” y, a la vez, la performatividad de los discursos, justifican el uso principal de la técnica de entrevista abierta. Esta entrevista se basó en un guion, en otras palabras, fue “...caracterizada por la preparación de un guion de temas a tratar (y por tener libertad el entrevistador para ordenar y formular las preguntas, a lo largo del encuentro de la entrevista)” (Valles, 2000, pág. 180).

Dentro de los diversos campos en que la entrevista abierta es utilizada, la presente investigación coincide con “estudio de las representaciones sociales personalizadas: sistemas de normas y valores asumidos, imágenes y creencias prejuiciales, códigos y estereotipos cristalizados” (Alonso, 1998, pág. 228).

Las entrevistas abiertas se realizaron entre Diciembre del 2012 y Junio del 2013, con excepción de los meses de Enero y Febrero. El instrumento aplicado en la primera entrevista fue modificado para las otras, haciéndolo menos directivo y con una introducción más abierta.

La segunda técnica de producción de datos –grupo de discusión- tuvo un carácter exploratorio y complementario en relación a la entrevista abierta. Se realizó a fines de Junio del 2013. Con el grupo de discusión se buscó levantar información relativa al discurso social que comparten los miembros de un grupo, en la medida que refiere al hablar de un grupo (Canales, 2006). Siguiendo al autor “Aquellos objetos de representación que concentran la atención y se revisten de significaciones (...) para el grupo como tal” (Canales, 2006, pág. 268). El grupo de discusión, siguiendo a Alonso (1998), produce discursos particulares y controlados que remiten a otros generales y sociales, produce un meta lenguaje en el sentido de un mensaje que tiene por objeto otro mensaje. De esta forma se quiere complementar, de forma exploratoria, la pragmática de los discursos que reproducen la figura de “el/lo flaute” con su significado social compartido. Mientras que la entrevista abierta nos permitió encontrar variabilidad y libertad en los discursos, el grupo de discusión confirmó su pertinencia en tanto los discursos que re-crean y re-producen la figura de “el/lo flaute” constituye parte de un habla de grupo.

Como se mencionó respecto a la construcción de la muestra, el Grupo de Discusión se construyó prestando atención en la configuración socio-económica de los sujetos que participaron, cuidando que se conservará un grado de homogeneidad interna que permitiera un desarrollo fluido de la conversación del grupo, objetivo que se cumplió.

Finalmente, se llevó a cabo de forma acotada y complementaria la técnica de observación participante. Marshall y Rrossman definen la observación como “la descripción sistemática de eventos, comportamientos y artefactos en el escenario social elegido para ser estudiado” (En Kawulich, 2005, pág.79). Las observaciones permiten describir hechos, acciones o situaciones existentes desde una aproximación directa (Kawulich, 2005). En la presente investigación se optó por esta técnica de producción de datos, a partir de información emergente de datos recogidos en el trabajo de campo, en tanto nos permitió realizar observaciones directas para conocer la dimensión práctica del discurso sin la mediación que suponían las otras técnicas utilizadas. Esto sirvió para confirmar la relevancia y la magnitud de la dimensión pragmática de la figura discursiva de “el/lo flaute”, sugerido en las entrevistas abiertas. Esto se relaciona con la posibilidad de

descartar a través de la observación directa los problemas de deseabilidad que podía estar provocando el tema a tratado.

En términos concretos, la pauta de observación era breve y establecía cinco aspectos principales a observar: a) el contexto general en donde emerge la figura de “el/lo flaute” como elemento discursivo y de interacción (lugar físico, institucional, tipo de actividad, etc); b) la expresión literal que se formula alrededor de la figura de “el/lo flaute”; c) las personas que participan de la interacción o conversación, d) el objeto (persona o cosa) de la etiqueta “el/lo flaute” y , finalmente, e) las consecuencias o efectos que produce el empleo de la figura de “el/lo flaute” en la conversación o interacción observada.

3.6 Técnica de análisis de datos

Como ya se adelantó, una de las técnicas de análisis que se adoptó es la Teoría Fundamentada. La teoría fundamentada corresponde a un enfoque analítico-metodológico formulado por Glaser & Strauss en la década de los 60', y reelaborado por Strauss & Corbin en la década de los 80'. En términos generales, la teoría fundamentada puede definirse como:

“teoría derivada de los datos recopilados de manera sistemática y analizados por medio de un proceso de investigación. En este método, la recolección de datos, el análisis y la teoría que surgirá de ellas guardan estrecha relación entre sí” (Strauss & Corbin, 2002, pág. 21)

La presente investigación recoge la idea en torno a la centralidad de los datos en el análisis social. La disposición que entrega su método comparativo constate (MCC) en torno al desarrollo de conceptos, posibilita una apertura analítica en torno a las múltiples formas de enfrentar analíticamente el fenómeno estudiado. En este sentido facilita en el trabajo analítico la posibilidad de divergir de formas normales o tradicionales de pensamiento, ateniéndose al proceso analítico de los datos y, por lo tanto, evitando tomar atajos.

Frente a una lógica tradicionalmente deductiva, esta perspectiva opone una lógica inductiva que permite levantar conceptos y teoría basada sobre la realidad tal y como se presenta.

Sobre la base de las herramientas analíticas y procesuales que nos entrega la teoría fundamentada –entre ellas, la codificación abierta y la codificación axial-, se utilizaron otras dos perspectivas analíticas: el análisis sociológico de discurso (Ruiz, 2009) y el análisis de discurso (Orlandi, 2012) como dos perspectivas complementarias que condujeron el análisis.

El discurso lo entendemos como cualquier práctica (preferentemente verbal, aunque no exclusivamente) con que los sujetos dotan de sentido la realidad; en tanto prácticas no constituyen sistemas abstractos sino que están en movimiento,

y se asume que las regularidades discursivas pueden ser buscadas en la exterioridad del discurso (Ruiz, 2009; Orlandi, 2012).

El análisis sociológico del discurso (Ruiz, 2009) nos permite distinguir tres niveles del proceso analítico sociológico: el textual, el contextual y el interpretativo. El textual consiste en la “caracterización o determinación de la composición y la estructura del discurso” (Ruiz, 2009, pág. 7), aquí cobra relevancia la estructura interna de los discursos. La teoría fundamentada puede situarse en este nivel en la medida en que presta atención a los sentidos latentes y ocultos en los datos.

El análisis contextual implica un tratamiento del discurso como acontecimiento singular. Aquí, el enfoque situacional presta atención al espacio –y tiempo- en que el discurso surge y adquiere sentido, adquiriendo relevancia el carácter pragmático del discurso (para qué y con qué efectos), y las interacciones y procesos dialógicos implicados en su producción. Un enfoque intertextual rastrea los elementos de otros discursos en un discurso concreto analizado, es posible entender que el significado del discurso se juega en la relación que establece con otros discursos con los cuales dialoga (Ruiz, 2009).

Finalmente, el nivel interpretativo está presente en los dos niveles de análisis previos, pero tiene la especificidad de establecer conexiones entre el discurso analizado y el espacio social en el que surgen, proporcionando una explicación del discurso sea en tanto información, producto social o ideología (Ruiz, 2009).

A nivel operativo, los datos producidos fueron analizadas utilizando un software especializado para éste propósito: Atlas.ti en su versión 6.2. Se procedió a codificar la primera entrevista realizada a través del procedimiento denominado microanálisis (Strauss & Corbin, 2002), que consiste en someter a cada elemento del discurso a un análisis minucioso, con el propósito de reparar en los detalles tanto descriptivos como analíticos del mismo. Esto último permite abrir los datos en relación a sus dimensiones y propiedades y formular preguntas a nivel analítico como empírico. Con la base de categorías -con sus dimensiones y propiedades- e hipótesis –preguntas- que emergieron de esa primera aproximación, se procedió a una codificación abierta a todo el material obtenido. Un tercer momento consistió en lo que en Teoría Fundamentada se denomina codificación axial que, entre otras cosas, permite agregar conceptos discretos en conceptos más abstractos y establecer relaciones entre diferentes categorías (que a nivel operativo ser tradujo en familias de códigos). La finalización del análisis ocurre en el dialogo entre las categorías y conceptos encontrados, sus relaciones y el diálogo con otros conceptos o problemáticas provenientes de la teoría, que se cristalizan en el proceso de escritura del presente texto de presentación de la investigación.

3.7 Calidad del diseño

En base a los planteamientos otorgados por Erlarson (1993, en Valles, 2000) para la demostración de la calidad del diseño, el presente estudio se basará en tres formas de validación y confiabilidad:

- *Credibilidad* relacionada con el uso que se haya dado de un conjunto de recursos técnicos. Es decir, resguardar las formalidades propias de la aplicación de las técnicas metodológicas. En este caso reservar la documentación escrita de los registros grabados, revisión continua de bibliografía y material recogido en el trabajo de campo.
- *Dependibilidad* facilitación la documentación obtenida durante la investigación, como en una suerte de auditoría externa, para ello se realizará una reserva de la información escrita, en este caso de la transcripción de grupos de discusión, las grabaciones, como también de los diarios de la investigación, para que de este modo estén disponibles a aquellos que lo requieran y cuenten con la información de cómo la investigación se llevó a cabo.
- *Tansferibilidad* de las reflexiones teóricas que resulten de la producción teórico-empírica de la investigación. Para este propósito se tendrá especial cuidado en dar cuenta de las operaciones analíticas y los contextos empíricos que permitieron llegar a las conclusiones teóricas. Explicitando las decisiones según sean de carácter teórico, práctico, epistemológico, axiológico. Valdrá también explicitar los límites de la investigación en su conjunto.

3.8 Condiciones éticas

La primera condición ética de la investigación será el aseguramiento del anonimato de los sujetos que participen de ésta. Con este propósito, se elaboró un documento de consentimiento informado (ver anexo n°1) donde el investigador se compromete a mantener confidencialidad y anonimato de los datos. En este mismo documento se le informó a los sujetos en términos genéricos sobre el tema que trata la investigación.

Una segunda consideración ética se relaciona con vigilar las consecuencias e implicancias que la presente investigación tiene para con la realidad y, específicamente, las implicancias que tiene la investigación en los jóvenes que participan de las entrevistas y el grupo de discusión. En este sentido, interpelarlos a propósito de la figura de “el/lo flaute” implica una oportunidad de detenerse en una figura que, si bien, es recurrente e inteligible para los jóvenes, no es

necesariamente un objeto de reflexión recurrente, lo que implica un espacio potencial de *aprendizaje* (Erlandson en Valles, 2000).

Cuarta Parte: Características generales del discurso, primer lugar de enunciación y el sujeto peligroso.

En el presente apartado se presentan los resultados que comportan una primera aproximación a la problemática abordada.

Se describen las principales características discursivas que se presentan en la re-creación y re-producción de la figura de “el/lo flaite” por parte de jóvenes universitarios. En este sentido, se da cuenta de los principales elementos que se ponen en juego de los discursos, las reglas que siguen y sus usos más regulares. La idea será movernos en un nivel analítico textual y contextual, es decir, dar cuenta de lo que los jóvenes dicen a propósito de la figura de “el/lo flaite”, dónde y cómo lo dicen. Se tratará de ir desde lo más “concreto” a lo más abstracto, en la medida que la escritura y la claridad explicativa así lo permitan.

Con el objetivo de abarcar los datos empíricos con el mayor detalle y fidelidad posible, en este primer capítulo se hará un recorrido sobre el tema investigado procurando ir desde lo más simple y general, para en la quinta parte (segunda mitad del análisis) dirigirnos a los más complejo y particular. Lo simple y general refiere a dar cuenta de los denominadores comunes que presenta la figura de “el/lo flaite” en el discurso de jóvenes universitarios; describir “la estructura discursiva”, lo que lo constituye como fenómeno sociológico específico y, por lo tanto, lo que constituye sus características generales. Lo complejo y particular refiere a las tramas singulares que los discursos de jóvenes universitarios traman a partir y sobre la figura de “el/lo flaite”, sus rangos de variabilidad, incluyendo también los casos negativos (o excepciones) que se encontraron en el trabajo de campo.

4.1. La figura de “el/lo flaite”: ambigüedad ontológica, connotación negativa y su carácter habitual como primeras constataciones.

La primera constatación empírica que es posible hacer sobre esta figura re-creada por jóvenes universitarios se relaciona con una característica discursiva que hemos denominado *ambivalencia ontológica*, y refiere a la dificultad concreta que los sujetos de estudio evidencian a la hora de definir la naturaleza de la figura de “el/lo flaite”. Ésta simple constatación funcionará como nuestro punto de partida.

“Sí po’, eh... como algo que está así como más o menos... no sé cómo explicarlo (...) ¿cómo se ocupa? (risas). Eh... no sé, se ocupa así cuando... o sea, yo no lo uso por eso, cuando alguien ve una persona que está así como... con harapos, no sé, alguien dice “¡ah, qué flaite!”. O algo que está como mal hecho... (Rocío, Diseño, PUCV)¹⁶

¹⁶ La identificación de los sujetos corresponden a: pseudónimo, Carrera e Institución. Se especificará cuando la cita no provenga de la técnica de producción de datos principal. Cuando se

“eh... es tan rara la huevada. Es que yo veo un flaite así, características de esa tribu... (Silencio). Son ordinarios, alejados a los estándares normales, así europeos (...) son como... eso es, son como diferentes.”(Sebastián, Odontología, UV)

La densidad que se produce en la figura de “el/lo flaite” hace de la misma una figura y un concepto escurridizo a la hora de definir y acotar. Su uso en la vida social y los significados que se movilizan a través de dicha figura, hace que una vez que los sujetos son interpelados para que den cuenta de dicha figura, estos se encuentren con un número no menor de problemas. ¿Qué es “el flaite”? ¿Quiénes son “los flaites”? ¿Qué es ser “flaite”? y ¿Qué hace que una cosa o acción sea “flaite”? No son preguntas que para un sujeto juvenil, ducho en su uso, resulten fáciles de contestar.

La ambivalencia ontológica si bien está presente en casi la totalidad de los sujetos entrevistados y en el grupo de discusión realizado, se presenta en diferentes grados. Hay casos en que la indeterminación es absoluta o su determinación no resulta ser medianamente consistente con la totalidad del discurso. Las propiedades que determinan esta naturaleza ambigua de la figura de “el/lo flaite” serán abordadas desde la quinta sección. Valdrá por ahora mencionar que, por un lado, la figura misma y los usos que de ella hacen los jóvenes posibilitan una ambigüedad y/o maleabilidad mayor en comparación con otras imágenes culturales subalternas –y así lo veremos a lo largo de la presentación de resultados. Por otro lado, subyace en lo que hemos denominado ambigüedad ontológica una tensión entre discurso público y privado de los jóvenes al ser interpelados desde el espacio público (la presente investigación) sobre la figura de “el/lo flaite”.

Además de la mencionada ambivalencia ontológica, es posible distinguir dos constataciones elementales: La connotación negativa y el *carácter habitual* o común de la figura de “el/lo flaite”.

El hecho de que “el/lo flaite” sea una figura común en interacciones y prácticas discursivas de jóvenes universitarios se fundamenta en la afirmación explícita por parte de los sujetos de estudio de que “el/lo flaite” constituye una figura presente en la cotidianidad de las conversaciones e interacciones entre jóvenes universitarios¹⁷. Esto nos plantea que, por lo menos a nivel discursivo, se trata de un fenómeno pertinente a la cotidianidad juvenil. No sólo los jóvenes conocen la

trate de una cita proveniente del grupo de discusión se señalará con un “GD” y para la observación participante con un “OP”.

¹⁷ Si bien en algunos casos esta afirmación o reconocimiento de su uso habitual se hace en relación a terceros, en general se admite su utilización en primera persona. Esto, teniendo en cuenta que dicho reconocimiento se hace en la tensión entre discurso público y discurso privado.

figura de “el/lo flaite”, sino que, además, su conocimiento está relacionado con una práctica discursiva, con su utilización cotidiana.

“(…) es común(…) exacto. Sí, pero yo creo que más entre pares, como entre jóvenes podemos hablar así “ah no, qué flaite”…” (Javiera, Sociología, UV)

“sobre todo ahora que se está utilizando… incluso analizo que, como hace tres años, no se ocupaba tanto, no escuchaba tanto “ah, que eri’ flaite”. Pero ahora sí y yo creo que en demasía.” (Camila, Historia, PUCV)

“¡sí! A cualquier cosa ordinaria le dicen flaite. Una huevada pobre es “flaite”, si tu trabajo es feo, es “flaite”. Es que la gente los denota así, flaites.” (Sebastián, Odontología, UV)

Esto se traduce, en términos prácticos, en que para todos los sujetos entrevistados es inteligible la figura de “el/lo flaite”. Puede ser que les resulte difícil definir la naturaleza de “el/lo flaite”, pero no se trata de una figura ajena. El problema se produce (su *ambigüedad ontológica*) al detenerse en su definición, porque a pesar de sus diversos usos discursivos en la práctica todos saben de qué se está hablando.

“Entonces, al final tiene como muchísimos significados diferentes, pero al final igual, de alguna forma u otra todos entienden como el significado de la palabra.” (Teresa, PUCV, GD)

Y no sólo es inteligible. Sino que constituye una forma de lectura y reconocimiento de sujetos en la cotidianidad:

“A ver, yo veo un flaite así, veo un huevón flaite… ya, lo primero que me preocupa es ver si es flaite… Que… **en verdad siempre veo un flaite, ¿cachai?** Entonces no… si veo uno solo me da lo mismo, pero si veo una patota de flaites me preocupo. Y más si estoy solo en la calle” (Sebastián, Odontología, UV)

La tercera constatación empírica que nos permite adentrarnos al fenómeno de estudio es su *connotación negativa*. Éste carácter negativo no indica simplemente que generalmente su significado sea valorativa o normativamente negativo, sino que no es inteligible dicha figura si no es en su connotación negativa. Pensar contextos o usos cuya significación sea algo positivo es una imposibilidad para casi la totalidad de los sujetos de la investigación. Esta connotación nos indica que la figura de “el/lo flaite” tiene, adquiere o funciona siempre en una dirección específica, relacionado a marcas de superioridad/inferioridad.

“no, yo creo que la categoría “flaite” es algo negativo. Yo creo que todos los que de alguna forma te dicen flaite, es porque te están diciendo algo que estás haciendo mal, que estás tomando una actitud mal o que… o que te estás vistiendo mal… no sé. Pero yo no creo que sea “¡ah! El flaite… si erí flaite como buena onda”, no, nadie lo utiliza, por lo menos, de esa forma (ríe). Yo creo que es algo negativo”. (Javiera, Sociología, UV)

“no, no creo que haya algo como… no sé, al menos en mí, que signifique algo cien por ciento positivo. Siempre es como algo malo, o algo defectuoso, o algo mal hecho… como que nunca es en un contexto como de algo positivo” (Celeste, Diseño, PUCV)

“sí. Es que uno... yo tengo como en mi idea, es como que tú... en tu mente tienes que **el flaite es como algo malo** (...) Nunca he escuchado decir... no sé po’, “ah qué flaite” y es algo bueno, o “ah, bkn, qué flaite”. No se ve. (...) **Y las cosas malas está todo lo flaite**: no sé po’, el huevón que jala -bueno, ahí igual puede ser... va todo (risas)-; el huevón que roba; el huevón que... no sé po’, que apuñala... Un huevón normal no va a salir a la calle con un cuchillo, ¿me entendí? Un flaite sí, va a andar armado. (Francisco, Kinesiología, UPLA,)

“Además que la palabra “flaite” siempre... o sea, lo que yo percibo, es que tiene una connotación negativa, de que tiene un cierto aspecto de discriminación, o sea, como que siempre se mira el flaite... **un flaite nunca va a ser algo bueno**, sino que un flaite siempre se va a ser, se va a mirar como algo malo, o sea, como un delincuente... quizás como un gallo... siempre con una connotación negativa, nunca va a conllevar la palabra flaite algo bueno.” (Manuel, UAI, GD)

Cuando en algo varía la explicitación de esta connotación negativa, se hace de manera inconsistente con la totalidad del discurso del sujeto en cuestión. A continuación en el único caso de un estudiante que responde en forma positiva cuando se le pregunta por la posibilidad de que “flaite” signifique algo positivo, este responde que sí.

“es positivo porque también se asocia al... al que es picarón, como medio chorizo. Flaite como pa tirar una talla media subido de tono, es como... cómo se llama... como puntudo... como subido de tono, como un humor más picarón, más irrespetuoso.” (Sebastián, Odontología UV)

Pero al ser consultado por la valoración al respecto de que “los flaites” sean uno de los grupos indeseables para jóvenes universitarios (haciendo referencia a la INJUV, 2010) el afirma que está de acuerdo con el lugar que obtienen.

“sí. Porque a los peruanos, no. Skinheads, tampoco. Los nazis sí, los flaites. Hubieran puesto otro tipo de gente, sí. Pero dentro de las posibilidades está bien los flaites.” (Sebastián, Odontología, UV)

Por otro lado, es relevante que en los casos excepcionales, en donde se impugna la figura de “el/lo flate”, la connotación negativa no desaparece, sino que es impugnada junto con toda la figura (siendo uno de los criterios para dicha impugnación la misma connotación negativa de “el/lo flaite”).

“No, no es coherente. O sea, no he visto que los flaites “oh, gracias por decir que soy flaite”. El término se ha utilizado de esa forma y ya está en el inconsciente colectivo de que es negativo. A no ser que hagan otra palabra o que cambie la conciencia de la sociedad, que se hagan muchas cosas y que ahí eso se pueda cambiar el término, o ser positivo.”(Camila, Historia, PUCV)

Estas tres primeras constataciones –ambigüedad ontológica, connotación negativa y uso habitual- que levantamos en torno a la figura de “el/lo flaite” no nos entrega contenidos específicos propios de dicha figura. No nos dicen *qué* es la figura de “el/lo flaite”, pero resultan indispensables para pensar el alcance y carácter de la misma. El hecho de que se trate de una figura de connotación negativa, nos dice que contiene una dimensión valorativa que es constitutiva a la figura; el hecho de que sea habitual y frecuente en el discurso de jóvenes universitarios, nos dice que es una figura pertinente para la cotidianidad de

jóvenes universitarios, y el hecho de que sea ambigua ontológicamente nos plantea que su lectura no está dada, su naturaleza no se puede establecer de forma automática ni clara, ni menos aún resulta fácil de explicitar dicha naturaleza. De aquí en adelante denominaremos a este conjunto de constataciones relativas al discurso que re-crea y re-produce “el/lo flaute”, como sus *características generales*.

Si en sí mismas estas *características generales* parecen relevantes, a medida que profundicemos en el fenómeno -explicitando contenidos y descubriendo sus tensiones principales- irán ganando centralidad y pertinencia analítica.

4.2 El primer lugar de enunciación: las emociones.

Sin pretender entrar en profundidad sobre el debate respecto a la definición, alcance y perspectivas diferentes en torno al papel de las emociones en lo social, para propósitos de esta investigación entenderemos que la emoción es una dimensión intrínseca en la existencia y desenvolvimiento del ser humano. En este sentido, lo relevante es que, como lo señala Rodríguez (2008) las emociones son un elemento muy relevante a tener en cuenta al estudiar las formas en que los actores sociales se posicionan frente a determinados contenidos culturales. Las emociones relevan estos significados culturales y, sobre todo, nos permiten establecer el grado de internalización, compromiso o rechazo que un contenido cultural logra en un individuo o un grupo determinado (Rodríguez Salazar, 2008).

Por esta razón, es relevante identificar, aunque sea de forma aproximativa, las emociones que acompañan los discursos que re-recrean y re-producen la figura de “el/lo flaute”. Es posible entender los estados emocionales desde donde “el flaute” adquiere cuerpo discursivo como los primeros lugares de enunciación desde donde “el/lo flaute” es re-creado y re-producido.

A nivel empírico -como veremos más adelante- hay más de un registro emocional desde donde la figura de “el/lo flaute” es re-creada y re-producida en los discursos. El miedo es la expresión más álgida, pero no menos importante son la molestia, incomodidad, el desprecio, la burla y la risa.¹⁸

Resulta relevante constatar que todas las emociones relacionadas en la reproducción y re-creación de la figura de “el/lo flaute” tienen valencia negativa. En este sentido, la connotación negativa como característica general de la figura de “el/lo flaute” tiene como correlato emociones *no placenteras*. En el caso de la risa, si bien se puede argumentar que se trata de una emoción de valencia positiva

¹⁸ Sobre la discusión sobre el status de emoción hemos revisado a Elster(2010), Jáuregui (2008) y Rodríguez (2008).

(placentera), siempre supone valencia negativa sobre el sujeto que es objeto de la etiqueta. Por otro lado, también en algunas excepciones los sujetos alegan un estado personal de indiferencia, y atribuyen emociones como miedo o desprecio a terceros; estas intervenciones tienden a no ser muy consistentes y parecen estar más relacionadas a la tensión entre discurso privado/discurso público que retomaremos más adelante.

A continuación mostraremos los principales registros desde donde “el/lo flaite” adquiere cuerpo discursivo. Estas emociones, más que lugares discretos, pueden entenderse como un continuum emocional coherente desde donde la figura de “el/lo flaite” emerge. Este continuo, como lo veremos, acepta variaciones discursivas, pero le imprimen coherencia a los rangos de variabilidad de “el/lo flaite” en tanto figura discursiva.

4.2.1 Risa y Burla. Flaite como objeto de risa.

La risa es una propiedad universal de la especie humana. En su universalidad, el objeto de la risa y sus funciones son diversas, depende de las sociedades, la cultura y el tiempo, por lo que su configuración es tan diversa como culturas a lo largo de la historia conocemos; esto es relevante en el sentido de que en la risa también hay interpretación (Jáuregui, 2008). En este sentido, el hecho de que la figura de “el/lo flaite” exhiba dentro de su repertorio de emociones y expresiones a la risa no agrega en sí mismo mayor información. Es en sus funciones y efectos que encontraremos su especificidad en tanto lugar de enunciación.

“Manuel: O también puede ser, sí, también recojo lo tuyo, que también puede ser pa’ eso, pero también puede ser con una connotación de burlarse

Manuel y Marcela: de burlarse!

Manuel: “oye, mira! Oh que flaite”, como que quizás puede ser un gallo que está con una mina incluso, un gallo que es flaite, como pa reírse, que el gallo está como... puede ser también como...

Marcela: O escuchando música... oh que flaite. Llama la atención. Pero no una cuestión “Oh que flaite” (dramáticamente)

Manuel: claro, no sólo puede ser una cuestión de advertencia, sino que también puede ser como eso, como de mofarse un poco del este gallo que está.

Marcela: BURLARSE

Manuel: Puede ser también po’, o sea, puede ser de las dos formas también.”
(GD, Marcela, UV; Manuel, UAI)

La risa que emerge a propósito y a partir de la figura de “el/lo flaite” constituye una cierta modalidad de interacción que cumple funciones en el ámbito del mundo cotidiano juvenil universitario, abarcando una gama amplia de objetos y sujetos de risa. La cita anterior, procedente del grupo de discusión, muestra una de las pocas aproximaciones reflexivas (de toma de conciencia) de la burla y la risa en relación

a “el/lo flaité”, y es una cita aún más excepcional en tanto la burla es ejecutada sobre un extraño. Esto no quiere decir que en los otros sujetos de la investigación esté ausente el registro de la burla y la risa, sino que dicho registro no es objeto de análisis ni se le concede mayor importancia. La aproximación reflexiva y excepcional, se hace instantánea y general cuando la burla y la risa aparecen en relatos del resto de los sujetos de la investigación.

“No sé, hueón... sí, se ocupa. Mira, yo no sé. Por ejemplo con mis amigos, de repente, se te sale, no sé po, lo flaité ¿cachai? No sé po, el hecho de hablar, de decir una palabra mal dicha o de repente una frase redundante o con una entonación o un acento específico ¿cachai? -“Oh! qué flaité la wea”- y nos reímos todos. Pero es una cuestión que queda ahí nomás, no va más allá de...”(Vicente, Ingeniería, UAI)

Generalmente la burla y la risa se circunscriben en ámbitos de pares y en espacios relativamente cerrados. En estos casos, la escenificación de “el/lo flaité” permite producir un tipo de interacción específica. En este sentido, un ejemplo de este tipo de expresión es posible seguirlo en una de las notas de campo, en donde un estudiante de Historia de la PUCV, en el contexto de un campeonato de fútbol, es etiquetado de “flaité” a propósito de las zapatillas que ha comprado.

“Ante el color llamativo de las zapatillas, los compañeros cercanos del equipo lo molestaban diciéndole por qué se había comprado unas zapatillas tan **flaites**. Si es que acaso quería ser como Alexis Sánchez o Vidal.(...) lo que produjo una risa general dentro del grupo xxxx, como en los jóvenes cercanos a dicha situación. Más allá de **incomodidad el hecho era visto como divertido** para el mismo grupo, entre las bromas propias de un campeonato de fútbol.” (OP, 10/06/2013, Viña del Mar)

Es así como la figura de “el/lo flaité” emerge no sólo en escenas dramáticas o tensas, como lo veremos más adelante, sino que también (y, quizás, sobre todo) en interacciones de carácter lúdico.

“no sé. También de repente cuando... no sé, cuando uno lesea con la gente, se supone que también el flaité tiene una forma de hablar distinta, cachai? Como que tiene un tono de voz, una forma como... utilizar palabras, ¿cachai? Ponte tú, los jugadores de fútbol también

Entrevistador: son flaites

Javiera: no sé si sean flaites (ríe) sí, también, puede ser. Pero si veí' a Gary Medel, como... lo escuchas hablar, igual uno se burla de eso, cachai? Pero el loco tiene plata, puede acceder a muchas cosas, pero él tal vez él se preocupa de jugar a la pelota y no de educarse, ¿cachai? Entonces... que utilice palabras como... no sé...” (Javiera, Sociología, UV)

La risa y la burla emergen en función del desprecio cuando es aplicado a un desconocido, y en función a una parodia lúdica cuando es a un par o cuando no se encuentra presente el sujeto al que se etiqueta. En la última cita la expresión lúdica de “el/lo flaité” emerge en la forma de un gesto performativo que imita un habla popular. Este carácter performativo permite escenificar a un Otro, reduciéndolo a un aspecto o característica (en este caso cierta forma de hablar),

descargando la risa sobre el simulacro de un sujeto particular indeterminado (anónimo) y al mismo tiempo, en referencia a un sujeto social delimitado.

En lo que a la risa y a la burla respecta, prima “el/lo flaute” en tanto adjetivo, en donde literalmente cualquier cosa en lo social puede ser etiquetada como “flaute”; acciones, actitudes, gestos lugares y objetos son los principales blancos de etiquetamiento. En este sentido, la figura de “el/lo flaute” cumple la misma función que una etiqueta, pero desprovista (en apariencia) de su dimensión referencial, lo que hace que “el/lo flaute” sirva para calificar cualquier objeto marcándolo negativamente. Esta tendencia a desvincularse con la dimensión referencial - relativa cierto tipo de joven urbano popular- tiene como efecto que el significante “flaute” adquiere cierta autonomía en el discurso. Si bien, ésta autonomía será abordada y problematizada más adelante, no está de más aclarar que en lo que la burla respecta, los criterios y supuestos en la actualización de la figura de “el/lo flaute” son, en lo grueso, los mismos que sostienen las expresiones más radicales o densas en torno a la figura de “el/lo flaute”, relacionadas y direccionadas en torno a la pobreza y la clase social.

La siguiente cita expresa la misma re-creación de “el/lo flaute” en registro de burla en tanto *corrección del habla*, pero esta vez se trata de un relato en donde la entrevistada es objeto de la etiqueta:

“(…) Yo no hablo así como... como flaute. Yo intento igual ocupar un vocabulario bueno y de repente como que se me salen, y ahí como que se ríen, es como incómodo.” (Claudia, UVM)

A nivel de la emoción, la incomodidad la podemos leer en este caso como una expresión de vergüenza. En este sentido, Tugendhat nos señala que:

"La vergüenza no es cuestión cualquiera; está específicamente relacionada con lo moralmente bueno, lo que se expresa en el hecho de que se vincula con el sentimiento de culpa. Que en la moral el sentimiento no sea sólo de vergüenza, sino también de culpa, se debe a que en este caso la reacción de los demás no consiste únicamente en menosprecio, sino en una especie de indignación, pues cuando el sistema de exigencias mutuas es violado, la comunidad moral entera resulta vulnerada" (Tugendhat, 2004, pág. 81).

El ridículo y la vergüenza son emociones íntimamente ligadas a las normas sociales y morales (Elster, 2010)¹⁹. Así, es como resulta muy frecuente a propósito de la figura de “el/lo flaute” la referencia por parte de los entrevistados en relación a *formas de hablar* en tanto objeto de evaluación y corrección. El habla como un indicador de la pertenencia a una clase, pero también como vigilancia de los

¹⁹ La tesis del autor es que las emociones del desprecio y la vergüenza son la base de las normas sociales.

modos correctos de interacción cotidiana.²⁰ Pertenencia que hay que simular para no ser marcado en la cotidianeidad.

Así mismo, resulta interesante observar cómo es interpretado y significado este acontecimiento por parte de la entrevistada.

“es que existen flaites como persona y vocabularios flaites, ¿cachai? No sé si me explico. Bueno, a veces a mí, con mi pololo que estaba en Santiago, y el vivía en Pudahuel. Y entonces yo también me empecé a comunicar con sus amigos y amigas, personas que conocí ahí. **Y de repente se me pegaron palabras** así como “vo’ tay loco”... eh... es que a veces las ocupo.

Entrevistador: ¿y esas palabras, serían... están mal esas palabras, no se pueden ocupar? ¿O alguien las puede catalogar como flaites? ¿eso me quieres...?

Claudia: Claro, son como mal miradas, **son como, encuentro como partes negativas de uno que de repente se salen**. Porque como tanto te sociabilizas con las personas, de repente eso te puede afectar en tu persona y puedes llegar a repetirlo.” (Claudia, Ed. Parvularia, UVM)

Como es posible observar, aquí el habla etiquetada es objetivada por el mismo individuo como un habla extraña internalizada, “una mala parte de uno” que es necesario erradicar, vigilar y evitar. Es el Otro parcialmente situado en *uno mismo*, que ha llegado ahí producto de un “contagio” y que “sale” o se expresa involuntariamente como síntoma. Es posible decir que refiere a la codificación de la pobreza como enfermedad, pues qué es sino la enfermedad lo que se contagia. Esta metáfora es relevante en la medida que da cuenta que la pobreza y sus indicios son experimentados en la vida social como objeto de estigma y exclusión.

4.2.2 Incomodidad y molestia

Como lo vimos en el último ejemplo anterior, ya en dinámicas lúdicas de burla encontramos la emoción de incomodidad y vergüenza en la re-creación y reproducción de la figura de “el/lo flaites”. A diferencia del último caso presentado, en el presente acápite la incomodidad (y la molestia) emergerán de sujetos que ejercen el etiquetado y que, por lo tanto, no son objeto de la etiqueta “el/lo flaites” (o no se presentan como posibles objetos).

Aquí, la molestia se caracteriza por la indignación moral de los sujetos que sienten que algo o alguien ha sido *pasado a llevar* por el sujeto que es distinguido como “flaites”.

“Me parecen bacanes las marchas que se desarrollen en un contexto totalmente de **respeto**, pero te juro que no pasaron ni cinco minutos que estaban mostrando la marcha y ya, los desmanes empezaron loco; puta... huevones pateando una cortina de una Cruz Verde, un huevón tirándole la piedra a un semáforo peatonal, yo me pregunto qué chucha culpa... porque al final ese es

²⁰ Respecto a la corrección del habla, resulta interesante constatar que las letras, los letrados han ocupado un lugar central en Latinoamérica en relación a los procesos de construcción del sujeto moderno en el contexto postcolonial. El habla y la escritura fueron un elemento central en la construcción de la idea de civilidad y funcionó como frontera demarcatoria respecto a los que estaban dentro y fuera de los proyectos nacionales post-independentistas (Stephan, 1999).

un beneficio que pierde la gente, ¿cachai? Porque tení' el semáforo roto ¿cachai?... puta, **no vamos a construir nunca una ciudad bonita, ordenada, de una sociedad de respeto también**, que es súper importante... entonces... por ejemplo eso, no sé, el vandalismo... por ejemplo que rayen las micros, ¿cachai? **¡Que dañan lo que es de todos, hueón! Eso es lo que me molesta y que encuentro que es flaute. Acciones flaites, para mí, es dañar lo que es de todos y también lo que es, claro, privado también, pero... Generar daño.**"(Vicente, Ingeniería, UAI)

La cita anterior coincide con lo que Elster (2010) denomina como *indignación cartesiana*, que consiste en la indignación en nombre del bien común. Pero "el/lo flaute" no es sólo actualizado en referencia a una moral social que se juega en los espacios públicos, sino que también en la cualificación moral de relaciones personales. Estas son codificadas de forma efectiva a través de la figura de "el/lo flaute".

"Pero también si es como de algo malo, claro, produce obviamente un rechazo. Por ejemplo, no sé po', llega Pablito y es como el loco que se cagó a tu amiga, como... también puede ser como "ah sí, este tipo es súper..." (...), pero como que hizo algo malo y también puede que lo traten de flaute o algo así."(Celeste, Diseño, PUCV)

La incomodidad, por otro lado, constituye un momento anterior a la molestia en tanto es expresión pasiva del desacople en el encuentro con el sujeto distinguido como "flaute". Es así como la dimensión axiológica (relativo a un juicio de valor) se traduce en un el plano praxeológico, es decir, en la mantención o reafirmación de distancias en lo social.

"(...) Y para mí son personas que tienen cierto tipo de forma de vivir... por lo menos a mí, me hace sentir incómodo cuando estoy en presencia de ellos, cuando es muy notoria su actitud, porque siento que me pone en riesgo estar con ellos: está en riesgo mi integridad física, mis pertenencias, etc. (...)."(Cesar, Ingeniería Industrial, PUCV)

Molestia e incomodidad emergen preferentemente en escenarios del espacio público en dónde se hace posible el encuentro con un otro en lo social. La incomodidad aparece relacionada con formas específicas de presentación en la cotidianidad identificables en el espacio público. Aquí un ejemplo que emerge con frecuencia se relaciona con escuchar música fuerte en espacios públicos.

"Que vení con la música, por ejemplo, en la micro con el celular prendido. Ya, ok, te respeto que tú quieras escuchar tu música, pero yo a lo mejor no quiero escuchar tu música, y no te cuesta nada ponerte los audífonos y tranquilito te vas para la casa."(Vicente, Ingeniería, UAI)

"no es común de nosotros que escuchemos la música como fuerte, o sea, típico en las micros que los flaites anden con la música fuerte, sus audífonos, el flúor en las zapatillas, que es como" (Claudia, Ed. Parvularia, UVM)

La molestia y la incomodidad son el "síntoma" que acusa la transgresión y ambas constituyen momentos distinguibles de un mismo continuo emocional. La incomodidad refiere generalmente a una transgresión formal relativa a una imagen; la presencia misma de la figura de "el/lo flaute" es suficiente para gatillar

una acción o un estado de alerta. La molestia es la manifestación activa de este estado, cuando lo que la imagen sugería es confirmado por una acción. En este sentido, es posible identificar diferentes tipos de transgresiones que son sancionadas con la etiqueta “flaite”, si bien serán abordadas más adelante, podemos mencionar que existe una transgresión estética y una transgresión moral/normativa.

4.2.3 Miedo

Para finalizar la descripción de las emociones que acompañan la re-producción y re-creación de la figura de “el/lo flaite”, se abordará la emoción más potente que emerge en la re-creación y re-producción de la figura de “el/lo flaite”: el miedo.

Elster (2010) señala que el miedo, a diferencia de otras emociones, se juega en el plano de la posibilidad o probabilidad, específicamente el miedo responde a la probabilidad o posibilidad a que una cosa mala le ocurra a uno mismo.

“Encuentro que los flaites como que, por lo menos a mí me pasa que cuando yo **me acerco a un flaite es como que te da así como miedo** (...) Es como... intimidante. Porque si estai’ sola, o yo estoy sola, y se te acerca un flaite o varios flaites, encuentro yo como que me va a hacer algo o algo van a hacer, porque no están... encuentro que no... no tienen como una acción así como buena” (Claudia, UVM)

El miedo emerge como efecto de esta posibilidad cristalizada en una figura determinada. La figura de “el/lo flaite” encarna los signos de una violencia en potencia, pone en manifiesto una posibilidad latente.

“El otro concepto de flaite es como... no sé po’, el que hecha garabatos, que son agresivos... que los veí’ que están en la calle, que pensai’ que te pueden asaltar, qué sé yo, como el concepto de pato malo” (Celeste, PUCV)

La inseguridad, en tanto vulnerabilidad frente a una violencia potencial, constituye un elemento central para entender los significados y las emociones que moviliza en lo social la figura de “el/lo flaite”.

“ (...)quizás el círculo de esa persona flaite igual de repente tú lo pensai así po’, si tiene este carácter como delictual (...) Si tú decí’ “este gallo es flaite”, tal vez trafica. O no sé po’, tal vez vienen muchos autos para acá y no sé. Como de inseguridad, que puede estar involucrado en algo, que sé yo. O por algunos de estos modos como de costumbres que, tal vez, topan con las tuyas. Eso.” (Carola, Diseño, UV, GD)

“sino los que para mí en cierta forma me hacen sentir inseguro .Por ejemplo yo identifico como flaite a alguien que le roba la cadena... ayer me pasó, le robaron la cadena a una persona que iba detrás de mí...” (Cesar, Ingeniería Industrial, PUCV)

El miedo es expresión de la vulnerabilidad en su grado máximo. Aquí lo que está en juego para los sujetos es, en primera instancia, sus pertenencias personales y, en segunda, su integridad física. El miedo se da en escenarios de espacios públicos (o relativamente abiertos) en donde es posible el encuentro con un otro, que se asume (radicalmente) diferente y peligroso, es decir, un *Otro*.

4.3 El Otro como sujeto peligroso: escenario del miedo.

La cualidad de evocar una emoción tan fuerte como el miedo se relaciona con la yuxtaposición de la figura de “el flaite” con aquella que, de forma paradigmática encarna la desviación social en las últimas dos décadas en nuestro país: el delincuente (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1998). El trasfondo social que media entre un sentido de inseguridad abstracto y una figura social determinada, lo encontramos en los procesos de construcción social del sujeto peligroso, expresión sociológica de un proyecto de clase que, a través de la criminalización de la pobreza, allana la transformación del Estado de Bienestar en un Estado penal (Wacquant, 2010). Podemos reconocer como su eslogan principal *la guerra contra la delincuencia*. En Chile *la guerra contra la delincuencia* se posicionó como un cuerpo doctrinario polarizador de lo social, a través del cual la complejidad de lo social se reduce y somete a la dicotomía amigo/enemigo. El delincuente encarna al “enemigo interno”, al desviado, al cual la sociedad en su conjunto, valga la redundancia, le declara la guerra. La seguridad ciudadana se apodera de la agenda pública y funciona como grilla de lectura propiciando que el *miedo al otro* funcione como axioma principal en las interacciones sociales (Ramos & Guzman, 2000; Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1998; Moulian, 2002).

En la medida que la figura de “el/lo flaite” se hace equivalente a la del delincuente, condensa un sinnúmero de dispositivos articulados en la construcción del sujeto peligroso.

“Yo considero flaite a un huevón que hace un lanzazo, esa es una huevada flaite. “Oh, qué flaite, me robó el celular”. (Francisco, Kinesiología, UPLA)

“si voy caminando por la calle, tarde, de noche, sola y veo una pandilla (risas E), ahí cambia la situación y sé que tengo que caminar mucho y... o sea, a lo que voy es que como puede estar ese grupo de flaites, también puede estar un grupo de cualquier persona, o sea, igual me va a dar miedo, pero sí más miedo que gente no flaite.” (Marcela, UV, GD)

En relación a esta yuxtaposición entre la figura del delincuente y “flaite” es posible distinguir más de una aproximación por parte de los sujetos de la investigación. Por ejemplo, en algunos es posible reconocer un tipo de acercamiento más crítico o reflexivo respecto a esta asociación directa entre delincuente y “flaite”. En estos casos, dicha asociación es total o parcialmente cuestionada argumentando o que “el/lo flaite” se juega estrictamente en *la imagen* o que existen ladrones de clase alta lo que indica la naturaleza sesgada de dicha asociación.

“Es que como se homogeneiza mucho, porque casi siempre cuando dan las noticias también, eh... no sé po’, hicieron un robo y después como que los pillan

y se visten con las características del flaite. Pero existen ladrones de sociedad alta.”(Claudia, Ed. Parvularia, UVM)

“pero quizás, cualquier persona puede robar, y aun así nosotros le decimos que es flaite. Quizás no ande vestido igual que ellos, pero el término flaite no es solamente delinquir, para mí no. Porque uno asimila visualmente quién es flaite: “ah” ahí dice... uno lo corrobora, ¿robó? “ah, y se viste de tal manera, se corta el pelo de tal manera, es flaite.” (Camila, Historia, PUCV)

En el fondo, ambos argumentos apuntan a matizar o criticar la asociación entre pobreza y delincuencia tributaria del proceso de criminalización de la pobreza (Wacquant, 2010) que constituye el trasfondo social inmediato de esta yuxtaposición entre delincuente y “flaite”, entre delincuencia y pobreza, entre desviación y pobreza.

Así como es posible identificar estas aproximaciones más críticas, en general la relación entre peligrosidad, delincuencia y la figura de “el/lo flaite” se presenta de forma naturalizada en los discursos de la mayoría de los sujetos entrevistados. En estas aproximaciones es posible identificar dos posiciones: una pragmática y otra esencialista. La posición pragmática es capaz de tomar conciencia de que la asociación entre “flaite” y delincuencia es “injusta” o potencialmente discriminadora, pero al mismo tiempo reconoce en ella una utilidad práctica, en tanto se le reconoce como fuente de información pertinente en la administración del riesgo que representa la violencia urbana.

“te están advirtiéndote que algo malo te puede pasar. O sea, es verdad pó, yo como persona **soy cero prejuicioso, pero también soy realista de que si te dicen “hay un flaite detrás” es una advertencia.** Pero yo, no me gusta discriminar a las personas, **yo soy cero discriminatorio. Pero si me dicen “hay un flaite ahí” pucha, es la realidad, te puede pasar, teni que estar más alerta** po’, pero no lo voy a discriminar, no me voy a correr ni nada, pero estar un poquito con el ojo más...” (Manuel, GD, UAI)

La aproximación esencialista, en cambio, no hace matices respecto a la asociación entre “flaite” y “delincuencia”, sino que, por el contrario, la fundamenta en la natural relación entre pobreza, peligrosidad y delincuencia. A continuación la expresión más explícita de dicha aproximación:

“Es que yo creo que está claro que, en general, la gente que asalta, la gente como metida en cosas más delictuales, son de clases sociales más bajas, en general. Entonces como que uno asume que hay más posibilidades de que esa persona te vaya a asaltar, a que te vaya a asaltar la abuelita que va... ¿cachai? O sea, yo creo que es un poco de sentido común más que... pero tampoco, claro, si va un cabro chico con la sopaipilla, con la polera de fútbol y los... no sé, ya, obviamente no. O sea, uno se da cuenta también. Tampoco es “éste me va a asaltar, éste no”, pero uno siempre tiene que andar cuidándose de cualquier personas, nunca sabí en verdad quién...” (Teresa, GD, PUCV)

Esta asociación es el soporte de la condensación del miedo social de la que es objeto la figura de “el/lo flaite”, lo que refuerza su eficacia como imagen cultural de un sujeto subalterno -de jóvenes urbanos de clases populares- peligroso y, por lo tanto su carácter de ser Otro en lo social.

Esta asociación es correlato de la experiencia que viven los jóvenes de sectores económicos bajos a quienes se les prescribe en la sospecha. Para ellos esta asociación es experimentada como una vulneración de derechos y fuente importante de estereotipos y fundamento de la discriminación sufrida; una fuente de justificación del castigo y disciplinamiento vividos en el tratamiento discriminatorio por parte del Estado a territorios. “La delincuencia como fantasma amenazante funciona como argumento para la exclusión, sospecha y despojo del respeto” y también como opción para la auto-exclusión (Araujo, 2009, pág. 68). Aquí la presunción de inocencia se convierte en presunción de culpabilidad y las instituciones de control social ejercen violencia en nombre de la sospecha, sobre todo en jóvenes hombres (Araujo, 2009).

En este contexto importa preguntarse por la especificidad discursiva de la figura de “el/lo flaite” en comparación a la figura de delincuente. En otras palabras, la relativa equivalencia que se establece entre la figura de “el/lo flaite” (sobre todo en su dimensión y uso público) y la figura del delincuente ¿es un alcance semántico o responde a una trama sociológica? Como sabemos, la figura del delincuente conlleva todo un relato social que lo patologiza y lo convierte no en resultado de un proceso social y un contexto histórico determinado, sino en un individuo perverso. En el contexto actual, este relato cobra sentido en la *doxa* neoliberal que apunta a la criminalización de la pobreza -para su administración penal y judicial. Habiendo dicho esto, también es cierto que la figura del delincuente implica la comisión de un delito -efectivo o presunto. El delincuente es aquel que transgrede normas penales. El momento de la transgresión sigue teniendo un lugar central.

En este sentido, la figura de “el/lo flaite” logra mayor sutileza, en el sentido de que contiene un sinnúmero de contenidos que funcionan como expresión de una desviación en potencia (estos contenidos serán abordados en detalle más adelante). El delincuente es una figura más abstracta, y si bien implica una relación directa con la marginalidad y -en las últimas décadas- con lo juvenil, se cimienta en el acto de delinquir y es a partir de este acto que se desarrolla el relato social que lo hace inteligible (Gentile, 2011). “El flaite” es potencialmente un delincuente, con o sin el acto mismo de delinquir; él es una desviación en la medida que los recursos que moviliza, modos y estilos, funcionan como indicios de una desviación en potencia. Este movimiento delimita un espacio caracterológico a partir del cual es posible identificar al sujeto peligroso urbano y, sobre todo, al sujeto objeto de sospecha en lo cotidiano.

Con estas consideraciones, no resulta aventurado decir que la figura de “el flaite” funciona aquí como la actualización de la figura del delincuente. La figura de “el/lo flaite” tiene el plus de concretizar al sujeto desviado moderno, urbano y juvenil, con elementos culturales determinados²¹, específicos de un periodo de tiempo, entregando mayores recursos, pistas y criterios, sobre los cuales distinguir a un Otro objeto de sospecha. Su mecanismo es el inverso al de la figura del delincuente, aunque dependiente de este mismo. En otras palabras, sólo una vez se ha establecido como sentido común la asociación entre delincuencia y marginalidad -delincuencia y pobreza- se hace posible la irrupción de una etiqueta que da cuenta, a propósito de los detalles, gestos, signos y vestimentas de un determinado sujeto subalterno, la encarnación de la desviación social, al que hay que vigilar, frente al cual hay que huir o atacar, o al que hay que simplemente excluir. En resumen el delincuente es estereotípicamente pobre, mientras que el flaite es potencialmente delincuente, en tanto condensa los indicadores de una marginalidad relativa, relacionada a la pobreza y a su condición subalterna.

“yo creo que ya el flaite es un indicador, o sea, en el sentido de que, por ejemplo, para un turista, yo pienso así como turista voy al extranjero el día de mañana, pregunto quiénes son los tipos que aquí me pueden asaltar, las posibilidades, yo creo que es un indicador en el sentido de que, tú como gringo, pa acá llegaí, y ¿quiénes son las...?¿De quién me tengo que cuidar acá cuando vengo? “son estas personas que se visten de tal forma, que son bien parecidos, entonces vai’ en el metro y como que los cachai” (Manuel, UAI, GD)

Antes de entrar de lleno en el contenido de la figura de “el/lo flaite”, resulta interesante revisar, desde el punto de vista ya desarrollado, un mecanismo implícito en la re-creación y re-producción de “el/lo flaite” que puede dar una pista sobre la forma en que funciona y su carácter relativamente fragmentado. En más de una ocasión los entrevistados hacen referencia a los medios de comunicación (y la televisión en particular) como fuente del estereotipo de la figura de “el/lo flaite” en tanto delincuente.

“no, yo creo que sí, tiene que ver con eso de que es como delincuente. Pero yo creo que es la sociedad... no sé si la sociedad. Los medios de comunicación han generado eso, creo yo. Porque yo... o sea, está esta idea de la persona irrespetuosa, de este loco que se sube a la micro y que prende la cuestión y... (...) claro, y que no hay como un respeto hacia los demás. Pero también pareciera ser que estas personas son las personas que te roban, que... no sé.” (Celeste, Diseño, PUCV)

En este sentido, los mecanismos que los medios utilizan para construir relatos que escenifican a un otro peligroso nos entregan una interesante pista. Uno de los mecanismos utilizados por los medios de comunicación en la construcción del sujeto pobre, joven, marginal y delincuente, es identificado por Gentile (2011)

²¹ En este sentido, como lo veremos más adelante, la figura de “el/lo flaite” entrega información actualizada en relación a las estéticas y los elementos relacionados a signos de consumo. El papel que juegan estos elementos estéticos también será abordado más adelante.

como *de descontextualización y re-contextualización*. Este consiste en que, dado un hecho particular de violencia, éste es descontextualizado, soslayando todo indicio del continuum de violencia (sobre todo, institucional) y del contexto sociocultural en que el hecho ocurre, para luego re-contextualizarlo en un continuum de otros hechos similares de violencia urbana, produciendo un efecto de homogeneización de los mismos.

Podemos decir por ahora que, en tanto sujeto peligroso, “el/lo flaute” funciona también como un mecanismo de *descontextualización y re-contextualización*, pero, en este caso, a nivel de la interacción cotidiana y sus relatos de inteligibilidad. Así, la etiqueta de “el flaute” permite descontextualizar a un sujeto determinado para re-contextualizarlo en un continuum de alta complejidad, del cual la transgresión y violencia son uno de sus elementos relevantes.

Quinta Parte: Contenido, pragmática, estrategias y trasfondo en la re-creación y re-producción de “el/lo flaite”.

En el apartado 4.2 se identificaron las emociones que acompañan los discursos que re-crean y re-producen la figura de “el/lo flaite”, lo que nos permite tener una aproximación del grado de internalización de esta figura en los sujetos de la investigación. En el apartado 4.3 se expuso sobre la relación entre la figura de “el/lo flaite” con la del delincuente, el contexto del proceso de criminalización de la pobreza y se abordó tentativamente uno de los mecanismos que lo actualizan. En el presente acápite se abordarán los contenidos concretos que le dan forma a la figura de “el/lo flaite”. Estos contenidos nos proveerán de los principales elementos (imágenes, juicios, relatos) y movimientos (generalizaciones, excepciones, contradicciones, etc.) desde los cuáles “el/lo flaite” se construye.

En el contenido del discurso que re-crea la figura de “el/lo flaite” también será posible profundizar en las tensiones discursivas que dan cuenta de la *ambigüedad ontológica* de la figura de “el/lo flaite” -señalada en un inicio como una de sus características discursivas generales - permitiendo despejar algunas indefiniciones y contestar algunas preguntas que se han mantenido abiertas.

Se distinguen dos grandes ámbitos a los que se acude indistintamente a la hora de dar cuenta de lo que la figura de “el/lo flaite” es para los sujetos de la investigación. Por un lado, encontramos un sinnúmero de descripciones y referencias a una imagen y una estética determinada, a partir de la cual es distinguible en lo social y, por otro lado, tenemos a un conjunto de acciones y actitudes que son referidas como constitutivas de y para la definición acertada de la figura de “el/lo flaite”.

5.1 La imagen y lo estético

Antes de profundizar en la caracterización de la imagen y las lecturas que se hacen a partir de esta, haremos una distinción analítica para prevennos de posibles confusiones. Los sujetos investigados hacen referencia, unas veces, a una imagen determinada y, otras veces, a una estética. A partir de esta diferencia conceptual sugerida desde los datos, postulamos una distinción entre imagen y estética. Si bien se trata de una distinción estrictamente analítica, puede ser útil en la lectura que haremos en lo que sigue.

La imagen la entenderemos como la dimensión especular en lo social, el lugar que tiene, en tanto presencia/presentación, la máscara, la fachada en la vida cotidiana. La estética corresponde a la lectura valorativa de la imagen. La imagen no puede sino ser interpelada, jerarquizada, medida, etc, por lo que es posible

suponer que nunca escapa de la mirada estética. Pero esto no hace menos cierto que la estética entraña una mediación, una lectura que, desde una mirada fenomenológica, no necesariamente se presenta a priori en la imagen. A partir de esta distinción, por ejemplo, el carácter transgresor de “el/lo flaite” no refiere a la imagen, sino que a su estética. La estética la podemos entender como la movilización valorativa (relativa a una jerarquía de valores implícitas) que se hace a partir de una imagen. La imagen es un hecho, un a priori en lo social, la estética es lo que hace inteligible sociológicamente dicha imagen. Cuando hablemos de estética, nos referiremos al entramado de significaciones, diferencias, que atraviesan dichas imágenes.

A nivel empírico, en todos los sujetos de investigación encontramos la referencia a cierta imagen como punto relevante para dar cuenta de lo que la figura de “el/lo flaite” es. Si bien, esta relevancia se reconoce, no siempre constituye el criterio final sobre el cual se da cuenta de “el/lo flaite”. En otras palabras, si bien nunca se deja de hacer referencia a un sujeto con una imagen y una estética determinada, con un estilo asociado, con cierta indumentaria etc, muchas veces estos elementos quedan desacreditados o subordinados a otros criterios. El más habitual de estos criterios se refiera a acciones y actitudes, en muy pocos casos la imagen se subordina a la condición o clase social como criterio definitivo. La jerarquía que los sujetos establecen entre los diferentes ámbitos, será abordada minuciosamente más adelante.²²

Con todo, la imagen y la estética constituyen un pilar fundamental, reiterativo, desde dónde provienen gran parte de los recursos que dan forma a “el/lo flaite”.

“Para mí... No sé, si me preguntan qué me viene a la cabeza, lógicamente hay una idea en relación a lo que decía ella de la imagen, que tiene un estilo, una estética particular, que es más que nada la que nosotros vemos cotidianamente: como un joven que se viste, claro, con ropas de marca y todo, pero con un estilo así como medio norteamericano, medio ancho... o sea, como en términos de imagen...”(Marcela, GD,UV)

“(...) puede ser con el corte de pelo, la vestimenta... siempre la primera impresión se va por la vista, entonces... la forma de pararse o de caminar también influye, eh... no sé po’, a veces van caminando moviendo las manos (risas). Eso así... ya ahí como que se nota algo (risas), puta “ese huevón es flaite”.(Francisco, Kinesiología, UPLA)

En lo que respecta a la imagen, los elementos que dan forma a la figura de “el/lo flaite” son dos: aquellos que dicen relación a un estilo y a objetos de consumo determinados y, en segundo lugar, elementos en relación al cuerpo, en tanto contextura corporal, kinésica, gestos, formas de caminar.

²² Dar con una explicación satisfactoria a esta característica del discurso –relacionado con aquello que denominamos como *ambigüedad ontológica*- es una condición relevante para poder comprender el fenómeno estudiado en su cabalidad.

El primer tipo de elementos es el más explicitado y nombrado por el discurso de los jóvenes universitarios. El segundo emerge con menos frecuencia y su explicitación resulta más dificultosa para algunos -en algunos casos, estos elementos simplemente son “silenciados”-. Tal como lo dice Bolstansky (1975), se trata de materias que rara vez son explicitadas positivamente, sino que son expresadas a través de la indignación, la burla o el desprecio. Tomando en cuenta lo anterior y dado que es una temática que aparece regularmente en los discursos, aunque no se desarrollen extensamente, podemos decir que se trata de un criterio central en la aplicación de la etiqueta de “el/lo flaite”.

La forma de caminar, marchar moviendo las manos, la gestualidad y la referencia a los modales (escupir en la calle) son algunas expresiones que los sujetos de la investigación utilizan como criterios para identificar a “el/lo flaite”. Hacia afuera (cuando se aplican a un desconocido) estos elementos acusan la falta de racionalización del cuerpo y constituyen fronteras infranqueables referidas a la pertenencia de clase, mientras que hacia adentro funciona como dispositivo de vigilancia frente a cualquier indisciplina y como reafirmación performativa de la propia identidad.

“Sí, yo creo que podría apuntar así, “un flaite tiene esto...” o también por un gesto, tal vez, ¿cachai? O tal vez decirle “¿qué pasa?” (risas). Una cosa así, ser el choro. Pero rápido sería algo así, una palabra clave; eso” (Carola, UV, GD)

“Ah! Como por ejemplo si, no sé, de repente a mí se me sale así como un garabato (risas de D) o algo así... o marco mucho la S, “¡ah, lo que dijiste es flaite!”, pero no es que yo sea flaite.” (Marcela, UV, GD)

En este sentido, hablar con “mucho” garabato, es catalogable de “flaite” sin ser (necesariamente) indicador de la clase, por ejemplo, cuando se aplica entre pares. Es posible plantear que su eficacia simbólica yace en la homología que se hace del cuerpo *irracionalizado/no-domesticado* con las clases populares y sobre todo, con la imagen del Otro que la encarna.

“ahora “flaite” puede ser usada como, por ejemplo, **por los modales** de las personas, la forma de ser, quizás, puede ser una conducta flaite o puede ser una ¿cachai? no que tú seas flaite pero puede ser que tu hagas una cosa flaite ¿cachai? ...“¡qué flaite lo que hiciste!”. No porque tú seas flaite, sino porque diferentes tipos de conducta pueden ser flaite. Un día podí’ decir una cuestión flaite y “Oye, qué flaite lo que dijiste”, puede ser que tú no seas flaite, pero lo que dijiste fue flaite.” (Manuel, UAI, GD)

5.1.1 Consumos i-legítimos.

Sabemos que la moda, los elementos estéticos que provee el mundo del consumo y, a nivel de la interacción, la imagen, constituyen uno de los puntos principales de referencia para los procesos de construcción identitaria en la sociedad contemporánea y en las formas de presentación cotidiana, sobre todo en los jóvenes. En este sentido, el concepto de *ciudadano credit-card* (Moulian, 2002) es

muy ilustrativo; aquí, la integración en tanto ciudadanos (en el amplio sentido de pertenecer a la polis) se juega en gran medida en la relación que los sujetos establecen con los símbolos del estatus provistos por el mundo del consumo y a través de la capacidad endeudamiento y el disciplinamiento que ello implica.

En este contexto, resulta interesante constatar que, entre todos los supuestos orígenes disponibles en relación a la figura de “el/lo flaite”, el único que emerge en el relato de jóvenes universitarios es aquel que dice directa relación con el mundo del consumo. Manuel nos cuenta:

“O sea, yo me recuerdo que la palabra flaite viene de ... tiene una concepción más... viene desde un... tiene una historia, “flaite”. Porque viene desde, porque antiguamente a los flaites se les decía flaites por las zapatillas que usaban. Por las “Fly Air”, un tipo de zapatilla Nike. Entonces como que el flaite de ahí parte, por la concepción de la zapatilla.” (Manuel, UAI, GD)

Más allá de la veracidad casuística del mito, lo que releva en sí mismo (y en tanto emerge en algunos de los relatos de los jóvenes entrevistados) es la importancia que toma el hecho de que jóvenes de sectores populares se insertan, mediante unas zapatillas (y un estilo adyacente), en el entramado de signos y símbolos provistos por el mundo del consumo. Esto, que lo podemos entender como expresión de los cambios que ha experimentado en las últimas décadas el fenómeno de la pobreza en Chile (Espinoza, 2009), nos sugiere que la figura de “el/lo flaite” constituye una adaptación de los códigos hegemónicos de lectura sobre la pobreza y las clases subalternas.

Es así como en términos concretos los elementos movilizados a partir de “el/lo flaite” se relacionan al consumo cultural juvenil. Emergen así en los sujetos entrevistados referencias a una *forma de vestir*, a un *tipo de música* y a *accesorios* en tanto propiedades que caracterizan a la figura de “el flaite”.

Todos los elementos (vestimenta, música, accesorios) constituyen una unidad en “el/lo flaite”, pero a la vez se presentan discursivamente siguiendo la forma de un collage, esto es, de manera fragmentaria.

En este sentido, dichas referencias no siempre son las mismas (no siempre se trata de la misma imagen ni de una misma estética); esto se debe a que -como muchos entrevistados advierten- ha existido una evolución a través del tiempo de esta imagen propia de “el/lo flaite”.

“han evolucionado los flaites: antes eran locos que se vestían con ropa ancha... y ahora hay locos con pantalones apitillados, con los jeans con cloro... con ropa como de marca, estilo Lacoste. No por eso el loco es de plata o... no sé.” (Francisco, Kinesiología, UPLA)

En términos generales, la evolución de la estética identificada como “flaite” va desde un estilo de vestimenta relacionado a grupos juveniles en torno al hip-hop,

cuya característica principal es el uso de ropas anchas, jockey y accesorios relacionados (entre otros elementos), hacia otra estética conformada por vestimenta de ropa ajustada en donde la marca adquiere un rol central, también formas particulares de cortarse el pelo, etc.

Por lo menos a nivel discursivo estas estéticas relacionadas a la imagen de la figura de “el/lo flaite” pueden yuxtaponerse (como el jockey o accesorios como aros y brillantes), pero en lo fundamental son dos estéticas completamente distintas (la oposición radical entre estrecho/ancho es una muestra de esto) y en términos concretos constituyen dos estilos diferentes; son dos discursos estéticos diferentes en donde, por ejemplo, la centralidad o no de la marca constituye una de estas diferencias.²³

Esta plasticidad en la imagen referida, si bien presentan a veces alguna problemática a los sujetos entrevistados para concretizar la referencia de “el/lo flaite”, se resuelve en tanto que, al igual que “otros estilos” o modas – parafraseando a Francisco de la UPLA- “el/lo flaite” también cambia. En conclusión, la imagen ha evolucionado, pero el concepto es el mismo.

“Por ejemplo lo visual igual cambia. Cuando era chica no existía esa moda, en ese estereotipo. Era otra, como de los pantalones por abajo, anchos... ellos como... como que esa imagen ha evolucionado mucho. Pero el concepto de lo otro es el mismo.”(Celeste, Diseño, PUCV)

En este mismo sentido, a pesar de que la imagen no resulta del todo unívoca, “el/lo flaite” es reconocido para la mayoría de los entrevistados en tanto, parcial o totalmente, expresión de una moda.

“Yo encuentro que esto de los flaites se dio cuando empezó a aparecer el reggaetón, porque la imagen de los cantantes, como su cadena de oro, su jockey y las cosas anchas, pantalones anchos... y después empezaron a aparecer las zapatillas nightshop que son con, así con brillo con brillo, con colores flúor, y ahí como que empezó a masificarse eso, esa... eso (risas)... los flaites.” (Claudia, Ed. Parvularia, UVM)

Antes de seguir, es necesario detenernos aquí para decir dos cosas sobre la moda, pues dar cuenta del impacto y lugar que asume la moda en la constitución de la figura de “el/lo flaite” es central para su comprensión. Como lo veremos más adelante, no es sino a través de la transformación del sistema de modas desde donde podemos acercarnos a alguno de los recursos y movimientos implicados en este fenómeno.

La moda es un fenómeno complejo, pero a la vez fundamental en su impacto en “las redes de sentido instituidas en los contenidos y los límites del mundo

²³ Vale tener en cuenta que para la mayoría de los casos la referencia estética responde más a la segunda que a la primera de estos estilos, es decir, a lo que sería la expresión actual de “el/lo flaite”.

juvenil” (Margulis & Urresti, 2008). La moda se caracteriza por su temporalidad fugaz y ha tenido su expresión más plena en la modernidad occidental, afirmando su tendencia anti-tradicionalista (Lipovetsky, 1990).

El paso del capitalismo industrial hacia el capitalismo tardío implicó la transición desde una forma de difusión de la moda jerárquica –desde arriba hacia abajo, en la forma de filtrado- a un sistema de difusión de la moda *de virulencia*, que se caracteriza por un patrón más horizontal, que puede tomar diferentes direcciones (Lipovetsky, 1990; Margulis & Urresti, 2008; Matínez, 2004). En este sentido, Lipovetsky (1990) sostiene que la moda es hoy una institución social que democratiza las costumbres y constantemente abre posibilidades variadas, en donde los ámbitos de libertad se van ampliando.

Y en tanto moda, “el/lo flaite” supone una relación determinada con el mundo del consumo. Relación que forma parte de la caracterización y valoración que se hace en la figura de “el/lo flaite” sobre un sujeto social específico.

“... sí, **yo creo que es un grupo súper consumista ¡súper consumista!** Yo creo que se gastan gran parte de los recursos que tienen en... yo encuentro que (...) gente humilde y toda la cuestión, pero gran parte va en eso, en demostrar un poco que tú eres más que el de al lado y no... de forma material, ¿cachai? De forma consumista.”(Vicente, Ingeniería, AUI)

Los entrevistados reconocen la existencia de un *tipo de cosas* que hacen reconocible a la figura de “el flaite”: objetos de consumo con ciertas características relativamente específicas, por ejemplo, su tamaño, su costo relativamente alto, que sean de marca (o que la marca cumpla un lugar central respecto al objeto).

“**siempre se ve... no sé po, a esas personas que tienen zapatillas NIKE como grandes... y esas son súper caras igual, ¿cachai?** Entonces no es fácil adquirir un tipo de zapatillas de esas marcas o de esa forma, ¿cachai?...” (Javiera, Sociología, UV)

Como ya lo mencionamos, la música es otro elemento que emerge y que constituye la imagen referida de “el/lo flaite”. El estilo de música más referido es el reggaetón, pero también aparecen mencionados la cumbia y el hip-hop. Un elemento que es central en relación a la música es la forma en que ésta irrumpe en lo social a través del uso regular que le da “el flaite”. Siguiendo la cita anterior, Javiera continúa:

“...O también estos que andan con parlantes en la calle, eso sí me molesta enormemente. Yo creo que pasar a llevar ese... que uno va caminando y tiene que escuchar el reggeton y el tún tún tún, no! Ya es como... yo creo que pa’ eso existen los audífonos y ellos no... no están ni ahí con eso. Y eso es molesto, y también va po en que adquieren ese tipo de aparatos para...”(Javiera, Sociología, UV)

“bueno, la misma música: el reggaetón... bueno, ahora también está más generalizado, por ejemplo, al ir a una disco se baila, pero ellos lo escuchan. O también... algo sin querer que el compañero ponga música en altavoz, ya es flaite. Así como usar audífonos, eso también es una... y eso abarca... es un

grupo que no sé si se está expandiendo o no sé qué está pasando, pero cada vez veo más.”(Cesar, Ingeniería Industrial, PUCV)

Tanto para la música como para los objetos de consumo tangibles, la lectura que encontramos detrás de la distinción entre un grupo determinado de objetos y otros (los que constituirían referentes para reconocer a alguien “flaite” de alguien “no-flaite”) conjuga dos aspectos: un primer aspecto relacionado a la forma en que se usa el objeto refiriéndose, como en el caso de la cita anterior, a la oportunidad en que se usa, o el lugar que tiene para el sujeto dicho consumo. Un ejemplo de esto último queda muy graficado con respecto a la música reggaetón, la cual “todos” bailan o escuchan en contextos determinados, pero sólo algunos son los que realmente escuchan el reggaetón como género musical.

“vuelvo al tema así como de la música, ¿cachai? Gente que ya... de todas las clases sociales les gusta el reggaetón, pa’ mí el reggaetón es como chulo, pero esa persona no es flaite, ¿cachai? Pero le gusta algo que para mí parecer es como chulo, como... no sé. Pero una diferencia así al flaite, porque escucha reggaetón.”(Macarena, Eco-turismo, UNAB)

El tercer aspecto que sirve para marcar la distinción no es estrictamente la cosa o el objeto de consumo determinado, ni el uso que se le da a los objetos de consumo; es sobre todo la *finalidad del consumo*. Este criterio se encarna en la oposición “demostrar/pasar piola”. Este código de lectura es el criterio bajo el cual la distinción de “el/lo flaite” opera referida a la imagen y la estética, código a través del cual es calificado un tipo de consumo (y consumidor).

“yo creo que si ellos quieren comprarse esas cosas está bien pero... yo creo que todos nos compramos hartas cosas, hay gente que es súper consumista y que puede ser súper piola pa’ sus cosas, ¿cachai? Pero en una de esas ellos lo demuestran un poco más o... o lo dan más a conocer que uno. **Ponte tú, yo me puedo comprar, ponte, todos los fines de semana ropa y eso nadie lo va a saber. Pero si ellos se compran... no sé po’, las zapatillas y el parlante, que es mucho más... hacen que la gente se dé más cuenta, que tenga mucho más atención en relación a eso (...)**” (Javiera, Sociología, UV)

“como una persona que anda demostrando objetos para que las personas capten su atención. Porque yo encuentro que los flaites como que quieren llamar la atención para que ellos se sientan así como... aceptados por la sociedad.” (Claudia, Ed. Parvularia, UVM)

La distinción “querer demostrar/ ser-piola” se refiere a la finalidad del objeto de consumo y su uso. Para definir éste *cómo* en tanto diferente a otros que “son súper consumistas, pero...” se sobre-interpreta la finalidad del acto de consumo, esto es, demostrar, en tanto consumo para ser reconocido por otros como tal. El supuesto que opera es que existe “otro” consumo, un ejercicio menos demostrativo (o menos social)²⁴. La expresión opuesta expresada por Javiera

²⁴ Esto, en principio, no es indiferente al tipo de objetos de consumo relacionado a este tipo de uso supuestamente distintivo: por ejemplo, el que sean zapatillas de marca, no significa que las otras zapatillas no tengan marca sino que el logotipo toma una forma y un lenguaje particular

como “pasar piola” es refinada en otros relatos, en la idea de *autenticidad*. El consumo legítimo se presenta como aquel que es auténtico.

“no sé... es que uno igual es como... yo creo que uno, de repente, tiene que ver las cosas por uno mismo ¿cachai? no porque al resto de las personas les guste tal moda o tal estilo, lo va a hacer tú igual. Sino que lo tení que hacer porque realmente a ti te gusta... y en el fondo es como guardarse esas cosas, “oye cacha que me compré el terrible celular, y lo voy a andar trayendo en la micro pa’ poner música”, no. No encuentro que sea una cuestión tan adecuada.”
(Vicente, Ingeniería, UAI)

Resulta interesante constatar que, en el contexto de una sociedad de consumo como la nuestra, en este discurso que establece una división entre consumos legítimos e ilegítimos emergen la *ostentación* y el *lujo* en tanto objetos de crítica, elementos que sirven como justificación para aplicar la etiqueta “flaite” -en tanto sanción social- paradójicamente en lo que respecta al consumo mismo. Esta aparente paradoja, es posible entenderla en tanto se trata de un elemento discursivo tributario de la matriz cultural del hacendado donde la idea de austeridad es central. Frente a la desigualdad estructural, desde esta matriz cultural la solución es no hablar de dinero y no demostrarlo, evitando el dolor y el potencial conflicto (Mayol, Azócar, & Azócar, 2013). Se trata de un repertorio cultural que, dada las lógicas socio-culturales del Chile contemporáneo, se enfrenta a ciertos problemas de congruencia²⁵. Por otro lado, es también evidencia de que la figura de “el/lo flaite” es una expresión de continuidad en relación a otras figuras y formas hegemónicas de marcar a sujetos subalternos en Chile –en otras palabras, de clasismo y discriminación- como, por ejemplo, sobre la figura de el “roto chileno”.

“Claro, **tienen unas prioridades de lujo ¿cachai? Lujosas pero como ostentosas, como cuando uno dice... como cuando algo es demasiado...** o por ejemplo, lo que hablábamos recién de los futbolistas, es tan ostentoso que es como flaite ¿cachai? Cuando tú veí un auto demasiado deportivo o demasiado “Ah, este huevón es futbolista”, como que no creí que... normal.”
(Carola, GD, UV)

“que son así como imitar más como a lacoste, más de marcas, más ostentoso. Pero al mismo tiempo, como queriendo similar a un nivel socioeconómico más alto, porque como que se vistan como con lacoste... eso es términos de imagen. Claro, zapatitos, o esos pitillos de color... como semiformal.” (Marcela, GD UV)

“como de echarse todo arriba, independiente de si tengan o no tengan. Como cuando a la gente se le dice “roto con plata”. (Macarena, Eco-turismo, UNAB)

Retomando, tenemos tres niveles de lectura en relación a la imagen: una referida a cierto número de objetos determinados que constituyen un conjunto que tendría ciertas características que los vinculan. En segundo lugar, hay un uso, una forma de usar los objetos (preferentemente aquellos dentro de la tipología

²⁵ Vicente, que al momento de la entrevista ocupaba una vestimenta deportiva que combinada las tres marcas del rubro más reconocidas, una vez es consultado sobre la diferencia entre este y el consumo de otros jóvenes, terminará concluyendo que en todas subyace una lógica similar.

mencionada) y, para finalizar, está la finalidad que se le da al consumo que se resume en la oposición *demostrar / autenticidad*.

Respecto al primer nivel, estos elementos constituyen un conjunto heterogéneo de objetos cuya función es la de servir de repertorio, al cual se acude a la hora de etiquetar a un sujeto determinado en un contexto determinado, en una relación determinada, como “flaite”. Este conjunto tiende a ser contingente, y cambia al ritmo de las transformaciones de las estéticas en juego, en tanto forman parte del “sistema de la moda”.

Podemos decir que el objeto de consumo, en tanto mercancía, condensa o expresa la relación social posible que se da en el mercado, esto es, la relación a la que ciertos sujetos se ven lanzados como relación posible con el mundo de los objetos de consumo y sus signos, y que es esta relación la que se hace patente en el proceso de etiquetamiento de un sujeto como “flaite”. De aquí que a nivel longitudinal tenga un carácter contingente (relacionado al ir y venir de una o varias modas), pero que al mismo tiempo a nivel transversal cuente con una relativa estabilidad (los entrevistados hicieron referencia a los mismos elementos distintivos de “el/lo flaite”).

Si bien existe una gama de objetos de consumos relacionados a la figura de “el flaite”, a nivel de la interacción –en la pragmática de “el/lo flaite”- ¿son los objetos los que determinan la cualidad o el juicio en torno a un sujeto determinado, incluso si tomamos en cuenta la relación social que la mercancía expresa?

“es que, por ejemplo, no sé po... **una mujer que no es tan flaca y que va a salir a carretear y se va a poner la misma minifalda que la galla que pesa 50 kilos o 40 kilos, y se va a poner la misma, de la misma talla** (risas de B), ese es el problema, con ropa más apretada y todo...y al final, igual, no es lo... como que obviamente las vestimentas son diferentes en cuanto al género, pero como que en la mujer yo creo que es eso lo más... lo que más se nota como característica, que ropa más apretada de lo que debería ser, muchas veces, o ropa como muy brillante, quizás.” (Teresa, PUCV, GD)

“¡Sí! Lo que te decía de la vestimenta. Eh... que yo llegue a la u, no sé, con un pantalón súper apitillado y no sé, manchado con cloro... se ve flaite. No sé, ya, puede verse distinto en mí una chaqueta... Lacoste. Depende de la persona que ocupe la ropa.

Entrevistador: ya, ahí depende de la persona y no tanto de la cosa, ¿cierto?

Francisco: sí.

Entrevistador: porque algo que para alguien se puede ver bien, para otro como que no...

Francisco: sí po', depende de las personas, de la actitud de... supongamos... como te decía la caminá', la marcha que tienen las personas” (Francisco, Kinesiología, UPLA)

Antes que la mercancía, está la forma en que se logra la escenificación del objeto. Frente a un mismo objeto, una mujer puede verse “piola”, mientras que otra

(a la que se le denomina en cierta manera como flaite) no. *Es necesario destacar que en estas citas, a diferencia de las referencias directas a tipos de objetos o vestimentas, la condición de “flaite” precede a su relación con el objeto.* La relación con el objeto es un pretexto, un momento en donde es posible y pertinente hacer la clasificación, pero no es el criterio único ni suficiente. En tanto imagen, la figura de “el/lo flaite” emerge cuando el observador entiende que la escenificación que implica la relación con un objeto de consumo no es llevada a cabo con éxito.

“yo creo que sigue siendo una forma que tiene que ver con la estética, cien por ciento. Lo que decía él, viene desde ahí y yo creo que todavía es así, que el flaite es totalmente reconocible sólo con verlo. De hecho, viene desde lo que decía él, parte de una concepción de moda, o sea de un aspecto; de usar tal o cuál marca, o tal o cuál, por ejemplo, las zapatillas. Yo creo que ahora... no sé po', el peinado, también, por ejemplo cuando tu deci flaite “Ah! Sopaiilla” el pelo, ¿cachai? Todavía tiene esa carga que tiene que ver con la moda, **pero no desde... como al revés, no que la moda hace al flaite, sino que el flaite hace la moda.** Al revés (Carola, GD, UV)

La expresión **“pero no desde... como al revés, no que la moda hace al flaite, sino que el flaite hace la moda”** es clave para entender cómo funciona “el/lo flaite” en tanto etiqueta en el campo de lo juvenil. Como lo hemos visto, la estética de “el/lo flaite” ha evolucionado con el tiempo, lo que supone una reelaboración de diferentes elementos de consumo cultural por parte de los sujetos implicados en su actualización. La imagen y estética en tanto expresión de posición social y de la posibilidad diferencial de lograr la escenificación del objeto de consumo con éxito, aquí sólo tiene sentido si existe una construcción y elaboración estética original. En otras palabras, y como ya hemos visto, no se trata de una misma moda que ha evolucionado, sino de estéticas diferentes, que han sido significadas hegemónicamente como “flaite”. Lo que une estos diferentes estilos y modas es la marca de la cual han sido objeto, en tanto re-elaboraciones de diferentes recursos suministrados por el mundo del consumo. La figura de “el/lo flaite” funciona como una marca sobre estas elaboraciones locales y originales. En otras palabras, no se trata de que jóvenes de estratos populares tiendan a vestirse con elementos “flaites”, sino que el mismo movimiento de reapropiación e innovación -moda como virulencia- en donde sujetos jóvenes de sectores sociales desfavorecidos despliegan una estrategia de adopción de imágenes correspondientes, muchas veces, a lo que creen que es socialmente esperado en función del reconocimiento social (Araujo, 2009), es marcado como consumo ilegítimo, es excluido.

A nivel analítico interpretativo, podemos decir que la figura de “el/lo flaite” conforma parte de un repertorio cultural anclado en relaciones de dominación clasista, respondiendo a un panorama de mayor complejidad en cuanto a la

estructura social y las posiciones de sujetos en su interior. En otras palabras, la figura de “el/lo flaute” responde a la modificación de las formas culturales con que la pobreza es significada hegemonícamente desde lo social, dado que la pobreza misma cambió. La antigua miseria se ha transformado en la “nueva pobreza” (Espinoza, 2009). Nueva pobreza que integra, entre otras características, la inclusión al consumo, lo que se traduce en la existencia de una *pobreza equipada* (Cruz, 2011), con acceso a bienes, tanto básicos como tecnológicos, antes privativos de otros sectores sociales. En este sentido, resulta relevante que la *pobreza equipada* supone, en sí misma una invisibilización de la condición de pobreza. Lo que nos sugiere que “el/lo flaute” emerge como una forma de reestablecer la división clasista y polar de la sociedad de forma eficiente en un contexto de mayor complejidad donde la pobreza deja de ser del todo visible.

Sin abdicar de esta interpretación, es posible profundizar en la dimensión analítica propia y exclusivamente estética. Desde aquí será posible encontrar algunas pistas en relación al sujeto que re-produce y re-crea la figura de “el/lo flaute” en este panorama. Para este propósito asumiremos en toda su radicalidad el postulado que nos indica que, en tanto moda y en tanto relación con el consumo, “el/lo flaute” responde a una elaboración relativamente original de sujetos concretos –jóvenes de sectores populares- que conjuga diferentes elementos estéticos. Esto es posible en la nueva configuración del sistema de la moda ya descrito (Lipovetsky, 1990; Margulis & Urresti, Moda y juventud, 2008; Martínez, 2004).

Asumiremos también que, desde un punto de vista performativo, el sujeto/observador que ejerce la etiqueta “el/lo flaute” se ve comprometido en las definiciones que hace del mundo y de los otros. Desde estas premisas vale la preguntarse ¿Hay algo en esta creación estética que dé cuenta de su otredad? ¿Hay algo que lo hace un consumo otro?

Asumiendo las consideraciones anteriores, veremos que la transgresión estética se relaciona directamente con las modalidades de consumo que los sujetos implicados establecen como (i) legítimas y (in) deseables. Siguiendo esta línea de lectura, planteamos que el carácter transgresor a nivel estético se produce como resultado de la disputa de la legitimidad de los signos del consumo opulento²⁶. El consumo opulento- o hedonista- propio de la sociedad chilena, no es exclusivo de una u otra clase social, su masificación y las formas que toma esta

²⁶ El concepto de consumo opulento es una reelaboración de Duarte (2009) basándose en los desarrollos de Moulian (1998; 2002) en torno al consumo en el Chile actual. En términos generales se relaciona al consumo hedonista en donde prima la búsqueda del ser a través del tener y que supone cierta relación con dispositivos de soporte del consumo, por ejemplo, con el sistema crediticio.

masificación constituyen una arista relevante para comprender lo que está en juego en “el/lo flaité”.

El punto es que la transgresión estética de la figura de “el/lo flaité” y, por lo tanto, de la estética que los sujetos así denominados sostienen, se juega también en la composición de una estética ecléctica y cambiante que constituye un sistema de valores estéticos alternativos (sub-alternos) en donde se reelabora y reapropia desde lo local los signos y símbolos hegemónicos, respondiendo a necesidades que un sistema de segregación impone, provocando un impasse al orden propuesto por la estética hegemónica. ¿Qué es lo que transgrede? La transgresión estética consiste en trastocar (siempre de forma parcial) al sistema jerárquico de valores que establece una equivalencia entre estatus social y bien de consumo. En otras palabras, lo que se ve interrogado en la estética de “el flaité” es el binomio estatus/opulencia, dado que en la escenificación de la figura de “el/lo flaité” se reelaboran las formas estéticas del consumo opulento –por ejemplo, la relevancia de la marca- lo que, desde el punto de vista del observador, implica una relativización de la idea de “buen gusto” que el mismo observador sostiene –en tanto también consume opulentamente.

Esta disociación entre estatus social y bien de consumo (en su variante opulenta) hace que la figura de “el/lo flaité” presente la lógica del consumo desprovisto de su carácter mistificado, que vincula (haciendo equivalente) mercancía y estatus social. Se trata de un consumo opulento (en su forma) desprovisto de legitimidad en tanto tal y, por lo tanto, un consumo que desconoce a la jerarquía de los sistemas de valores de la sociedad.

En la medida que este análisis es certero, lo que pone en evidencia la figura de “el/lo flaité”, es el juego del consumo con todo lo poco sofisticado que realmente es (o puede ser). No hay en el fondo nada que haga el consumo de “objetos flaites” (o el estilo) diferente al consumo opulento propio de sectores medios y altos, en tanto ambas (y todas) cumplen una misma función, y a nivel de la interacción ni uno es más o menos aspiracional que otro. En otras palabras, todo consumo opulento cumple una misma función social bajo, más menos, la misma lógica, lo que se traduce en que para todos los sujetos su ser en lo social es mediado en función del tener y consumir (Moulian, 1998). Así, todo consumo es un consumo para “el otro”. En “el/lo flaité” esta lógica es expuesta sin pudor, desmitificada por lo que se hace urgente clasificar, patologizar y estigmatizar al que consume de esta forma y desde ese lugar, porque desobedece la jerarquía de la opulencia, creando lugares estéticos de referencia diferentes al oficial, pero al mismo tiempo, muy parecidos a este.

Desde el punto de vista del observador/etiquetador, la jerarquía de los objetos en tanto relaciones entre personas es, a nivel estético, puesta en duda en su parodia. Parodia que en este caso resulta ser, y he aquí su transgresión, su expresión más sincera. Lo que la figura de “el flaite” pone en evidencia hasta la obviedad es la lógica misma del consumo opulento que ha constituido la pieza central de individualización de nuestra sociedad en las últimas décadas.

En resumen, respecto a la imagen y su estética podemos decir que, en tanto compuesta por objetos de consumo, expresa la relación con los signos y símbolos a los que ciertos sujetos se ven lanzados en el mercado y, al mismo tiempo, desde el punto de vista del observador la reelaboración de elementos propios del consumo opulento implicados en la figura de “el/lo flaite” transgrede la jerarquía de valores en tanto diferencias jerarquizada, que el mismo observador sostiene en tanto consumidor.

El potencial democratizador de la moda planteado por Lipovsky (1990) que consiste sintéticamente en la idea de que, por vía de la diversidad de estilos e imágenes, la moda ayudaría a soslayar las diferencias sociales y el peso de la tradición, encuentra aquí límites muy claros. Es posible reconocer que nuestra sociedad, donde el consumo –y la moda- constituye pilar de subjetivación e interacción social, la diversidad de estilos e imágenes ha aumentado sustancialmente en las últimas décadas, sobre todo en el mundo juvenil. Aunque siempre en tensión con el conservadurismo, es posible argumentar que esto ha impactado en los niveles de apertura y tolerancia, sobre todo a nivel de imaginarios sociales. Ahora bien, la figura de “el/lo flaite” nos habla que, en el mismo entramado diverso de *lo juvenil* se ejerce una división que se aleja de lo diverso y múltiple y re-establece una dicotomía entre lo normal y lo desviado, en relación a la clase social. En otras palabras, es a través de los mismos signos de la diversidad que se ejerce un quiebre dicotómico al interior de un sistema que promete pluralidad, se reestablece un tipo de jerarquía en su interior, se establece una división, esta vez, entre un consumo-consumidor legítimo y otro ilegítimo.

5.2- Actitud y acción.

Un segundo ámbito a propósito del cual la figura de “el/lo flaite” es re-creada y reproducida se relacionan con lo que denominaremos como *dimensión actitudinal*. Esta dimensión refiere a acciones y actitudes que son tanto objeto, por un lado, como fundamento, por otro, de la emergencia de la figura de “el/lo flaite” en el discurso juvenil.

Con *acción* nos referimos a una actividad o un conjunto de actividades que los sujetos de la investigación distinguen en tanto tales a propósito de la figura de “el/lo flaite”; la acción se compone por expresiones discretas y breves del hacer en lo social, y constituye uno de los objetos de referencia a propósito del cual la figura de “el/lo flaite” es evocada por los sujetos de la investigación. Cuando la figura de “el/lo flaite” es convocada a propósito de una acción, el individuo que ejecuta dicha acción se presentan como indeterminado: podría ser cualquiera.

“a mí... una persona flaite... no sé, que... a ver, cómo lo explico... o sea, **alguien que hace cosas incorrectas, cosas que no se debe...** no me guio por la apariencia que tiene, sino por las cosas que hace, o sea, lo que lo hace o no flaite.”(Rocío, Diseño, PUCV)

“sí, bastante. Yo la uso harto pero más... **no para personas, sino para hechos o acciones que me parezcan indecorosas, por decirlo.** No sé po’, “puta que flaite la huevada que hizo él”, ¿cachai? El contexto, la acción es flaite.” (Vicente, Ingeniería, UAI)

Ejemplos de estas acciones son *rayar paredes, escupir o robar*. También son objeto de la etiqueta “el/lo flaite” acciones como “tomarse el copete muy rápido” o hablar con “muchos” garabatos”.²⁷

Entonces... o ponte tú, si tú lo dices así:”Ay te tomaste el copete rápido ¡ay, qué flaite!” cosas así.” (Javiera, Sociología, UV)

“puede ser... ya, alguien está ahí... vai’ caminando, y un caballero que, no sé po’, va caminando y tira un escupo: “¡ay, qué asqueroso eso, qué flaite!”, ¿cachai? Es como... ¡qué sucio!, no sé.” (Javiera, Sociología, UV)

Como es posible identificar en las citas precedentes –y de forma coherente a lo evidenciado en el apartado 4.2-, hay dos contextos diferentes en donde la figura de “el/lo flaite” emerge en referencia a una acción: en espacios públicos (o relativamente abiertos) en donde el individuo objeto del etiquetado es un desconocido. Y en espacios privados (o relativamente cerrados), donde la etiqueta es aplicada a un par (otro estudiante, un amigo).

Con *actitud* nos referimos específicamente a una *disposición* o a un *conjunto de disposiciones* que los sujetos de la investigación distinguen como tales a propósito de la figura de “el/lo flaite”. El concepto de actitud implica una

²⁷ También vale decir que la “forma de usar las cosas” como criterio vinculado a la dimensión especular y estética de “el/lo flaite” también hace referencia a acciones, sobre todo cuando el criterio apunta al despliegue y escenificación de los objetos de consumo. Un ejemplo claro y reiterativo es escuchar música fuerte en la micro.

disposición previa positiva o negativa sobre un objeto social específico y supone una inclinación relativamente consistente en el tiempo. En la *actitud* la acción está en potencia y, por lo tanto, es objeto de ser predicha.

Resulta interesante constatar que, al cruzar en una tabla la *dimensión actitudinal* con las *características generales del discurso de “el/lo flaite”*, emergen algunos de los elementos centrales de variabilidad del discurso que re-crea y reproduce la figura de “el/lo flaite”.

Tabla nº3 Dimensión actitudinal y características generales del discurso que reproduce y re-crea la figura de “el/lo flaite”

Dimensión actitudinal y características generales de “el/lo flaite”		Características generales que re-crea y re-produce a la figura de “el/lo flaite”.		
		Connotación Negativa	Ambigüedad ontológica	Habitual/común
Dimensión Actitudinal	Actitud	Riesgo, Peligrosidad, Miedo	Sujeto determinado (sujeto subalterno)	Espacio público
	Acción	Desprecio, Burla	Cualquiera	Espacio público y privado

Fuente: Elaboración propia

A nivel de contenido, las tres actitudes más relevantes que emergen como característica de la figura de “el/lo flaite” son *la agresividad*, *la prepotencia/choreza* y *la flojera*. Estas actitudes componen el polo negativo de un continuum actitudinal en dónde es posible etiquetar a un sujeto determinado.

“yo creo que más allá de ser una imagen, como estética, yo creo que también va, como yo utilizo la palabra, como por una actitud también, ¿cachai? Esa actitud va de ser, desde **prepotente**, desde **ordinario** a una situación como de **denigrar a otra persona**. No sé. Una cosa así, cachai? Yo lo tomo por ese lado.” (Javiera, Sociología, UV)

Sí para la acción es indiferente el carácter público o privado de los espacios y, al mismo tiempo, puede aplicarse tanto sobre un par como sobre un desconocido, para el caso de la actitud la etiqueta de “el/lo flaite” tiende a presentarse en espacios abiertos y sobre sujetos desconocidos.

La *agresividad* es la actitud que de forma más reiterada se adjudica a la figura de “el/lo flaite”. La actitud opuesta sería la pasividad o el control de sí mismo. La agresividad se vincula recurrentemente con la transgresión de normativas que regulan la interacción social.

“Pero una persona flaute para mí sería como **una persona irrespetuosa, que pasa a llevar, que es agresiva**, o que hace cosas como... no sé, socialmente incorrectas” (Celeste, Diseño, PUCV)

La *prepotencia/choreza* es expresada por los sujetos de la investigación de dos formas. Simplemente explicitando la prepotencia (o choreza) como actitud propia de “el/lo flaute” (cosa que sucede en algunos relatos) o, como sucede de forma más frecuente, usando categorías opuestas a la prepotencia/choreza para diferenciar al sujeto “flaute” del “no- flaute”. Aquí los conceptos de *humildad* y *sencillez* explican o justifican “las excepciones”.

“en verdad aquí lo que juega es eh... ¿cómo se llama? Eh... juicio a primera vista. Supongamos ya... que tú los veí y decí ‘son flaites’, no sé po’, se ven (...). Pero al final... a mí me ha pasado que a veces después los conocí, y no son tan flaites, son personas normales que les gusta vestirse así nomás, en verdad son **gente humilde, gente buena que no hace nada**” (Francisco, Kinesiología, UPLA)

Si bien, aquí la traducción más literal de “gente humilde” es “gente pobre”, no resulta menor que la *humildad* sea la forma de legitimar al pobre. La *humildad* se presenta como un valor positivo de la pobreza, en contraposición con la actividad, el carácter o la personalidad. En otras palabras, la forma de ser pobre y no ser “flaute” es, según lo evidenciado, ser *humilde* y *sencillo* (por no decir sumiso).

La última actitud identificada es la *flojera*. Esta es la actitud que menos emerge en los discursos de jóvenes universitarios y, de hecho, sólo lo hace de forma explícita en un sujeto -Vicente. Aun así, es una actitud coherente con las otras explicitadas y con otras problemáticas que surgen a propósito de “el/lo flaute”. Por ejemplo, relacionado con el *no esfuerzo* es frecuente la idea de que “el/lo flaute” se vincula con actividades de dudoso carácter, o directamente ilegales, logrando metas legítimas por medios no legítimos –una versión de la adaptación innovadora mertoniana.

“Sí, un punto muy importante dentro de todo esto. **Un universitario**, claro, se está **educando** está, como digamos, tratando de tirar pa’ arriba por sus propios medios y muchos, yo sé de muchos casos, onda la mayor... gran parte, **a costa de mucho esfuerzo y al contrario de los flaites po ¿cachai? Que es como un... el símbolo de no al esfuerzo, de no sacarse la chucha por lo que queri ¿cachai?...**” (Vicente, ingeniería, UAI)

Estas actitudes son complementadas y reforzadas en la evocación de un sinnúmero de personajes que van apareciendo en los discursos que re-producen y re-crean la figura de “el/lo flaute”, fortaleciendo la idea de correspondencia de “el/lo flaute” con acciones y actitudes negativas: barras bravas, pandillas poblacionales, cogotero, choro o la ya abordada figura del delincuente, entre otras figuras marcadas por la violencia.

Retomando, hasta aquí podemos decir que, desde el punto de vista del observador, “el/lo flaute” no se explica en la mera existencia de jóvenes urbanos de

estratos populares. El “problema” es que adquieran: a) una forma, una estética que, al mismo tiempo de dar cuenta de una posición social determinada (joven pobre), desafía y/o desconoce la relación de equivalencia entre estatus y consumo opulento y b) un comportamiento y una actitud que transgrede las normas legales o del buen convivir (códigos protocolares, usos del cuerpo y lenguaje corporal, robo, la choreza, etc.), específicamente aquellas que prescriben a los sujetos en posiciones subalternas.

Todo lo anterior sostenido en emociones relacionadas a la molestia, la incomodidad, el miedo, el desprecio, la risa y la burla (vergüenza). A continuación se ilustra la distribución de recursos (o repertorios) –actitudinales y estéticos- a partir de los cuales se re-crea y re-produce la figura de “el/lo flaite” en el discurso de jóvenes universitarios, en función de las emociones desde las que son enunciadas.

Es así como la figura de “el/lo flaite”, que en primera instancia hace referencia a la figura de un sujeto social relativamente determinado (de jóvenes urbanos de escasos recursos con prácticas de consumo cultural específico), se multiplica no exclusivamente (y a veces, ni necesariamente) en relación a éste sujeto (ni a su imagen estereotipada), sino en relación a cierto tipo de acciones y actitudes que acontecen en espacios públicos y privados de la vida social.

La connotación negativa de “el/lo flaite” sumada a la adquisición progresiva de cierta autonomía –en la medida en que funciona como adjetivo- convierte a “el/lo flaite” en significante de pura negatividad. Pero dicha negatividad es posible sólo a condición de que adquiera consistencia, y ésta consistencia yace en su cualidad de evocar a un Otro. Como nos recuerda Aguilera (2009) toda construcción de ciudadanía (que aquí podemos leer como pertenencia) se afirma en la negación de un otro antropológico. Negatividad y Otredad son dos caras de una misma moneda.

Antes de pasar al siguiente apartado, en la siguiente tabla (n°4) se muestra sintéticamente la forma en cómo los contenidos que dan forma a la figura de “el/lo flaite” se distribuyen según los elementos analíticos que hemos ido distinguiendo en su análisis. Es posible ver que la mayoría de los elementos discursivos encuentran su lugar determinado en una de las casillas resultantes. Sin embargo, hay dos excepciones relativamente claras: la *kinésica* y *formas de hablar*, dando cuenta en su maleabilidad (o relativa transversalidad) el sustrato clasista que subyace en la figura de “el/lo flaite”.

Tabla n°4 Distribución de elementos y recursos en la construcción de la figura de “el/lo flaite, según contenido y emociones

Elementos y recursos en la elaboración de “el/lo flaite” según emociones		Pilares	
		Actitud y acción	Imagen/Estética
Emociones como lugar de enunciación	Burla	Forma de hablar, protocolo, kinésica	Formas de vestir, tipos de objetos
	Molestia/Incomodidad	Prepotencia/choreza flojera, kinésica <i>Forma de hablar</i> ²⁸	Formas de usar las cosas, finalidad del consumo, kinésica
	Miedo	Agresividad	Contextura corporal, fisonomía (monstruo moral)

Fuente: Elaboración propia

En búsqueda de la dimensión pragmática de la figura de “el/lo flaite”, en el siguiente apartado se mostrará cómo la figura de “el/lo flaite” encuentra en la dimensión actitudinal un dominio predilecto para efectuar *definiciones morales* (establecer parámetros de lo que es bueno y malo) en el contexto de una comunidad determinada; sirviendo de dispositivo de vigilancia de las formas correctas de interacción en la vida cotidiana y establecimiento límites en lo social. La figura de “el/lo flaite” en tanto recurso discursivo le permite al observador reforzar o ensayar performativamente posiciones identitarias (Butler, 2002), al tiempo que facilita la gestión y el control de la diferencia y la desigualdad.

5.3 Dimensión actitudinal como lugar de definiciones morales: el trasfondo de las fronteras morales.

Lo que queda por vislumbrar es el trasfondo de esta división Otros/nosotros que se actualiza en la re-creación y re-producción de la figura de “el/lo flaite”. Coincidiendo de alguna forma con las conclusiones de Araujo (2009) en torno al clivaje del Chile actual, el trasfondo de las prácticas discursivas que re-crean y re-producen la figura de “el/lo flaite” se sustentan en la posibilidad de hacer definiciones morales efectivas en lo social, permitiendo a los sujetos posicionarse

²⁸ El hablar correcto/incorrecto emerge en tanto incomodidad cuando el sujeto es objeto de la etiqueta de “el/lo flaite” a diferencia de los otros casos en donde los recursos son utilizados para etiquetar a un Otro.

–performativamente– dentro de una comunidad moral determinada, estableciendo fronteras en lo social.

Estas definiciones serían la actualización y reafirmación –performativa– de fronteras morales de clases, tal como la investigó Lamont (1992) en relación a la importancia de las categorizaciones morales en la construcción identitaria de las clases sociales.

En este sentido, y como veremos a continuación, la preminencia de la dimensión actitudinal en la definición de la figura de “el/lo flaite” se debe a que es el lugar propicio para la realización de definiciones morales en lo social.

Si bien, toda definición en torno a lo desviado y lo normal, conlleva implícitamente definiciones morales, el movimiento performativo que evoca “el/lo flaite” se sitúa explícitamente en el plano de *lo moral*. Entendiendo moral en su uso consuetudinario en torno a la definición de lo que es bueno y lo que es malo, lo justo y lo injusto, lo correcto e incorrecto, sobre la cual los individuos guían su accionar en la vida cotidiana (Araujo, 2009). En otras palabras, si bien todo trabajo normativo en lo social conlleva implícitamente un componente moral, lo específico de las categorizaciones que hemos denominado actitudinales, es que se hacen explícitamente y se fundamentan en tanto repertorio cultural, en el plano de lo moral.

Volvamos a las tres actitudes identificadas con “el/lo flaite”. Como dijimos, las tres componen el polo negativo de un continuum actitudinal. Lo que nos indica que las actitudes opuestas (con valencia positiva) constituyen un conjunto coherente de categorías positivas²⁹. Al evocar la figura de “el/lo flaite” el sujeto está ensayando performativamente una posición identitaria, contando con un Otro al que oponerse –y al cuál “todos” los miembros de una comunidad determinada pueden oponerse– para permanecer dentro del “nosotros” antropológico, que se constituye aquí como una *comunidad moral*.

“si por eso es como un término muy negativo de la sociedad. También nosotros mismos, todo lo malo de nuestra sociedad también lo podemos reflejar en estos grupos. Eso hacemos, de que son malos y nosotros somos los buenos; ellos roban, nosotros no robamos; ellos mienten y delinquen, hacen miles de cosas y nosotros todo... es como para bajarnos el perfil.” (Camila, Historia, PUCV)

La figura de “el/lo flaite” en tanto *definición moral* implica dos movimientos: se trata de una definición moral positiva al interior de una comunidad, un espacio donde una comunidad moral puede identificarse y constituirse como tal. Por ejemplo, etiquetar a un sujeto determinado de “flaite” porque es flojo, le permite al

²⁹ Este punto es así y aplica no tan sólo para la dimensión actitudinal, sino que también para lo relacionado con el consumo y la estética, pero es en la dimensión actitudinal en donde la *definición moral* encuentra un lugar propicio de anclaje.

observador, ponerse del lado de la actitud opuesta, que puede ser esforzado o responsable, y así con todas. Tugendhat define comunidad moral de la siguiente forma:

“en términos antropológicos generales, "nosotros" se refiere a una comunidad moral cualquiera (...) todos los miembros de la comunidad se exigen mutuamente no actuar inmoralmemente, hagan lo que hagan (...)" (Tugendhat, 2004: 79-80).

El segundo movimiento es ejercido hacia el exterior y consiste en establecer o reforzar la dicotomía entre normalidad y desviación en la *población* -en términos foucaultianos-, establecer o reforzar el espacio de lo abyecto –en términos butlerianos.

“En las teleseries siempre ponen un flaite, en todas las teleseries siempre tiene que haber un flaite, pero FLAITE, ni siquiera así un huevón medio así como... medio (...). No, ponen flaite así como estigmatizado flaite. Está estigmatizado como picante y delictual, más encima. **Es como lo peor de la picantería dentro del roto chileno**, de la cultura huachaca, el flaite es como el más piente.” (Sebastián, Odontología, UV)

Es así como la figura de “el/lo flaite” funciona como dispositivo capaz de establecer definiciones morales contingentes en contextos diversos. Definiciones que permiten negociar o reforzar la pertenencia a una comunidad moral determinada (real o virtual- un grupo concreto de personas, una clase social, una nación, una civilización, un barrio, un colegio, una institución, etc) a través de la definición de lo bueno y lo malo, lo aceptable y lo inaceptable, lo normal y lo desviado, etc.

“flaite es cualquier huevada que sea como... **mientras menos europeo, menos clásico, más flaite, ¿cachai? Más alejado del Manual de Carreño, más flaite**. Del prototipo así... de la fase nórdica, ¿cachai? Más flaite, hasta al negro lo encuentran. Todo es flaite, lo que sea diferente a los europeos es flaite, **por lo menos en mi U. Pa' la mayoría de Chile, diría yo**. Y hay huevones a los que les gusta ser así, flaites, está estigmatizado. Así como antiguamente se estigmatizaba a los rastas, a los chascones; en los noventas estigmatizaban a los raperos como los más ordinarios, ahora los flaites, los huachituro” (Sebastián, Odontología, UV)

En este sentido, resulta relevante la percepción y el reconocimiento respecto a que no hay real presencia de individuos que responda verdaderamente a la figura de “el/lo flaite”, pero que al mismo tiempo existe una extensa utilización discursiva de la figura.

“yo creo que tiene relación directa, el flaite con los de escasos recursos. Pero analizándolo en la universidad... dudo que haya muchos “flaites” en nuestra universidad. Y también eso, cómo traspasó a la sociedad el término, en sí el concepto “flaite” se utiliza, pero no es que quizás haya un flaite que se reconozca a sí mismo como flaite.”(Camila, Historia, PUCV)

En otras palabras, en espacios donde los filtros de entrada son altos y resulta difícil encontrar en la cotidianidad sujetos que se acerquen a la imagen cultural de “flaite”, la figura de “el/lo flaite” no desaparece, sino que, en contra de lo esperable,

se multiplica, se adjetiviza de forma radical. En la cotidianidad, a falta de un otro presente en contra del cual afirmar la identificación propia, se multiplica en los gestos, lugares y palabras un Otro virtual y potencial.

“Claro y al final si tú repetí una... es tan fuerte la figura del flaite que si tú repetí una pequeña cosa de lo que hace él, al tiro se te cataloga como flaite...”
(Manuel, DG, UAI)

La posibilidad de “ser flaite” aunque sea parcial o formalmente, funciona como la posibilidad de quedar fuera, y por lo tanto, un incentivo para actualizar la propia identidad de clase o de pertenencia institucional. Si en lo público el etiquetado de la figura de “el/lo flaite” va en función de la vestimenta, la kinésica y el habla (como síntesis cultural del nuevo pobre-delincuente) haciendo del sujeto etiquetado un objeto digno de la sospecha, vigilancia y miedo, en contextos cerrados donde la encarnación de la figura de “el flaite” raramente transita en la cotidianidad, “el/lo flaite” se multiplica como potencialidad y riesgo. Aquí “el flaite” pasa a ser preferentemente “lo flaite” y su actualización se juega principalmente en tópicos de enunciación lúdicos.

“dos alumnos se estaban sacando fotos frente al espejo. Ante esto una niña que estaba haciendo fila para entrar a un baño le dijo a una de las niñas si esas fotos las subirían a facebook. La otra niña le pregunto que eso pensaban hacer o lo encontraba muy “flaite”. La niña que hizo la pregunta se rio y le dijo que por lo mismo se lo decía, que sacarse una foto frente a un espejo era muy flaite y que más de alguien se lo diría. Por los tonos entre risas y franqueza, al parecer eran compañeras o amigas de generación.”(OP, 27/06/2013, Viña del Mar)

Es así como en el ámbito de pares, la apariencia, el habla y la kinésica (simulada o no) cobra centralidad para la aplicación efectiva de la figura de “el/lo flaite” en tanto dispositivo de control social en lo cotidiano. En este ámbito difícilmente aparece la figura de “el flaite” como tal, sino más bien como fantasma a partir del cual se permite una vigilancia permanente en torno a lo prohibido y lo correcto. En este sentido, si el contexto de pares, en específico, y el ámbito universitario, en general, constituyen lugares de disputa y negociación de un nosotros, una de las formas que es negociado y/o disputado el sentido de identidad en lo cotidiano es la figura de “el/lo flaite” en tanto criterio de demarcación de una pertenencia conflictiva, con el cual es posible ensayar performativamente posiciones identitarias.

El establecimiento de fronteras morales en lo social encuentra en la figura de “el/lo flaite” un recurso central. En este sentido, el lugar que adquiere la dimensión de alteridad y su grado de mistificación es central, y es posible pensar que es una dimensión necesaria de cualquier definición moral que constituye fronteras morales. En este caso, es por esto que la Otridad encarnada en la figura de “el/lo flaite” se constituye, valga la redundancia, como un monstruo moral.

Cuando las aproximaciones a la figura de “el/lo flaite” tiende a ser más estereotipada (y más monstruosa) las acciones y las actitudes se leen no tanto como un suceso particular o una pre-disposición sobre un objeto social particular, sino que una acción o actitud sobre la sociedad en su totalidad. En este sentido, la transgresión de “el/lo flaite” no es sólo la transgresión de una norma determinada, sino que es sobre la sociedad en su conjunto.

“sí, o sea... no es que personalmente me moleste, pero hacen cosas que en verdad les afectan a todos... como a todos.” (Rocio, Diseño PUCV)

“la moda es otra moda, es otra cultura, los huevones no están ni ahí cómo los mira la gente, ¡son su volá igual que todos los huevones! Pero son pobres, es una moda pobre... no pobre en plata, sino pobre en cuanto a cultura, como que no tienen conocimientos... no tienen muchos conocimientos los huevones. Como que son más salvajes, así, más... (...) **no se preocupan por nada de lo que pasa en el mundo**, como que... no sé.”(Sebastián, Odontología, UV)

Negatividad y Otredad se traduce en el nivel de abstracción y amplitud. Pero al mismo tiempo, sirve como grilla de lectura en torno a un sinnúmero de fenómenos y elementos diferente: para el observador es posible, a propósito de “el/lo flaite”, ordenar (jerárquicamente o dicotómicamente) diversos elementos del mundo.

La tríada Acción-Actitud-Definición Moral constituye uno de los núcleos centrales sobre los cuales el discurso y la figura de “el/lo flaite” es significada y actualizada. Aquí se va constituyendo la figura de “el/lo flaite” en la relación entre el hacer social, la moralidad de estos haceres y la actitud como expresión diferencial de la accesibilidad a estos parámetros morales establecidos.

La transgresión moral refiere al quebrantamiento de normas sociales relacionadas a las formas correctas de comportarse tanto en relación al espacio público como en relación con uno mismo (con el cuerpo propio) y los pares, pero dado su carácter moral es suscrito formalmente a nivel individual y valórico. La transgresión estética (desarrollada en el apartado 5.1) se refiere a la infracción de modalidades estéticas esperadas/esperables y exigibles a propósito de la jerarquía de valores estéticos hegemónicos. Entre estas dos formas de transgresión acusadas en la figura de “el/lo flaite” lo que prima es la definición moral. En la mayoría de los casos los sujetos de la investigación hacen grandes esfuerzos por posar la totalidad o gran parte de los significados y la pragmática de “el/lo flaite” en la dimensión moral. De esta forma, la transgresión estética funciona como indicador de la monstruosidad moral del sujeto en cuestión.

Otro ejemplo de la primacía de *lo moral* en la figura de “el/lo flaite” es el lugar que tiene la “educación” en alguno de los discursos que re-crean la figura de “el/lo flaite”. En general, la falta de educación es uno de los factores explicativos que los sujetos de la investigación utilizan para dar cuenta de la naturaleza de “el/lo flaite”.

Lo relevante es que con educación no se refieren, única o exclusivamente, al grado formativo logrado en el sistema educativo, sino que la educación refiere sobre todo a patrones de conducta e interacción, que en su expresión máxima se plantea como problemática valórica:

“no... no. El colegio pa' mí no tiene ningún... o sea, de partida, para mí no tiene mucha validez el sistema educacional de la básica y la media, ¿cachai? Como dato. Pero... yo creo que el tema que falta en Chile es el de la educación valórica que viene desde la casa. Y creo que para estos grupos eh... ellos carecen de esto. Y el problema es que estos grupos carecen de esto porque sus padres carecieron, por lo tanto podemos presumir que sus hijos carecerán de estos mismos valores o de esta misma educación que no se da en el colegio y que se da en la casa.” (Vicente, Ingeniería, UAI)

Y si bien sólo Vicente hace de “el/lo flaite” un tema explícitamente valórico, un gran porcentaje de los sujetos de la investigación identifican el *irrespeto* y el *pasar a llevar* como caracteres propios de la figura de “el/lo flaite”.

“es que no sé, tengo como un choque en mi cabeza porque... claro, porque flaite también es eso de visual que te dije, pero entre ello es como una moda nomás... como porque la persona se viste así es peyorativo. **Pero una persona flaite para mí sería como una persona irrespetuosa, que pasa a llevar, que es agresiva, o que hace cosas como... no sé, socialmente incorrectas.**” (Celeste, Diseño, PUCV)

Irrespeto y *pasar a llevar* se presentan como criterios en la re-creación cotidiana de “el/lo flaite”. Esto es relevante porque son estos mismos elementos que Araujo (2009) identifica como centrales en la experiencia cotidiana de individuos de estratos populares (o clase baja) en el Chile actual. En otras palabras, los chilenos de sectores populares viven cotidianamente la discriminación en tanto un *pasar a llevar* y un *irrespeto*, lo que desemboca en lo que la autora denomina como “borramiento” del sujeto pobre. Y “el/lo flaite”, figura que en cierta medida condensa la norma socio-cultural de discriminación y dominación en un sistema de clases muy desigual, se presenta como el “arquetipo” de este *pasar a llevar*.

“depende de las circunstancias. Por ejemplo, no sé, yo estoy haciendo un trámite y la persona... no sé, es súper pesada conmigo, me atiende súper mal... también a veces pasa que uno dice “oh, que flaite él” o “fue súper flaite conmigo”, también se ocupa eso” (Celeste, PUCV)

“Pero yo creo que por el tema de... uno como... se ve generalmente cuando uno va en la micro, la locomoción colectiva, les gusta escuchar mucho la música fuerte, porque siguiendo el prototipo del flaite, siempre anda con un celular, así, escuchando en la micro. Entonces, de repente puede ir asociado bulla, a la música fuerte... porque si eso es en la micro que igual es una cuestión... servicio público, que todos tenemos **respeto** a estar en un lugar y a viajar tranquilos, y de repente sacan el celular... tampoco es música que a todos les gusta, ¡imagínate cómo serán en sus casas! **Menos respetaran a sus vecinos**, o sea, la música fuerte, lo mismo. (Marcela, GD, UV)

En resumen, es la posibilidad de hacer una definición moral efectiva en lo social, lo que permite la articulación en “el/lo flaite” de la dimensión estética/especular y la dimensión actitudinal; articulando fronteras culturales –

relativas al gusto, al “buen consumir”, modales y la educación- y fronteras sociales–desigualdad de oportunidades, inequidad en los ingresos etc. La fuerza pragmática que adquiere “el/lo flaite” yace en la posibilidad misma de llevar a cabo una definición moral exitosa y eficiente (definir con pocos recursos y de forma exitosa una posición moral y normativa) en un contexto social determinado – maximizando los conocimientos sociales compartidos (fundamentados en la pertenencia de clase) y hegemónicos en la sociedad chilena. Esto sumado a su carácter relacional y flexible, hace que la figura de “el/lo flaite” sea un recurso presente en la cotidianidad de los discursos de jóvenes universitarios.

5.4 Estrategias, tensiones discursivas y ¿Son los jóvenes universitarios los menos discriminadores?

Establecidas ya las características generales, los contenidos centrales y el trasfondo del discurso que re-produce y re-crea la figura de “el/lo flaite”, contamos con los elementos necesarios para abordar de forma definitiva un nudo problemático que se había dejado pendiente. Como ya se señaló, en el presente estudio se asumió que “el/lo flaite” es significado en función de su pertenencia de clase. Por lo tanto, los discursos que lo re-crean y re-producen entregan pistas sobre las formas en que en las nuevas generaciones del Chile actual significan a sujetos subalternos y la forma en que estos sujetos subalternos se cristalizan en imágenes culturales determinadas; en este caso la figura de “el/lo flaite”.

En relación a lo anterior, la *ambigüedad ontológica* como característica general del discurso que re-crea y re-produce a “el/lo flaite” entra en tensión con esta idea de que “el/lo flaite” es una imagen cultural de un sujeto subalterno y, por lo tanto, significado en función de su pertenencia de clase.

Ahora podemos decir que son dos los elementos que convergen en esta *ambigüedad ontológica*. Uno es la complejización efectiva que la figura de “el/lo flaite” supone respecto a la pertenencia de clase, en comparación con otras imágenes culturales de sujetos subalternos- por ejemplo, el “roto chileno”. El rol que juega el consumo, la imagen, lo simbólico, el estilo, la marca, el cuerpo, etc. La flexibilización y la posibilidad performativa que implican algunos de estos elementos –ilustrados en la figura de “el cuico-flaite”- contraviene en muchos casos la claridad cognitiva en torno a la naturaleza de lo que está “refiriendo” el observador al re-crear la figura de “el/lo flaite”. A esto hay que sumarle los tipos de uso que se le da a la figura de “el/lo flaite” en la práctica del discurso juvenil universitario; aquí “el/lo flaite” no remite sólo a un sujeto social, estático, sino más bien relativo (esto lo veremos más adelante). Es más, no sólo remite y funciona etiquetando individuos en lo social, sino también objetos (cosas), gestos,

movimientos, etc. Todo esto, como ya hemos visto, basado en la posibilidad de hacer definiciones y establecer fronteras morales en lo social.

Un segundo elemento, no menos importante, hace referencia a la tensión que se produce entre el *discurso público* y *discurso privado* de jóvenes universitarios a la hora de dar cuenta de la re-creación y re-producción de la figura de “el/lo flaité”. Por un lado, los estudios sobre discriminación muestran en sus resultados que los jóvenes son los sujetos menos discriminadores –o los más tolerantes- y además muestran que a mayor educación y mejor posición social, podemos suponer más tolerancia³⁰ (Aymerich, Canales, & Vivanco, 2013; Aravena & Alt, 2012). Por otro lado, en el apartado de discriminación de la 6° Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2010) observamos un rechazo muy alto -en términos absolutos como relativos- frente a “los flaité” en jóvenes universitarios y en los jóvenes de clase alta.

Ambos datos contienen principios contradictorios; “el/lo flaité” se presenta como una forma de discriminación relativa a la clase social en sujetos que declaran –mediados por instrumentos que miden actitudes y opiniones discriminatorias- ser tolerantes. Esto se agudiza si tenemos en cuenta las otras dos características generales del discurso que re-crea y re-produce a “el/lo flaité”: es habitual y de connotación negativa. En otras palabras, habitualmente se connota negativamente objetos y sujetos en lo social a partir de la figura de “el/lo flaité”-que a su vez refiere, en último término, a sujetos juveniles subalternos.

Tensión entre lo decible (discurso público) y lo no decible (discurso privado)-efecto de deseabilidad social a la hora de ser interpelados desde el ámbito público. Reconocer que se trata de una imagen que hace referencia directa a un sujeto social determinado, pone en evidencia el carácter clasista del concepto, dada su valencia negativa y su habitualidad. Lo que, a su vez, pone en entredicho el discurso público de los jóvenes universitarios. Esta tensión está presente (con diferentes grados) en la mayoría de los discursos levantados.

A nivel textual, la tensión entre discurso público y privado es posible rastrearla en cuatro características: a) utilización de voz pasiva cuando se explicita connotaciones negativas y despectivas de la figura de “el/lo flaité” u otra de sus características, b) inconsistencias o contradicciones a lo largo de los discursos, c) la negación taxativa de la relación entre “el/lo flaité” y la condición social/pobreza

³⁰ Esto en relación tanto a la discriminación en general como a la discriminación de clase en particular

relacionada a su imagen y, por último, d) el establecimiento de una división entre el “uso personal” de la figura de “el/lo flaite” y su significado social.

Los tres primeros puntos se pueden rastrear transversalmente tanto en las citas entregadas a lo largo de la presente investigación, como en las estrategias discursivas que se desarrollarán más adelante. Dado que el último punto es el más difícil de rastrear lo desarrollaremos a continuación. Para este propósito tomaremos dos ejemplos: el caso de Celeste y Javiera. Ambas establecen una separación entre un uso “personal” y los significados sociales que tiene la figura de “el/lo flaite”.

En Javiera esta división toma la forma de oposición entre la imagen referida de “el/lo flaite” y un “uso personal” relacionado a como ella utiliza la palabra en lo cotidiano, separación entre utilización propia anclada en la pragmática de la figura de “el/lo flaite” en sus discursos, y el significado social y simbólico de “el/lo flaite”.

“yo creo que puede ser, pero dentro del imaginario de flaite... yo no sé cómo tomarlo desde mi opinión porque yo creo que... porque desde mi opinión más va en una actitud de una persona” (Javiera, Sociología, UV)

Para Javiera esto significa desentenderse de la imagen/estética que evoca “el/lo flaite” en tanto da cuenta del soporte social de la figura de “el/lo flaite”. Aunque a lo largo de la entrevista insiste en la separación, difícilmente logra con éxito dejarla establecida. Por ejemplo, cuando por primera vez se le pregunta directamente por la imagen –“social”- que ella identifica, ella responde lo siguiente:

“Estéticamente. No sé. No, es que no... como una... como esas personas como entre prepotentes, como que van en la vida, con una forma de vestir un poco más exagerada, si se puede decir...” (Javiera, Sociología, UV)

Aquí la dimensión actitudinal y la definición moral aparecen antes de la imagen. La actitud aparece como “prepotencia” y la imagen como “formas de vestir”. Se defiende el criterio de *la actitud* indeseable por sobre una imagen estética y estática, para afirmar el carácter personal del uso que se hace de la figura –su pragmática; lo indeseable aquí es arbitrario (es decir, se puede presentar como al arbitrio de quién lo ejecuta), en cambio la imagen y su connotación se escapan a dicho arbitrio. Aquí la disociación entre dimensión actitudinal e imagen es una condición necesaria para sostener que existe un “uso personal”/moral diferente al significado social de la imagen. En cierto sentido, esto es una condición para la magnitud que adquiere la pragmática de la figura de “el/lo flaite. Llevar a cabo juicios de valor sobre la imagen de un sujeto social subalterno es reprochable, mientras que rechazar ciertas actitudes y acciones significadas como negativas (prepotencia, flojera, violencia, etc.) no lo es.

En el caso de Celeste, ella advierte que tiene dos ideas de lo que sería el flaite. Una en relación a la imagen y otra en relación a lo que significa que te digan flaite (dimensión estética y referencial y, la segunda, dimensión pragmática relacionada a efectos y consecuencias en tanto hacer discursivo).

“yo tengo como dos ideas del concepto de flaite que hay. Como un concepto visual, de cómo se visten, etc., y hay otro que es como de lo que significa que tú a una persona le digas que es flaite.” (Celeste, Diseño, PUCV)

“m... por ejemplo, cuando estai' como entre pares y alguien se tira el rosario de garabatos, ¿cachai? Como que ahí uno dice “oh, qué flaite”. O por ejemplo, eh... por ejemplo cuando a alguien le roban o cosas así, uno tiende a pensar que esa persona es un flaite. Uno tiende a pensar que ese tipo de gente hace eso. Yo en verdad no sé si eso está correcto, porque quizás hay un concepto mezclado con lo que te decía, la idea de la persona como “pato malo” y la idea como de la vestimenta.” (Celeste, Diseño, PUCV)

El primer ejemplo que la entrevistada utiliza para dar cuenta de la separación analítica entre la *imagen/estética* y la *pragmática* de la figura de “el/lo flaite” hace referencia a la utilización del concepto “el/lo flaite” en el contexto de una relación cotidiana entre pares caracterizada por una transgresión de una norma protocolar de interacción. El segundo ejemplo hace referencia a la transgresión de una norma social institucionalizada que, a la vez, se ve aparejada con una apariencia determinada. La entrevistada no logra dar cuenta del factor común entre ambos niveles discursivos, esto es, que en ambos se efectúa definiciones morales, estableciendo fronteras en lo social. Por un lado tenemos una *pragmática de una moral cotidiana* que sucede en el ámbito privado entre pares y se fundamenta en el control de una transgresión parcial, simulada o fragmentaria de las normas del correcto convivir, en este caso, en el escenario institucional universitario.

“Un alumno encargado de la Peña de xxx increpó a un estudiante de xxx tras sorprenderlo rallando una pared de la facultad con logos de la movilización xxx 2013. Debido a esto y ya que el alumno de xxx no quiso dejar de escribir en las paredes, se produjo una discusión entre ambos alumnos y luego con los cercanos que vinieron a observar lo que pasaba. En esto, otro alumno de “xxx” **le dijo al alumno de Historia que no podía ser tan flaite al rallar las paredes por mucho que fuera de Educación Gratuita ya que nosotros somos los responsables y a nosotros nos llegaría el reto después**” (OP, 12/05/1013, Viña del Mar)

Por el otro lado, un segundo nivel referido a una moral que impugna la figura de un Otro en lo social, objeto de sospecha. Aquí, la transgresión estética es la expresión o el síntoma de una transgresión profunda, anterior y apriorística: el joven pobre/marginal delincuente se convierte en el monstruo moral frente al cual todas las cosas en lo social adquieren un tipo de equivalencia.

Ambos niveles se retroalimentan; el Otro excluido es el argumento y la fuente desde la cual la pragmática (moral) cotidiana encuentra un punto de contra-identificación, del cual saca los criterios y el impulso para la efectividad de una

utilización de gran flexibilidad. Y viceversa, la pragmática cotidiana -protocolos, modales, kinésica y formas de hablar³¹ - es el soporte encarnado en donde la normativa encuentra el correlato de una moral individualizada, situada en el cuerpo de los sujetos, el núcleo duro que hace muy difícil una aproximación crítica –en tanto son modalidades que usualmente se mantienen inconscientes para el sujeto (Bolstansky, 1975).

En ambos casos la tensión entre *discurso público/discurso privado* se manifiesta en el rol medular que toma la dimensión actitudinal en el relato que intenta dar cuenta sobre la naturaleza de la figura de “el/lo flaite”, haciendo descansar todo el peso de su connotación en la acción/actitud en tanto momento de definición moral. El efecto de discurso es hacer *como si* la mera acción explicara y fuese suficiente en el establecimiento de fronteras en lo social llevado a cabo a través de la figura de “el/lo flaite”.

5.4.1 Cuatro estrategias discursivas

A continuación rastreamos las diferentes estrategias discursivas desplegadas por los sujetos de investigación, centrándonos específicamente en la forma en que los sujetos procesan discursivamente la procedencia social del sujeto referido con la figura de “el/lo flaite”. Hemos distinguido cuatro estrategias, dentro de las cuáles tres recogen la tensión entre discurso público y discurso privado. En lo que viene, se mencionan las cuatro estrategias para después analizar cada una en detalle.

La primera estrategia la hemos denominado *estrategia hipócrita* y se caracteriza por sujetos que reconocen la utilización frecuente de la figura de “el/lo flaite” al tiempo que se niega toda relación con la condición de pobreza o subalternidad de jóvenes concretos en torno a la misma.

La segunda estrategia la hemos denominado *de perplejidad cognitiva*, en donde no existe una identificación clara de la naturaleza de la figura de “el/lo flaite”, por lo que el discurso se caracteriza por su ambivalencia y la elaboración fragmentaria de los elementos que se conjugan alrededor de la figura de “el/lo flaite”.³²

La tercera estrategia la hemos denominado *estrategia pragmática*, en donde se reconoce los sesgos discriminatorios de la figura de “el/lo flaite”, pero, a la vez, se concibe como una fuente de información útil para manejar los riesgos que presenta la violencia urbana.

³¹ En general inscripciones tributarias a la clase social de procedencia y a los procesos de normalización y racionalización modernos.

³² En términos estrictos, perplejidad cognitiva más que una “estrategia discursiva”, es una configuración que carece de estrategia en tanto no logra dar con la problemática y, por lo tanto, no logra encontrar una estrategia para abordar el fenómeno.

Finalmente, la cuarta es la estrategia crítica/reflexiva, que se caracteriza por la impugnación total o parcial de los significados que moviliza la figura de “el/lo flaite”.

Las tres primeras estrategias son formas de elaborar la *ambigüedad ontológica* y la tensión *discurso público/ discurso privado* de “el/lo flaite”. Si bien es posible clasificar a cada sujeto con una estrategia específica, en general cada uno de los discursos mezcla más de una estrategia, aunque siempre una sea la dominante. Por ejemplo, la *perplejidad cognitiva* y la *estrategia hipócrita* tienden a confundirse, como veremos más adelante. También se puede postular que la estrategia pragmática tiene algo de hipocresía. Y la estrategia reflexiva/crítica no significa una impermeabilidad total frente a los significados movilizados por “el/lo flaite”.

La aproximación de los sujetos a esta temática –la filiación de clase de la figura de “el/lo flaite”- varía entre los que afirman que “el/lo flaite” no tiene nada que ver con la condición social –del sujeto referido- y entre los que afirman que “el/lo flaite” está directamente relacionado a jóvenes de escasos recursos o de sectores populares. En medio de estas dos posturas, encontramos posturas intermedias como “ser pobre te hace más vulnerable a ser flaite”, o que los modos relacionados a “el/lo flaite” son condición necesaria pero no suficiente para “ser flaite”. Vale advertir de antemano que no todos los sujetos expresan una única posición.

Vicente (UAI) y Rocío (PUCV) son los dos sujetos que se mantienen exclusivamente en la posición que niega la relación entre la figura de “el/lo flaite” y la procedencia social.

“o sea... es que pucha, **en verdad cualquiera puede ser flaite**, pueden ser personas que tengan mucha plata o... o tal vez no tanta, pero igual es el que uno en verdad se... **se ve por cómo es la persona, no por la plata.**” (Rocío, Diseño, PUCV)

Lo que prima en estas posiciones es la definición moral como criterio último, sino único, en torno a lo cual “el/lo flaite” cobra sentido. Entonces, “el/lo flaite” mantiene su referencia respecto al carácter moral de una persona y sus actos. Aquí, el sujeto no reconocen el soporte social de la definición moral que despliega porque de hacerlo la definición misma podría ser impugnada en tanto no se fundamenta en una deliberación propia sobre el valor moral de un sujeto, acción u objeto, poniendo en peligro la misma posibilidad de hacer la definición y, por lo tanto, la propia posición moral sostenida performativamente. Esta negación taxativa del fundamento social de las definiciones morales, se refuerza por el hecho de que son discursos elaborados a partir de una interpelación desde lo público (la presente investigación), donde los criterios normativos del interlocutor

son inciertos. La arbitrariedad que implica la valencia moral y normativa de la figura de “el/lo flaite” encuentra una oportunidad de actualizarse en el discurso, obligando al sujeto a negar la relación social que lo sostiene.

“yo creo que no hay relación, como te dije recién, un **flaite puede ser de cualquier escala social**. No sé si es que se ve más comúnmente en los estratos bajos, no sé. Mira, yo veo un flaite, por ejemplo, y se viste con huevadas de marca ¿cachai?, o sea, la terribles zapatillas, terrible chaqueta, el pantalón, el buzo, qué sé yo -dentro del estereotipo, digamos-. Pero yo creo que alguien de realmente de escasos recursos no tiene las posibilidades económicas de comprarse ese estilo de ropa y en verdad lo ideal es no confundir y no pensar que alguien de bajos recursos es flaite.” (Vicente, Ingeniería, UAI)

En esta cita es posible observar como los elementos estéticos relacionados al consumo cultural de los sujetos implicados, a la inversa de lo que vimos en el caso de Javiera, se utilizan como argumento de desacreditación de la condición social de pobreza. Así, la posibilidad de sostener la propia definición moral es resguardada.

Cuando Celeste se refiere directamente a este tema observa cierto reconocimiento de la filiación social de la figura de “el/lo flaite”, pero la desestima en pos de resguardar las definiciones morales en juego –como lo vimos anteriormente. El “ser flaite” es una elección en tanto actitud y estilo –es una moda y una moral –un estilo- que se elige.

“Yo creo que efectivamente existe esa creencia de que los flaites son pobres, pero yo no sé si es como siempre. Creo que el ser flaite es algo que tú eliges ser más allá de algo... es como la actitud que toma la gente frente a algo. No es algo... como que tú... no sé “porque nací pobre tengo que ser flaite”. No lo veo como esa” (Celeste, Historia, PUCV)

La posición opuesta la encontramos sostenida en Camila y Marcela. Ambas reconocen que la figura de “el/lo flaite” hace referencia a un grupo de jóvenes de estratos sociales bajos –con un estilo determinado-. En el caso de Camila, el reconocimiento de este hecho se complementa con la impugnación de la connotación negativa y la marca moral que se ejerce a través de “el/lo flaite”.

“El flaite, más que una actitud de la vida, actitud frente a la vida, es mucho más: es simbolismo, es forma de vivir la vida, es forma de significar la vida; una manera de vestirse, también tiene estilos, **y también hay un prejuicio que es muy grande y que se... y eso de que la gente le tiene... que todos son peligrosos, o que todos más o menos han salido de la cárcel, o que hay que tenerles cuidado, no**. Porque yo tengo muchos... no, no tengo, conozco personas. Yo vivo en un cerro y que hay mucha gente que... el término “flaite” - y que nosotros les damos la connotación “flaite”, porque dudo de que ellos mismos se llamen así- y no todos son iguales... no. **Es que de partida, no me gusta utilizar la palabra “flaite” porque es peyorativa, diminutiva, y generalista, y muchos términos negativos** que hay. Pero... no... es que el término “flaite” de partida no me gusta utilizarlo, pero...”(Camila, Historia, PUCV)

En el caso de Marcela, ella defiende la clase social como factor decisivo en torno a la figura de “el/lo flaite”, pero a diferencia de Camila no impugna la marca moral, sino más bien constata su existencia objetiva.

“Para mí el flaite está asociado estrictamente a un joven de clase baja, más bien popular de estrato socioeconómico bajo y que sigue ciertos patrones de vestimenta... y el pertenece a un cierto grupo, que ya es más bien un estilo de vida, una cultura. No sé si tiene que ver con el tema de ser ostentoso o no, yo creo que va más allá de eso, es una forma de ser. Yo creo que va súper asociado a los jóvenes...” (Marcela, UV, GD)

“se expresa con las manos, con movimientos, que ocupa una jerga súper especial que yo, por lo menos, no podría entender. Eso en términos como de modo. Ahora no estoy diciendo que sea general, que todos los... flaites, según mi concepción, o sea, ese típico joven, sean... como la mayoría... que todos sean así, pero yo creo que va asociado mucho con lo que dice el C que es el tema de la carga negativa. Que lógicamente una persona que no habla bien, que tiene igual menos educación, que es más bien popular, que se asociada... no sé... que igual de repente se asocia a la delincuencia, a una persona que cae en la droga, que es de la población (...) Educacionalmente muy bajo, no se sabe expresar bien y el tema que se asocia una carga negativa: que anda acuchillando, que está en la esquina... el flaite que roba, que es lanza, que la droga y la cuestión... de la población y no sé qué y ese estilo. Eso, en actitudes, como fue la pregunta.” (Marcela, UV, GD)

Entre las dos posiciones polares expuestas hasta aquí, es posible encontrar posiciones que o se sitúan en algún lugar entre las ya expuestas, o recorren más de una posición. Por ejemplo, Teresa –de forma similar a Celeste- constata los dos significados y usos de la figura de “el/lo flaite”: en tanto definición moral relacionado a ámbitos privados y en su filiación a una clase social determinada.

“y también... tanto la clase social, como a veces cuando alguien hace algo como... medio como chueco o algo así, también se dice “ayh, qué flaite”. Como, yo creo que están esas dos concepciones. (baja la voz y dice) como que no tienen que ver mucho uno con la otra.”(Teresa, PUCV, GD)

Como es posible apreciar en la próxima cita, Teresa finalmente opta por una perspectiva ecléctica que sostiene igual estatus explicativo a todos los modos condensados en “el/lo flaite”.

“yo creo que como que hay... como ya dije muchas veces, como que hay distintos tipos de flaite. Entonces, como que... uno puede ser el estilo de vida en cuanto a vestimenta, uno puede... como que igual uno cambia la forma de ser en cuanto a la vestimenta, por ejemplo, no sé, yo entré a estudiar diseño entonces ahora uso puros chalecos, así como, igual es como según el dónde estás y con quién estás, uno se viste diferente. Entonces, igual (...) Después está como la otra parte que es cómo uno se comporta, porque uno puede ser como muy caballero, muy como buena persona, muy... no sé, inteligente, pero igual si te vestí' flaite erí' flaite. Por otro lado, podí' vestirme muy normal pero ser dueño de los chumbekes y... no sé, estar todo el día curado... y volado, y no sé, no sé... igual erí' como flaite en comportamiento, como eso. Como que depende, como que se puede ser flaite de una forma u otra, en ese sentido.” (Teresa, PUCV, GD)

Hay dos estrategias discursivas que son consistentes con esta posición: *hipócrita* y de *perplejidad cognitiva*. Ambas configuraciones permiten sostener la definición moral que se hace a través de la figura de “el/lo flaite”, sorteando su carácter discriminatorio en función de la clase social.

También es posible identificar posiciones que resuelven la filiación de clase de la figura de “el/lo flaite” de forma algo más creativa. Por ejemplo:

“claro, hay una relación entre flaite-pobres, por poner una palabra. No porque los pobres sean flaites, sino porque la pobreza te hace vulnerable a ser flaite.”
(Sebastián, Odontología, UV)

Lo que media la posibilidad de ser o convertirse en un sujeto marcado, un monstruo moral, es la vulnerabilidad como probabilidad. La escasez de recursos hace más probable convertirse en un Otro, pero en ningún caso puede aparecer como una consecuencia directa, siempre debe quedar un espacio para la elección, para que la definición moral y la división del tipo Otro/nosotros sea sostenible. En otras palabras, para que no sea discriminación.

“la pobreza te hace vulnerable para tú... buscar aceptación en cualquier huevada. Entonces lo más cercano que tení, si estai' viviendo en sectores populares, donde sea más barato... vai' a tener más gente cercana que sea flaite. Vai' a tener un hijo, estai' viviendo en una pobla, tu hijo va a salir y se va a hacer amigo de los flaites y se va a hacer flaite también. Entonces tení' más... es más posible que se haga flaite” (Sebastián, Odontología, UV).

En resumen, cuando la connotación social de la figura de “el/lo flaite” no es reconocida/reconocible por el sujeto, se traspasa todo el peso del discurso sobre “el/lo flaite” en la acción y en la actitud, magnificando y totalizando la acción y el hacer como lugar de la definición moral.

Hay otros casos, por ejemplo en Francisco, en que existe una ambivalencia en torno a la marca moral que implica la figura de “el/lo flaite”.

“como te dije, en verdad el ser flaite es... varía en los casos, varía en las personas... Supongamos, lo que te decía del loco que tiene plata y que es como flaite es un llamado de atención... En cambio, el que vive en lugares donde hay pobreza, es por el entorno donde vive, porque los amigos “oye, haz esto”, y se van adaptando... en el colegio... Depende del entorno, depende de muchos factores. Pero sigo diciendo que “flaite” si liga a algo que no es bueno.”
(Francisco, UPLA)

“Porque los mismos cuicos... hay veces que los cuicos son flaites (...) entonces es como... bueno, a veces... yo creo que lo deben hacer como un llamado de atención de los papás, para que los vean... porque generalmente ya... los cuicos... yo he compartido igual con hartos locos, y son... que los papás no los pescan o los tienen de lado... entonces esos son simples llamados de atención, en esos casos.

Entrevistador: ya, ¿y el otro?

Francisco: el otro, eh... no sé po', **el otro que es pobre, que tiene menos plata y todo, es por el entorno donde vive...** todo se va mezclando.”
(Francisco, Kinesiología, UPLA)

Esta ambivalencia se basa en una cercanía social relativa mayor. Francisco es uno de los pocos sujetos de investigación que dice haber conocido o conocer a sujetos “flaites” –o que en un principio parecían serlo-. Pero a diferencia de Camila él no impugna la carga moral sino que, para rehuir de la misma, se refuta la pertinencia de la etiqueta.

“Pero también, a veces uno tiende a ocupar mal la palabra porque... o sea, no mal la palabra, pero todos tienen su concepto. Suponga... dicen “este cabro es flaite”, pero es una persona que se viste como rapero o se viste... no sé, con

jockey, pero no por eso... pucha, ese cabro igual estudia, es esforzado, simplemente es más humilde nomás, pero generalmente “flaite” se van como a algo más malo, por así decirlo. No sé po’, el huevón que roba es flaite, por así decirlo (...)” (Francisco, Kinesiología, UPLA)

Claudia es otro caso interesante. Por un lado reconoce la filiación de clase de los sujetos a los que refiere la figura de “el/lo flaite”, pero al mismo tiempo precisa que no existe una relación necesaria entre estos y la condición social, y entrega una explicación psico-patológica para explicar al sujeto “flaite”.

“que hablan así como “shaaa...” no sé po’ (...) Yo creo que es como de clase... obviamente las personas de clase alta no hablan así po”(Claudia, UVM)

“Es que existen personas de bajos recursos pero, por eso te decía, no todas son flaites. No porque sea flaite va a ser de escasos recursos, no todos los de escasos recursos van a ser flaites. Porque... no sé po’, un flaite, encuentro yo que es como una persona que no fue aceptada... tuvo problemas, problemas con su familia, problemas de aceptación en su escuela, como que se desligó de todo eso y quiso así como salirse de eso y crear su propio mundo.” (Claudia, Ed. Parvularia, UVM)

Claudia reconoce la naturaleza de “el/lo flaite” como sujeto marcado, pero no lo impugna, sino que critica su “mal uso”, en pos de restringir la marca moral que implica “el/lo flaite” al espacio acotado donde parece ser pertinente –el sujeto peligros-, lo que implica una forma de gestión de la posibilidad de ser marcado, evitando ser objeto de la marca moral.

Lo mismo sucede en el caso de Macarena (UNAB) que, en pos de resguardar una posible generalización de la marca moral sobre la pobreza (relativa), argumenta lo siguiente:

“Macarena: lo primero que pienso es en el reggetón. **Así como marginalidad**, eso es lo que se me viene a la cabeza. **No tiene nada que ver con la plata...** ni nada de ese tipo de cosas.

Entrevistador: ¿pero marginalidad no tiene que ver con la plata?

Macarena: sí, puede ser. Pero lo que pasa es que hay grupos de personas o de jóvenes que le dicen “flaite” a la gente pobre, o a una cierta forma de hablar que tiene relación “con”. Pero hay cosas que las confunden. De repente, no sé po’... la falta de educación... hay gente que es como súper humilde, sencilla, que no tiene como todos los recursos, así como... no sé po’, lo que es educación... y no es flaite, es que... no sé po’, le faltó preparación, o es pobre, sencilla, o algo así. Entonces ahí hay que hacer como la diferencia, ¿cachai?”(Macarena, Eco-turismo, UNAB)

“sí, es que es como extraño **porque depend de dónde estí parado**, a quién le preguntí’ po’. Seguramente si le preguntai a otra persona, te va a decir otra cosa (...) Porque es como una mezcla de “ah ya, o sea que la gente que... no sé, se viste de tal forma, o que dice garabatos, o que fuma marihuana... ¿cachai? Esa onda. Entonces es como difuso, o sea... es que depende a quién le preguntí’ po’, ¿cachai? A la edad de la persona, a la generación... **Yo creo que tiene que tener como un poco de todo, puede que sí... cierta marginalidad, por otro lado, así como... no sé po’, la forma que tiene como de ver la vida, así... estar como en la nada, no sé**” (Macarena, Eco-turismo, UNAB)

Si bien casi en todos los casos es posible observar la indeterminación -en lo que en un principio habíamos llamado *ambigüedad ontológica*- de la figura de

“el/lo flaite”, esta responde a diferentes mecanismos discursivos propios de las diferentes posiciones y estrategias que ocupan los sujetos en lo social. Por ejemplo, un primer mecanismo se relaciona con el despliegue de estrategias frente a la posibilidad de ser marcados y otro mecanismo responde a la necesidad de ocultar el carácter discriminatorio del propio discurso.

La posibilidad de ser marcados o efectuar una definición está dada por las posiciones (absolutas y relativas, como lo veremos a continuación) que los diferentes sujetos ocupan en lo social (en el trabajo, en la universidad, en los espacios públicos, etc). El caso de Macarena es ilustrativo en relación al carácter relativo y relacional de “el/lo flaite”, en tanto posibilidad de marcar o ser marcado.

“Macarena: sí po’. Es que igual, últimamente lo he escuchado... es que puta, yo en la U igual estoy como... así como en otro ambiente.

Entrevistador: cuéntame eso.

Macarena: (risas). No, eh... venía preparada para esta pregunta (risas). Puta, por ejemplo, la mayoría de las personas tienen plata, son como de otra clase social. Entonces ahí como que uno ve como otra volá po’, por eso te digo. Por ejemplo, a mí en el colegio, en el otro círculo que yo me movía, los “flaites” eran otras personas. Pa’ ellos, somos nosotros, y así...

Entrevistador: (...) bueno, en el colegio pa’ ti el flaite era claro quién era.

Macarena: Sí, (...) podía entender a alguien que dijera así como... no sé, o que lo confundiera con un loco que anda robando, “cuidado con el flaite que te puede robar”. Pero ahora no po’, el flaite no es el que te roba po’, un flaite es un compañero de curso... ese es el flaite.” (Macarena, Eco-turismo, UNAB)

Para Macarena “el/lo flaite” en el colegio (particular subvencionado) era un sujeto determinado, pero en la universidad, al pasar a una carrera de composición socio-económica de estratos altos, el contorno de “el/lo flaite” se desdibuja y ella misma pasa a ser un posible objeto de la etiqueta. En este sentido, cuando la figura de “el/lo flaite” es re-creada entre pares o en espacios relativamente cerrados funciona como dispositivo de manejo de la desigualdad y la diferencia. En una dirección, constituye comunidad moral, en la dirección opuesta, establece y refuerza las diferencias. Y esto no es menor en relación a la pragmática relacional de la figura de “el/lo flaite”, como nos dice Macarena:

“(...) aparte que siento que... que en el fondo se ve así como superficial, pero creo que es un tema como súper profundo y que va más allá de lo que todos creen, de decir “ah, este es flaite”, es un tema social como bien importante. (...)A eso iba cuando también te decía que cuando alguien cataloga a alguien de “flaite” como que siento que le está diciendo muchas más cosas de las que... de lo que es esa palabra, ¿cachai? Como que lo está así como... ¡lo está haciendo mierda! ¿cachai? Eso, eso siento.” (Macarena, Ecoturismo, UNAB)

Otro caso que nos habla de la relatividad de “el/lo flaite” es el que nos presenta Manuel. A lo largo del grupo de discusión Manuel despliega diferentes estrategias en relación a la filiación de “el/lo flaite” con la clase o condición social. A

continuación vamos a abordar sólo una de ella, donde nos relata el caso de un compañero considerado como el “flaite” en la UAI.

“Manuel: Yo tengo un ejemplo... que, por ejemplo, yo estudio en la Adolfo Ibáñez y, bueno, se sabe que en la Adolfo Ibáñez no, supuestamente, no tendrían que haber flaites po’, supuestamente. Entonces yo tengo un conocido, no quiero dar el nombre porque quizás ustedes lo conocen. Pongámosle Juanito Pérez ¿ya? **Juanito Pérez es el considerado flaite dentro de la Universidad, entonces uno conoce a Juanito Pérez “oie, es super flaite” dentro de la universidad, entonces yo creo que no es atribuido a una clase social, ahora, porque es más atribuido a un comportamiento y a las conductas, porque Juanito Pérez es mal educado.** Entonces él es super... **habla mal** “qué paha [pasa]...” y la cuestión, llega a la universidad, **llega escuchando reggaetón fuerte.** El es de la barra de la U, entonces él es como... pero él tiene la posibilidad de estudiar en la Universidad Adolfo Ibáñez, pero el gallo igual es flaite. Este gallo raya los baños, de repente, en la universidad...”

Marcela: ...pero es una excepción, estás hablando de una sola persona.

Manuel: ... Es una excepción... por eso, pero te estoy diciendo que igual... existen. Existen, o sea este gallo pudo...

Carola: ...Porque es un modo...

Manuel: ... Llegó a la Universidad Adolfo Ibáñez, el papá tiene posibilidades de cómo pagar, pero él es flaite porque todos lo conocen como un flaite. O sea, toda la gente que... es un gallo, él existe.” (Manuel, UAI; Marcela, UV, GD)

Esta estrategia responde a una “dificultad objetiva” en relación a establecer la filiación de clase de la figura de “el/lo flaite” en tanto su definición se juega en los modos que la figura de “el/lo flaite” moviliza y, en la medida que estos modos pueden ser simulados-imitados –o no-. Es así como estos modos imprimen una mayor flexibilidad y performatividad a la figura de “el/lo flaite” como imagen cultural de un sujeto subalterno.

Por lo que, si bien, está claro que su origen y soporte se juega en la construcción de una imagen sobre el “joven urbano popular”, su especificidad, sus límites y sus posibilidades están dadas en la frontera moral de clase que funciona como trasfondo de los procesos de etiquetamiento. Es por esto que para Macarena *el cuico-flaite no existe, es una mentira.*

“... Pero no sé, es como complicado igual. Igual sí, tiene que ver con la forma como te vestí’ y hablai’, pero esos son como detalles. Es que hay gente que sí los tiene y no es flaite. Ahora hay como el nuevo flaite, que es como ABC1, que pa’ mí no existe, eso es mentira. (Macarena, Eco-turismo, UNAB)

En tanto el sujeto que simula los modos de “el/lo flaite”, pero no es un sujeto subalterno, igualmente se encuentran dentro de los límites de la frontera moral de clase (hegemónica) sobre la que “el/lo flaite” adquiere sentido y eficiencia, aún a pesar de los modos adoptados.

En este sentido -respecto a la relatividad y relacionalidad de “el/lo flaite”- podemos decir que para diferentes sujetos en diferentes posiciones sociales puede ser útil y pertinente “el/lo flaite” como marca moral y como recurso

performativo y contra-identitario. Pero suponemos que hay un punto en dónde este principio no aplica. La determinación pormenorizada de estos límites escapa a los objetivos y las posibilidades de la presente investigación. Por ahora podemos decir -basándonos en los resultados de la 6° Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2010) y en los casos negativos de la presente investigación- que la efectividad y pertinencia de la figura de “el/lo flaire” como recurso discursivo y etiqueta social aumenta en la medida en que nos situamos más arriba de la estructura social y disminuye en la medida que bajamos.

También podemos plantear que la cercanía (o distancia social) con sujetos que responden de alguna forma a la figura de “el/lo flaires” –en Camila o en Francisco, por ejemplo- y el tipo de trayectorias educativas –En Macarena- impacta en la posibilidad de tener aproximaciones más o menos críticas. En este último caso, la hipótesis sería que cuando las trayectorias socio-educativas son normales, es decir, cuando el sujeto pasa de institución en institución, manteniéndose similares la composiciones socio-económicas de dichas instituciones, una aproximación crítica sobre la figura de “el/lo flaire” resulta más difícil. En cambio, cuando la trayectoria socio-educativa es “anormal”, es decir, cuando un sujeto pasa de una institución con una configuración socio-económica de estratos medios o bajos a una con estratos (más) altos le permite (eventualmente) interrogarse por el carácter de “el/lo flaire”.

Así mismo, cuando los sujetos están en un contexto relacional y situacional que los pone en desventaja en términos de estatus social, las estrategias tiende a ampliar las fronteras morales en juego, no impugnando la carga moral, sino que afinando su pertinencia –generalmente al sujeto peligroso- para evitar las generalizaciones o los “malos usos” que ponen en riesgo la propia posición.

5.4.3 Lo juvenil y “el/lo flaire”: frontera y definición moral para juventudes ilegítimas.

Para finalizar, nos detendremos en una de las aristas que, a nivel teórico y conceptual, nos permitieron abordar la problemática de la figura de “el/lo flaire”, pero que aún no la hemos tratado en su particularidad. Se trata de la carácter juvenil de la figura de “el/lo flaire”. Para empezar “el/lo flaire” en tanto figura discursiva responde a una elaboración cultural que en su novedad, tiene un lugar generacional específico. En este sentido, lo juvenil es posible advertirlo en tres formas a lo largo de los discursos que elaboran los sujetos de la investigación. La primera refiere a que la figura de “el/lo flaire” es utilizada preferentemente por jóvenes. En este sentido, se trata una figura que proviene de la jerga juvenil y se circunscribe a ciertos códigos de habla característicos de este grupo social. En

otros casos, la especificidad juvenil se traduce en que son realmente los jóvenes los que entienden lo que significa, mientras los adultos no del todo.

“no sé po’, pa’ mi mamá... los adultos, los viejitos de la casa siempre me preguntan “¿qué es?”. Y tú les tratai de explicar y yo igual me pongo en su lugar y sé que no cachan nada, ¿cachai? Porque es como una mezcla”(Macarena, Eco-turismo UNAB)

Finalmente, quizás el tópico más relevante en torno al cual se problematiza lo juvenil es en relación a la definición del estatus joven del sujeto referido en la figura de “el/lo flaite”. Como ya hemos visto, la primera referencia de la figura de “el/lo flaite” es a jóvenes de estratos populares que comparten ciertos consumos culturales que constituyen estilo y grupalidad. Por otro lado, también hemos visto como la figura de “el/lo flaite” sirve como dispositivo para marcar, jerarquizar, y movilizar significados que sobrepasan esta referencia. Esta generalización tiene como trasfondo la creación de fronteras morales en lo social que se sustentan en la relación de clases. En este sentido podemos decir que, en el campo de lo juvenil del Chile actual, la figura de “el/lo flaite” delimita un espacio de juvenilidades legítimas-ilegítimas en base a fronteras morales de clase.

En la cita que presentamos a continuación, se da cuenta de esta ambivalencia entre lo específicamente juvenil versus al carácter clasista (o discriminatorio) de “el/lo flaite”. Mientras se mantiene en el campo de lo juvenil (se aplica la etiqueta a jóvenes y por jóvenes) la clase social tiende a difuminarse (nunca del todo) en los rasgos propiamente estilísticos relacionados al ser joven en el Chile de hoy. Pero cuando se expande su utilización fuera del campo de lo juvenil, esta dimensión se subordina al carácter clasista de “el/lo flaite”.

“Yo creo que el flaite, ahora que lo pienso bien, en los jóvenes no es tan atribuible a la clase social. Pero hablando de caba [Ilero] ya más de 40 años hacia arriba, es más atribuible a la clase social, flaite. Porque yo, por ejemplo, no le diría... flaite... como que uno le tiene más respeto a la gente grande, a la gente mayor, entonces como que referirse de “un flaite” a una persona mayor que tenga plata... yo nunca lo he escuchado. Pero, por ejemplo, al flaite siempre se le atribuye a la gente más grande, a personas de clases sociales más bajas. Entonces yo creo que al viejo flaite, eso es totalmente atribuible a la clase social a la que pertenece. No creo que, no es una cuestión de su comportamiento... es lo que estaba pensando recién” (Manuel, UAI, DG)

Como lo vimos anteriormente, los sujetos que tienen una visión hipermoralizada y adjetivizada de la figura de “el/lo flaite” tienen una aproximación irreflexiva frente a la misma. En relación a lo juvenil, lo anterior se traduce en que la especificidad –juvenil- del sujeto referido en la figura de “el/lo flaite” desaparece o se subordina bajo las definiciones que constituyen la frontera moral de clase, es decir, lo que prima es la etiqueta en función de la clase social y no de lo específicamente juvenil. “El/lo flaite” pasa a ser para estos sujetos sólo la actualización negativa de códigos morales que constituyen su pertenencia e

identidad en lo social. Lo que, a la vez, se traduce en que “el/lo flaite” funciona como etiqueta que marca a individuos según la clase social, como es posible ver en la siguiente cita.

“Que yo creo que igual como lo que estai’ diciendo es, como que igual es cierto. O sea, yo creo que cambia la concepción de flaite, porque yo creo que sí existe el flaite viejo, pero un poco como tú, lo que estaí diciendo tu, para mí, yo lo consideró que eso sí es un flaite viejo. Entonces, después de cierta edad cambia la concepción de flaite nomás. O sea... (...) o sea, claro. Sigue siendo como flaite, pero no es lo mismo un flaite de 18 años que un flaite de 45, porque claramente están en una etapa de la vida diferente en la que, como que el sistema te obliga a vivir de una forma diferente. Eso” (Teresa, GD, PUCV)

Sexta parte: Conclusiones

Como vimos en un inicio, para los jóvenes universitarios (como para jóvenes de clase alta) la figura de “el/lo flaite” genera un alto rechazo (INJUV, 2010), al mismo tiempo que estos sujetos son descritos por los estudios estandarizados sobre discriminación como los más tolerantes (o menos discriminatorios).

En el contexto de un Chile de grandes desigualdades, en donde cotidianamente los sujetos subalternos de sectores populares son objeto de discriminación y son marcados como un Otro en lo social, la presente investigación se propuso descubrir los significados y las dimensiones que se ponen en juego en los discursos de jóvenes universitarios que re-crean y re-producen la figura de “el/lo flaite”. El espacio universitario emergió como un contexto institucional pertinente, tanto porque acoge a uno de los sujetos centrales en los estudios sobre juventud –el joven universitario-, como por ser un entramado institucional que forma parte orgánica del Chile actual. En consecuencia, el joven universitario fue interpelado a partir de “el flaite” en tanto imagen cultural de sujetos juveniles subalternos del Chile actual y, a la vez, como elemento discursivo propio del campo juvenil.

En una primera aproximación analítica al fenómeno, distinguimos tres condiciones o características generales del discurso que re-crea la figura de “el/lo flaite”: su *connotación negativa*, su *uso habitual* y su *ambigüedad ontológica*. Estas tres características generales del discurso constituyen sus rasgos textuales y contextuales fundamentales. El hecho de que se trate de una figura de *connotación negativa*, nos dice que contiene una dimensión valorativa y normativa que es constitutiva a la figura; el hecho de que sea habitual y frecuente en el discurso de jóvenes universitarios, nos dice que es una figura pertinente para la cotidianidad de los mismos. Finalmente la *ambigüedad ontológica* nos plantea una problemática en torno a que, para los jóvenes universitarios, la naturaleza de la figura de “el/lo flaite” no está dada o resulta difícil de definir. En la medida que se asumió que “el/lo flaite” era una figura cuya significación se ancla en su pertenencia de clase, su *ambigüedad ontológica* quedó, en tanto carácter constitutivo, pendiente de ser abordada en un momento posterior del análisis.

En una segunda aproximación se indagó en las emociones que emergen y acompañan la re-creación y re-producción de la figura de “el/lo flaite”. Estas nos permitieron acercarnos a las formas en que los sujetos se posicionan frente a “el/lo flaite”, a la vez que nos proporcionó una interesante aproximación al grado de internalización que logran los significados que moviliza “el/lo flaite”. Las emociones que se distinguieron fueron: burla, risa, incomodidad, vergüenza, molestia

(indignación) y, finalmente, el miedo como su expresión más álgida. Estas constituyen un continuum emocional que le entrega consistencia, por lo que dichas emociones pueden leerse como el primer lugar de enunciación de los discursos que re-crean y re-producen “el/lo flaite”.

Las diferentes emociones mencionadas anteriormente se distribuyen diferencialmente, tanto en relación a los lugares en donde la etiqueta de “el/lo flaite” es aplicada (espacios públicos/abiertos o espacios privados/cerrados), como en relación a los diferentes sujetos sobre los que se aplican (extraño o pares); la burla y la risa emergen cuando se aplica a pares (amigos o compañeros) en contextos cerrados; la incomodidad, la molestia y el miedo emerge cuando se aplica sobre un extraño, en espacios públicos o abiertos.

La connotación negativa mencionada anteriormente se traduce en que las emociones identificadas son de valencia negativa, es decir, son no-placenteras. Siguiendo a Elster (2010), la presencia del miedo, la vergüenza y la molestia, constituyen un primer indicador de la dimensión normativa y moral presente en estos discursos. Al mismo tiempo, dan cuenta de un alto grado de internalización por parte de los sujetos de la investigación.

La emoción del miedo se sostiene en una equivalencia relativa entre la figura de “el flaite” y el delincuente. En este sentido, el trasfondo social que subyace a este vínculo lo encontramos en los procesos de construcción social del sujeto peligroso, expresión sociológica de un proyecto de clase que, a través de la criminalización de la pobreza, allana la transformación del Estado de Bienestar en un Estado penal.

En relación a la superposición entre la figura del delincuente y “flaite” fue posible distinguir más de una aproximación por parte de los sujetos de la investigación: aproximaciones crítico-reflexivas, pragmáticas y esencialistas. En la primera aproximación mencionada la asociación entre “flaite” y “delincuente” es total o parcialmente cuestionada argumentando o que “el/lo flaite” se juega estrictamente en *la imagen* (y estilo) o que “existen ladrones de clase alta” lo que indica la naturaleza sesgada de dicha asociación³³.

Sin embargo, la mayoría de las aproximaciones oscilan entre aquellas esencialistas o pragmáticas; las últimas refieren a los sujetos que perciben cierta injusticia en la asociación entre “flaite” y “delincuente”, pero simultáneamente le reconocen una utilidad práctica, como fuente de información en la administración

³³ Lo que, al mismo tiempo, afirma y supone que “el/lo flaite” se sostiene en la una pertenencia de clase.

del riesgo de la violencia urbana. La aproximación esencialista es la que entiende que la asociación entre delincuencia, peligrosidad y pobreza es natural y empíricamente verificable, y “el flaite” es una forma que expresa dicha realidad.

La figura de “el flaite” funciona como actualización de la figura del delincuente, concretizando al sujeto desviado con elementos culturales específicos de un periodo de tiempo determinado, entregando mayores elementos sobre los cuales distinguir a un Otro en lo social. Aunque en los discursos pueden llegar a intercambiarse, no son lo mismo, dado que solo una vez que se ha establecido como sentido común la asociación entre pobreza, marginalidad y delincuencia, es posible la emergencia de una etiqueta que da cuenta de un determinado sujeto subalterno a propósito de los detalles, gestos, signos y vestimentas que se le asocian. Mientras el delincuente es estereotípicamente pobre, el flaite es potencialmente delincuente, en tanto condensa los indicadores de una marginalidad relativa, relacionada a la pobreza y a su condición subalterna.

En la segunda mitad del análisis –correspondiente a la quinta parte del cuerpo de la tesis- se abordaron los contenidos y elementos con los que “el/lo flaite” es construido y las estrategias que los sujetos despliegan en torno a la misma. Se distinguieron dos grandes ámbitos a los que los sujetos acuden a la hora de describir y dar cuenta de “el/lo flaite”. Por un lado, un ámbito que refiere a la imagen y estética vinculada a consumos culturales asociados a jóvenes de sectores populares. Por otro, un conjunto de acciones y actitudes que son presentadas como constitutivas de la figura de “el/lo flaite”.

En lo que refiere a la imagen y estética, si bien este criterio está presente en todos los sujetos de la entrevista, esta dimensión muchas veces es subordinada o invisibilizada en relación al ámbito de la acción y actitud. Los sujetos de la investigación distinguen tanto objetos de consumo y estilos, como elementos en relación al cuerpo -contextura corporal, kinésica, gestos, formas de caminar, etc-. El primer tipo de elementos es el más explicitado y nombrado, mientras el segundo emerge con menos frecuencia y su explicitación resulta dificultosa, pues se trata de materias que rara vez son explicitadas positivamente. Dado que, aún así, esta temática emerge regularmente en los discursos levantados podemos decir que se trata de un criterio relevante en la aplicación de la etiqueta de “el/lo flaite”.

Los sujetos hacen referencia a *formas de vestir, tipos de música y accesorios* como propiedades de “el/lo flaite”. Estas referencias estéticas no siempre refieren a un mismo estilo –coexisten, a lo menos, dos estilos diferentes que si bien pueden llegar a yuxtaponerse de forma parcial, constituyen dos discursos

estéticos diferentes. En este sentido, los mismos sujetos dicen observar una evolución de estas estéticas; la imagen ha evolucionado, pero el concepto es el mismo.

A propósito de esta dimensión estética/especular “el/lo flaite” es reconocido en tanto, parcial o totalmente, expresión de una moda, y en tanto moda supone una relación con el consumo que, dado el carácter de *outsider* de “el/lo flaite”, es clasificado bajo diferentes criterios como consumo ilegítimo.

El primero de los criterios son los objetos mismos (las zapatillas de marca, por ejemplo). Un segundo criterio se refiere a la forma en que se usa el objeto, y a cómo dicho consumo irrumpe en lo social a través de su uso, en tanto oportunidad del uso y lugar que ocupa para el sujeto que consume.

Un tercer criterio que ocupan los sujetos de la investigación para marcar la distinción refiere a la *finalidad del consumo*. El consumo clasificado como “flaite” sería un consumo demostrativo mientras que el consumo “no-flaite” no, lo que se resume en la oposición “pasar piola”/“demostrar”. En otros relatos el consumo legítimo se lee como consumo auténtico.

Emergen, en este contexto, relatos en torno al *consumismo*, la *ostentación* y el *lujo* como característica de este consumo propio de “el/lo flaite”. Resulta relevante y paradójico que en este discurso que establece una división entre consumos legítimos e ilegítimos emergen la *ostentación* y el *lujo* en tanto objetos de crítica, que justifican la aplicación de la etiqueta “flaite” -en tanto sanción social- en lo que respecta al consumo mismo que, como sabemos, es sostenido por estas lógicas. Se trata de un recurso discursivo propio de la matriz cultural del hacendado donde la idea de austeridad es central. Frente a la desigualdad estructural, desde esta matriz cultural la solución es no hablar de dinero y no demostrarlo, evitando el dolor y el potencial conflicto (Mayol, Azócar, & Azócar, 2013), lo que constituye una evidencia de que la figura de “el/lo flaite” es una expresión de continuidad en relación a otras figuras y formas hegemónicas de marcar a sujetos subalternos en Chile. Dada la centralidad del consumo en el Chile actual se trata de un repertorio cultural que se enfrenta a ciertos problemas de congruencia.

Podemos decir que el objeto de consumo –el primero de los criterios ya señalados- condensa o expresa la relación social posible que se da en el mercado y que es esta relación la que se hace patente en el proceso de etiquetamiento de un sujeto como “flaite”. De aquí que a nivel longitudinal tenga un carácter contingente (relacionado al ir y venir de una o varias modas), pero que al mismo tiempo a nivel transversal cuente con una relativa estabilidad.

Sin embargo, al mismo tiempo es posible encontrar en los datos levantados que el objeto de consumo no es estrictamente necesario ni suficiente para la aplicación de “el/lo flaites” como etiqueta. Es decir, el objeto en sí mismo no basta, pues antes del objeto, está la forma en que se logra la escenificación del objeto.

La imagen y estética en tanto expresión de posición social y de la posibilidad diferencial de lograr la escenificación del objeto de consumo con éxito, aquí sólo tiene sentido si existe una construcción y elaboración estética original, dado que no se trata de una misma moda que ha evolucionado, sino de estéticas diferentes, que han sido significadas hegemónicamente como “flaites”. En otras palabras, lo que une a diferentes estilos y modas es la marca de la cual han sido objeto, en tanto re-elaboraciones de diferentes recursos suministrados por el mundo del consumo. La etiqueta de “el/lo flaites” es una marca sobre estas elaboraciones locales y originales. Estas elaboraciones originales, que se apropian en la forma (o formalmente) del consumo opulento como estrategia identitaria y estatus, pueden ser leídas como una disputa de la legitimidad de dicho consumo, creando referencias de estatus y gusto diferentes al hegemónico, pero que se apropia de sus formas y su lógica. Para el observador esto se traduce en que su mera irrupción pone en tensión el consumo propio sostenido por el observador, en la medida que este “otro consumo” refleja la lógica misma del consumo opulento, pero desprovista de la mistificación de la equivalencia que “normalmente” establece con el estatus social. Por lo tanto, no se trata de que jóvenes de estratos populares tiendan a vestirse con elementos “flaites”, sino que el mismo movimiento de reapropiación e innovación en donde sujetos jóvenes de sectores sociales desfavorecidos despliegan una estrategia de adopción de imágenes correspondientes, muchas veces, a lo que creen que es socialmente esperado en función del reconocimiento social (Araujo, 2009), es marcado y excluido.

En este sentido, “el/lo flaites” como etiqueta responde a la inserción de jóvenes de clases populares al entramado de signos y símbolos provistos por el mundo del consumo y funciona como un código que procesa culturalmente el fenómeno. En otras palabras, se trata de una adaptación de los códigos hegemónicos de lectura sobre la pobreza y las clases subalternas.

El segundo de los ámbitos a los que los sujetos acuden para dar cuenta de “el/lo flaites” refiere a acciones y actitudes en lo social –que denominamos como *dimensión actitudinal*. Con *acción* nos referimos a expresiones discretas y breves del hacer en lo social, y constituye uno de los objetos de referencia a propósito del cual la figura de “el/lo flaites” es evocada por los sujetos de la investigación.

Con actitud nos referimos específicamente a una *disposición* o a un *conjunto de disposiciones* que los sujetos de la investigación distinguen como tales a propósito de la figura de “el/lo flaite”. El concepto de actitud implica una disposición previa positiva o negativa sobre un objeto social específico y supone una inclinación relativamente consistente en el tiempo.

Si para la acción es indiferente el carácter público o privado de los espacios y, al mismo tiempo, puede aplicarse tanto sobre un par como sobre un desconocido, para el caso de la actitud la etiqueta de “el/lo flaite” tiende a presentarse en espacios abiertos y sobre sujetos desconocidos.

Algunas de las actitudes son la agresividad, la *prepotencia/choreza* y el pasar a llevar. La *agresividad* es la actitud que de forma más reiterada se adjudica a la figura de “el/lo flaite” y se vincula recurrentemente con la transgresión de normativas que regulan la interacción social.

La *prepotencia/choreza* es opuesta a la *humildad* y *sencillez*. Así, la humildad emerge como una característica positiva sobre la cual se legitima al sujeto en condición de pobreza. Valor positivo que se contrapone con la actividad, el carácter o la personalidad.

A partir de la centralidad que toma la dimensión actitudinal, la figura de “el/lo flaite”, que en primera instancia hace referencia a la figura de un sujeto social relativamente determinado, se multiplica no exclusivamente en relación a éste sujeto (ni a su imagen estereotipada), sino en relación a cierto tipo de acciones y actitudes que acontecen en espacios públicos y privados de la vida social.

La connotación negativa de “el/lo flaite” sumada a la adquisición progresiva de cierta autonomía –en la medida en que funciona como adjetivo- convierte a “el/lo flaite” en signifiante de pura negatividad. Dicha negatividad encuentra su condición de posibilidad en la consistencia que adquiere en tanto constituye (o refiere a) una otredad. Negatividad y Otredad son dos caras de una misma moneda.

El trasfondo que hay en la pragmática de los discurso que recrean y reproducen la figura de “el/lo flaite” es la capacidad para establecer definiciones morales contingentes en contextos diversos. Definiciones que permiten negociar o reforzar la pertenencia a una comunidad moral determinada a través de la definición de lo bueno y lo malo, lo aceptable y lo inaceptable, lo normal y lo desviado, etc.

Estas definiciones morales también se realizan en espacios donde los filtros de entrada son altos y resulta difícil encontrar en la cotidianidad sujetos que se

acerquen a la imagen cultural de “flaite”. En estos lugares la figura persiste y se multiplica en forma de adjetivo. Aquí, la posibilidad de “ser flaite” funciona como la posibilidad de quedar fuera, y por lo tanto, un incentivo para actualizar la propia identidad de clase o de pertenencia institucional. A falta de un otro presente en contra del cual afirmar la identificación propia, se multiplica en los gestos, lugares y palabras un Otro virtual y potencial. Si en lo público el etiquetado de la figura de “el/lo flaite” va en función de la vestimenta, la kinésica y el habla (como síntesis cultural del nuevo pobre-delincuente) haciendo del sujeto etiquetado un objeto digno de la sospecha, vigilancia y miedo, en contextos cerrados donde la encarnación de la figura de “el flaite” raramente transita en la cotidianidad, “el/lo flaite” se multiplica como oportunidad y riesgo. Oportunidad de ensayar performativamente la propia identidad y riesgo de ser marcado como otro moral, es decir, riesgo de quedar fuera.

En este sentido, si el contexto de pares, en específico, y el ámbito universitario, en general, constituyen lugares de disputa y negociación de un nosotros, una de las formas que es negociado y/o disputado el sentido de identidad en lo cotidiano es la figura de “el/lo flaite” en tanto criterio de demarcación de una pertenencia conflictiva, con el cual es posible ensayar performativamente posiciones identitarias. Este negociación de un nosotros a partir de la figura de “el/lo flaite” se enfrenta a las expresiones de la desigualdad social, marcándolas en sus aristas aparentemente más suscritas, donde la elección (de estilo o moda) invisibiliza su carácter discriminatorio en base a la clase social y a la posición relativa de estatus.

Retomando, hemos visto que la figura de “el/lo flaite”, a pesar de su aparente naturaleza inasible, y el carácter polar que la estructura, moviliza un sinnúmero de significados y efectos de gran densidad. Con todo, hemos logrado develar el trasfondo de su multiplicidad y flexibilidad. A pesar de que “el/lo flaite” parece ser un significante que se desborda, pudimos dar con su eje: las fronteras morales de clase.

La posibilidad de hacer definiciones morales y ensayar performativamente posiciones identitarias, hacen de “el/lo flaite” un recurso discursivo muy presente – según los mismos sujetos de la investigación- en el mundo juvenil universitario.

En este sentido, la tensión principal en la figura discursiva de “el/lo flaite” cuando es interpelada desde lo público yace en que debe sostenerse en tanto juicio moral, cuando hace referencia a un Otro marcado en función de su condición social.

También se identificaron diferentes estrategias que los sujetos despliegan en torno la marca moral de la figura de “el/lo flaite”. Más allá del nivel de

reflexividad o naturalización que fue posible verificar en torno a la figura de “el/lo flaite”, en casi la totalidad de los relatos –con solo una excepción- la carga moral no fue impugnada.

En términos globales, la condición de posibilidad de “el/lo flaite” la encontramos en el contexto de nuestra sociedad chilena actual neo-liberal. La masificación del consumo (y la deuda) ha democratizado el acceso –siempre de forma diferencial- a signos y símbolos provistos por el mercado. La estetización del mundo juvenil, ha aportado en diversidad de expresiones y culturas en lo social, emergiendo apropiaciones y creaciones culturales y estéticas desde diferentes posiciones sociales. En este escenario, y a través de la movilización y elaboración de estos recursos es que la figura de “el/lo flaite” emerge, en términos absolutos, como una bisagra en un entramado aparentemente diverso, pero profundamente desigual, ejerciendo y reestableciendo –situacional y globalmente- la antigua división entre jóvenes legítimos y jóvenes ilegítimos marcados por su procedencia de clase y posición social. Esta división se hace fundamentalmente sobre las fronteras morales de las clases dominantes y la cultura hegemónica, articulada con los procesos de construcción del sujeto peligroso, la criminalización de la pobreza y la construcción mediática del joven-pobre-delincuente. Con todo lo de invención que tiene esta figura, es decir, con todo lo positivo/activo que hay en su actualización, podemos plantear que la base material de este proceso de construcción del Otro son los cuerpos de los jóvenes subalternos que actualizan la performance “flaite”.

Sin duda en Araujo (2009) y su descripción del drama existencial de la vida cotidiana de los individuos de clases bajas, hemos encontrado la contracara de la pragmática de “el/lo flaite”; discriminación, estigmatización y ser un Otro de contra-identificación, objeto de borramiento en lo social.

El carácter discriminatorio y clasista de las connotaciones de la figura de “el/lo flaite” se esconde en su superficialidad y evidencia; su pragmática e iteratividad banalizan su utilización y la naturalizan. El “flaite” se convierte en “lo flaite”, colonizando objetos, gestos y sujetos en lo social. Este es el movimiento que fundamenta la ambigüedad ontológica de “el/lo flaite”.

Con todo, quizás el descubrimiento más simple llevado a cabo en la presente investigación es uno de sus principales aportes a la discusión en el marco de los estudios sobre juventud en nuestro país. Este descubrimiento consiste en dar cuenta de que los usuales resultados de estudios estandarizados sobre tolerancia y discriminación, no están recogiendo efectivamente la experiencia cotidiana que viven los sujetos jóvenes y no jóvenes de nuestro país. Como hipótesis, es posible plantear que ha mayor grado de educación y recursos,

más que tolerancia, los sujetos tienen un mayor manejo formal en ciertos códigos morales y éticos, esto plantearía la posibilidad de que dichos estudios están midiendo sobre todo competencias en el mundo de lo políticamente correcto y mayor distancia entre el hacer y el decir en lo social. Esta hipótesis es coherente también, por ejemplo, con datos sobre los diferenciales de violencia ejercida a nivel escolar, donde los sectores altos presentan mayores grados de intimidación física y psicológica (Toledo, 2009), sería pertinente aquí interpretar esto como expresión de un mayor manejo de estos grupos en relación a los criterios de diferenciación y el ejercicio de la violencia, sobre todo la psicológica (Mayol, 2012).

Habrá que repensar los estudios estandarizados a la luz del eje moral de las definiciones y posiciones sociales de clase. También parece necesario tomar en cuenta la relevancia de la alteridad en la construcción que los sujetos jóvenes (universitarios) hacen sobre otros jóvenes de su país.

Además de la evidencia que presentan los discursos mismos sobre este tema (es decir, su contenido textual y contextual) una parte importante de los sujetos de la investigación experimentaron un aprendizaje, un darse cuenta, relativo a las connotaciones y alcances del carácter discriminatorio de la figura de “el/lo flaute” en el mismo proceso investigativo.

Relacionado a lo anterior, la estrategia metodológica adoptada fue fundamental para lograr los resultados obtenidos, en el sentido de que una aproximación inductiva nos permitió descubrir lo que con una deductiva habría sido dificultoso. Esto es relevante para tener en cuenta en otros estudios enfrentados a problemáticas similares, donde marcos teóricos muy rígidos podrían llegar a ser un impedimento en el proceso de indagar en los datos.

A nivel teórico resulta interesante rescatar la apuesta por intentar poner en relación (sino en diálogo) objetos de estudio que generalmente han sido abordados de forma parcelada. Sin duda, las diversas dimensiones y sujetos que componen a las juventudes, justifican los esfuerzos por levantar cada una de estas realidades implicadas. Sin embargo, y prestando atención a la dimensión relacional de *lo juvenil*, la presente investigación resultó ser un ejercicio interesante para poder pensar otros abordajes que permitan poner en diálogo, en tensión, en conversación, a los diferentes sujetos y realidades que conviven (o no) en esta esfera de lo social.

La apuesta por un abordaje inductivo que hace énfasis en estar pendiente a los datos empíricos, implicó dejar afuera algunas perspectivas teóricas pertinentes al fenómeno abordado. Queda abierta la posibilidad de acometer un meta-análisis, relacionado a conceptos teóricos pertinentes, como por ejemplo el de ideología.

En relación a los límites de la presente investigación, queda abierta la posibilidad de un abordaje que permita continuar con alguna de las hipótesis que emergen de los resultados. Investigar como es significada la figura de “el/lo flaite” en jóvenes de otros contextos institucionales con diferentes composiciones socio-económicas. En este sentido preguntas como ¿En qué sector social la figura de “el/lo flaite” deja de ser una etiqueta eficiente para la definición moral de una comunidad determinada? Quedan abiertas.

Otro tema que podría ser objeto de nuevos estudios refiere a las estrategias de sujetos que se identifican o son identificados con la figura de “el/lo flaite”, ¿Cómo lidian con la marca moral y cómo significan su estilo juvenil? También, investigar en casos relacionados al “cuico-flaite” podría entregar información interesante que permitiría profundizar algunas aristas respecto a la temática abordada.

Un trabajo inverso, también podría resultar interesante, por ejemplo investigar los significados que movilizan figuras como “el cuico” en jóvenes trabajadores, o jóvenes populares y jóvenes de clase media, etc. Nos podrían ayudar a conformar un mapa de imágenes culturales en el campo juvenil que se hagan cargo de las diferencias y desigualdades que también en este campo de lo social se viven y procesan.

Finalmente, indagar las formas en que las personas conviven en lo social no siempre permite abordar al otro (los sujetos de investigación) en su dimensión de actor y productor. Como en el caso de la presente investigación, donde el sujeto investigado la mayoría de las veces es hablado por “el/lo flaite”, y pocas veces ocurre lo inverso. Esto implica, por su puesto, concepciones teóricas y disciplinares, tensiones epistemológicas y éticas. Esta es una dimensión que, en coherencia con la relevancia implícita dada a la dimensión ética de la alteridad, no puede ser soslayada. En este sentido, resulta relevante destacar que en muchos casos los sujetos encontraron en el proceso de la investigación un lugar donde detenerse a reflexionar “el/lo flaite”, sobre sus propias prácticas de significación y sus implicancias. Estos indicios de aprendizaje y reflexión, sumados al aporte que puedan significar los resultados de la presente investigación, constituyen el diferencial positivo de la misma en relación con la problemática de la alteridad.

Bibliografía

- Aguilera, O. (2009). Los estudios sobre juventud en Chile: coordenadas para un estado del arte. *Última Década*(31), 109-127.
- Alonso, L. E. (1998). Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa. En J. M. Delgado, & J. Gutiérrez, *Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales* (págs. 225-240). Madrid: Editorial Síntesis S.A.
- Araujo, K. (2009). *Habitar lo social. Usos y abusos en la vida cotidiana en el Chile actual*. Santiago: LOM.
- Araujo, K., & Martuccelli, D. (2011). La inconsistencia posicional: un nuevo concepto sobre estratificación social. *Revista CEPAL*(103), 165-178.
- Aravena, A., & Alt, C. (2012). Juventud, migración y discriminación en el Chile contemporáneo. *Última Década*(36), 127-140.
- Austin, J. L. (1962). *Cómo hacer cosas con palabras. Palabras y acciones*. Barcelona: Paidós.
- Aymerich, J., Canales, M., & Vivanco, M. (5 de Marzo de 2013). *Encuesta Tolerancia y No Discriminación. Tercera medición*. Obtenido de sitio web de Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile: <http://www.facso.uchile.cl/publicaciones/presentacion/56703/libros-electronicos>
- Baudrillard, J. (2009). *La sociedad de consumo. Sus mitos y estructuras*. Barcelona: Siglo XXI.
- Beauvoir, S. d. (2012). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Debolsillo.
- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Becker, H. (2012). *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.
- Bolstansky, L. (1975). *Los usos sociales del cuerpo*. Buenos Aires: Periferia.
- Boltanski, L., & Thévenot, L. (2006). *On justification: Economies of worth*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Bourdieu, P. (1990). La 'juventud' no es más que una palabra. En P. Bourdieu, *Sociología y cultura* (págs. 279-290). México D.F.: Guijalbo.
- Bourdieu, P. (1998). *La Distinción. Críticas y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

- Bourdieu, P. (2007). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Bourdieu, P., & Passeron, J.-C. (1996). *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Mexico D.F.: Distribuciones Fontamara S.A.
- Bourdieu, P., & Passeron, J.-C. (2009). *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Butler, J. (2009). Performatividad, precariedad y políticas sexuales. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 4(3), 321-336.
- Canales, M. (2006). *Metodologías de investigación. Introducción a los oficios*. Santiago de Chile: Lom.
- Castón, P. (1996). La sociología de Pierre Bourdieu. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*(76), 75-97.
- Celikates, R. (2009). ¿Sociología de la crítica o teoría crítica? *L'Espill*(31), 57-78.
- Cruz, M. A. (2011). Las Voces de la Pobreza en la Región de Valparaíso Urbano. *Encuentros Binacionales de Jóvenes Investigadores del Bicentenario Argentino-Chileno, Encuentro Centro, Valparaíso 2010. Secretaría de Políticas Universitarias del Ministerio de Educación de la República Argentina*.
- Cuenca, M. (2011). *Sociología de la Desviación : una aproximación a sus fundamentos*. Alicante: Club Universitario.
- Delgado, M., Fernández, M., Ferreria, M., Mogollón, A., Vargas, I., & Vásquez, M. (2006). *Introducción a las técnicas cualitativas de investigación aplicada en salud*. Barcelona: Universidad Autónoma de Madrid.
- Duarte, C. (2009). Sobre los que no son, aunque sean. Éxito como exclusión de jóvenes empobrecidos en contextos capitalistas. *Última Década*(30), 11-39.
- Duarte, K. (2000). ¿Juventud o Juventudes? Acerca de como mirar y remirar a las juventudes de nuestro continente. *Última Década*(13), 59-77.
- Duarte, K. (2005). Trayectorias en la construcción de una sociología de lo juvenil en Chile. *Persona y Sociedad*(3), 163-182.

- Elster, J. (2010). Emociones. En J. Elster, *La explicación del comportamiento social. Más tuercas y tornillos para las ciencias sociales* (págs. 164-181). Barcelona: Gedisa.
- Espinoza, F. (2009). ¿Qué hay de nuevo en la discusión sobre la "Nueva Pobreza". *Tesis País 2008*, 7-32.
- Feixa, C. (2006). Generación XX. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 4(2), 0. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=77340202>.
- Foucault, M. (2001). *Los anormales: curso en el College de France*. México: Fondo Cultura Económica.
- Foucault, M. (2006). *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI editoriales.
- Fundación Paz Ciudadana. (2003). *Delincuencia juvenil en Chile: tendencias y desafíos*. Recuperado el Marzo de 2011, de http://www.pazciudadana.cl/docs/pub_20091114185009.pdf
- Gentile, M. (2011). Los procedimientos discursivos para la construcción mediática de la figura del joven pobre y delinuyente. El "caso Jonathan". *Última Década*(34), 93-119.
- Glaser, B., & Strauss, A. (1967). *The Discovery of Grounded Theory: Strategies for Qualitative Research*. Chicago: Aldine Publishing Company.
- Goffman, E. (1998). *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hernández Sampieri, R. (1997). *Metodología de la investigación*. Colombia: Mcgraw - Hill Interamericana de México S.A.
- Hurtado, C. (2007). La emergencia de la delincuencia juvenil. En M. Rodríguez, J. Carreño, P. Rosas, N. Nuñez, C. Hurtado, A. Monáres, y otros, *Ensayos sobre la juventud chilena* (págs. 98-119). Chile: Editorial Ayun.
- INJUV. (2010). *Sexta Encuesta Nacional de Juventud*. Instituto Nacional de Juventud, Santiago.
- Instituto Nacional de Estadísticas. (2006). *Indicadores de empleo por sexo y por grupo de edad*. Recuperado el 02 de 07 de 2011, de www.ine.cl/canales/chile_estadístico/mercado_del_trabajo/empleo/publicaciones/pdf/indicadores_de_empleo_porsexo_y_grupos_de_edad_pdf
- Jáuregui, E. (2008). Universalidad y variabilidad cultural de la risa y el humor. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 3(1), 46-63.

- Kawulich, B. (2005). La observación participante como método de recolección de datos. *Forum: Qualitative Social Research*, 6(2), 0. Disponible en <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/466/999>.
- Lamont, M. (2000). *The dignity of working men: morality and the boundaries of race, class and immigration*. Washintong D.C: Russel Sage Fundation.
- Lamont, M., & Molnár, V. (2002). The Study of Boundaries in the Social Sciences. *Annual Review*, 28, 167-195.
- Lamont, M., & Thévenot, L. (2000). *Rethinking comparative cultural sociology. Repertoires of evaluation in France and the Unites States*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Larrain, J. (2008). *El concepto de ideología. El marxismo posterior a Marx: Gramsci y Althusser (Vol. 2)*. Santiago: LOM.
- Leyton, J. C. (2008). Política y ciudadanía en una sociedad neoliberal avanzada, Chile 1990-2007. *Cuadernos del CENDES(67)*, 59-83.
- Lipovetsky, G. (1990). *El imperio de lo efimero. La moda y su destino en las sociedades modernas*. Barcelona: Anagrama.
- Lozano, M. (2003). Nociones de juventud. *Última Década(18)*, 11-19.
- Margulis, M., & Urresti, M. (1998). La construcción social de la condición de juventud. En H. Cubides, M. C. Laverde Toscano, & C. E. Valderrama, "Viviéndola toda". *Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Santa Fé de Bogota: Siglo del Hombre.
- Margulis, M., & Urresti, M. (2008). Moda y juventud. En M. Margulis, *La juventud es más que una palabra* (págs. 133-146). Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Margulis, M., & Urrestri, M. (2008). La juventud es más que una palabra. En M. Margulis, *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud* (págs. 13-31). Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Matínez, A. (2004). Moda y Globalización. *Revista Internacional de Sociología(39)*, 139-166.
- Mattelard, A., & Mattelart, M. (1970). *Juventud chilena. Rebeldía y conformismo*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Mayol, A. (2012). *El derrumbe del modelo. La crisis de la economía de mercado en el Chile contemporáneo*. Santiago: Lom.
- Mayol, A. (2012). *No al lucro. De la crisis del modelo a la nueva política*. Santiago de Chile: Debate.

- Mayol, A., Azócar, C., & Azócar, C. (2013). *El Chile Profundo. Modelos culturales de la desigualdad y sus resistencias*. Santiago de Chile: Liberalia Ediciones Ltda.
- Mead, G. (2009). *Espíritu, persona y sociedad*. Barcelona: Paidós.
- Monares, A. (2007). Neoliberalismo, marginación y delincuencia juvenil. En M. Rodríguez, J. Carreño, P. Rosas, N. Nuñez, C. Hurtado, A. Monares, y otros, *Ensayos sobre la juventud chilena* (págs. 124-143). Chile: Editorial Ayun.
- Moulian, T. (1998). *El consumo me consume*. Santiago: LOM.
- Moulian, T. (2002). *Chile actual: Anatomía de un mito*. Santiago: LOM.
- Muñoz, V. (2004). Imágenes y estudios cuantitativos en la construcción social de "la juventud chilena". Un acercamiento histórico (2003-1967). *Última década*(20), 71-97.
- Noboa, L., Aguilar, S., & Chouhy, G. (2009). Las marcas de clase de la inseguridad ciudadana: juventud y pobreza. *Revista de Ciencias Sociales*(25), 46-59.
- Nuñez, J., & Gutiérrez, R. (2004). *Classism, discrimination and meritocracy in the labor market: the case of Chile*. Santiago: FLACSO.
- OIT. (2007). *Trabajo decente y juventud. Chile*. Chile: Oficina Internacional del Trabajo. Disponible en [http://www.ilo.org/santiago/publicaciones/WCMS_184334/lang--es/index.htm](http://www.ilo.org/santiago/publicaciones/WCMS_184334/lang-es/index.htm).
- Orellana, V. (2011). Nuevos Estudiantes y Tendencias Emergentes en la Educación Superior. En M. Jiménez, & F. Lagos, *Nueva Geografía de la Educación Superior y de los Estudiantes* (págs. 79-141). Santiago: Ediciones Universidad San Sebastian.
- Orlandi, E. (2012). *Análisis de Discurso*. Santiago: LOM/UMCE.
- Portes, A., & Hoffman, K. (2003). Las estructuras de clase en América Latina: composición y cambios en la época neoliberal. (68).
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo. (1998). *Informe de Desarrollo Humano en Chile: paradojas de la modernización*. Santiago: PNUD.
- Rabb, V. (2008). Juventud y empleo: un mundo de inseguridades más que certezas. *Juventud y desarrollo*(20), 19-26.
- Ramos, M., & Guzman, J. (2000). *La guerra y la paz ciudadana*. Santiago: LOM.

- Raymond, E. (2005). La Teorización Anclada (Grounded Theory) como método de investigación en Ciencias Sociales: en la encrucijada de dos paradigmas. *Cinta de Moebio*(23), 0. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10102307>.
- Redondo, J. (2000). La condición juvenil: entre el empleo y la educación. *Última Década*(12), 175-223.
- Redondo, J. (2005). El experimento chileno en educación: ¿conduce a mayor equidad y calidad en la educación? *Última Década*(22), 95-1010.
- Rodríguez Salazar, T. (2008). El valor de las emociones para el análisis cultural. *Papers: revista de sociología*, 87, 145-159.
- Ruiz, J. (2009). Análisis sociológico del discurso: métodos y lógicas. *Forum: Qualitative Social Research*, 10 (2).
- Salazar, G., & Pinto, J. (2002). *Historia Contemporánea de Chile V. Niñez y Juventud*. Santiago de Chile: LOM.
- Santos, M. (2012). Repertorios culturales y estrategias para la acción. Reflexiones desde la perspectiva de la cultura en movimiento. *Debates en Sociología*(37), 155-168.
- Searle, J. (2001). *Actos de habla*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Stephan, B. (1999). Cuerpos de la nación: cartografías disciplinarias. *Anales*, 71-106.
- Strauss, A., & Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Todorov, T. (1998). *La conquista de América. El problema del otro*. Madrid: Siglo veintiuno editores.
- Toledo, M. I. (2009). *Relación entre intimidación (bullying) y clima en la sala de clases y su influencia sobre el rendimiento de los estudiantes*. Santiago de Chile: Ministerio de Educación Gobierno de Chile. Extraído en Octubre en <https://www.google.cl/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=1&cad=rja&ved=0CC8QFjAA&url=http%3A%2F%2Fwww.udp.cl%2Ffunciones%2Fdescargaarchivos.asp%3Fseccion%3Ddocumentos%26id%3D73&ei=2P95U>.
- Toro Maureira, S. (2008). De lo épico a lo cotidiano: jóvenes y generaciones políticas en Chile. *Revista de Ciencia Política*, 28(2), 143-160.

- Torres Nuñez, R., & Zenteno Villa, M. (2011). El sistema de Educación Superior. En M. Jiménez, & F. Lagos, *Nueva Geografía del Sistema de Educación Superior y de los Estudiantes* (págs. 13-79). Santiago: Ediciones Universidad San Sebastián.
- Tugendhat, E. (2004). *Egocentricidad y mística*. Gedisa.
- Urcola, M. (2003). Algunas apreciaciones sobre el concepto sociológico de juventud. *Invenio*, 6(11), 41-50.
- Valles, M. (2000). *Técnicas Cualitativas de Investigación Social*. Madrid: Editorial Síntesis S.A.
- Wacquant, L. (2010). *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires: Manantial.
- Zarzuri, R., & Ganter, R. (2003). *Culturas juveniles. Narrativas minoritarias y estéticas del descontento*. Santiago: Universidad Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Documentos referidos

- Jaque, J. M. (16 de noviembre de 2005). "Soy flayte y estoy atemorizado". Cristián Varas presentó un recurso de protección por campaña radial. *La Nación*, pág. 19.

Anexos

Anexo n°1. Consentimiento informado

Consentimiento Informado

Gian Franco Romano Andreo

Memorista Universidad de Valparaíso

Este formulario de consentimiento informado se dirige a jóvenes universitarios de la V Región invitados a participar en la investigación “Dimensiones de la figura de *el flaite* en el discurso de jóvenes universitarios de la V región”.

Mi tesis trata sobre la figura de *el flaite*. El objetivo general es describir cómo esta figura es recreada en los discursos juveniles. En términos muy generales, la idea es descubrir las dimensiones que se ponen en juego respecto a la figura de *el flaite* en el Chile de hoy.

Participarás en una dinámica de conversación grupal y/o una entrevista. En el primer caso consistirá en un diálogo entre pares sobre el tema propuesto, con una duración aproximada de 60 minutos. En el segundo caso, de participar en la entrevista individual, la dinámica consistirá en un dialogo con el investigador y durará alrededor de 40 minutos.

Tu participación en esta investigación es totalmente voluntaria y el investigador se compromete a mantener el anonimato de quienes participen en la investigación. La información que se recogerá durante la investigación será tratada de forma confidencial.

Fecha _____

Nombre del Participante _____

Firma del Participante _____

Firma Investigador _____

Anexo n°2. Porcentaje Matricula por Región BD_SIES2012

“Matriculados 2012 por región”

REGION	Total
I REGIÓN	1.35%
II REGIÓN	3.72%
III REGIÓN	0.99%
IV REGIÓN	3.71%
IX REGIÓN	5.12%
REGIÓN METROPOLITANA	46.01%
V REGIÓN	10.73%
VI REGIÓN	2.54%
VII REGIÓN	6.24%
VIII REGIÓN	12.04%
X REGIÓN	3.13%
XI REGIÓN	0.17%
XII REGIÓN	0.73%
XIV REGIÓN	1.86%
XV REGIÓN	1.63%
Total general	100.00%

Fuente: SIES_MATRICULA_2012

Anexo n°3 Pauta de entrevista

Introducción

Primero que todo, agradezco que hayas accedido a participar en esta entrevista. Como ya lo debes saber esta actividad se enmarca en mi trabajo de tesis. Yo te voy a proponer una temática determinada en relación a una imagen que existe sobre y desde la juventud. La idea es que me puedas comentar todo lo que tu sepas o pienses sobre la temática que te voy a proponer. Siéntete con toda la libertad para opinar y plantear tus puntos de vista. No hay comentarios correctos ni incorrectos. Tu participación queda en el anonimato. Nuevamente muchas gracias.

Provocación

En diferentes lugares y momentos se habla de el flaite, es relativamente común escuchar sobre esta figura, quizás particularmente entre jóvenes. Lo que estoy investigando es sobre esta figura y cómo la entienden los jóvenes. Entonces me gustaría saber, para empezar,

Preguntas

¿Qué es lo primero que se te viene en la cabeza respecto a “esta figura – el flaite – los flaites”?

Si tuvieras que describirlo a alguien que no es de acá ¿Quiénes son y cómo son?

¿Son sólo jóvenes los flaites? ¿Qué relación tiene la juventud con “el flaite”?

¿En qué uno se debería fijar para catalogar (con éxito) a alguien o a un grupo de Flaite?

¿Puede una mujer ser flaite?

¿Es frecuente su uso?

Cuando en lo cotidiano alguien dice Pablito es flaite o este grupo que se junta ahí es flaite qué significa? ¿Qué quiere decir?

Otros recursos

(En caso de que a lo largo de la entrevista emergen temas de discriminación, para profundizar en estos temas presentar alguno de los siguientes temas, dependiendo de cómo se ha dado la entrevista)

Presentación de dato: En la 6ª Encuesta Nacional de la Juventud (INJUV) se le pregunta a los jóvenes por aquel(los) grupo(s) de personas que no se quisiera(n) tener como vecino(s). Dentro de una variedad de grupos propuestos (mapuches, peruanos, bolivianos, drogadictos-alcoholicos, Skin-heads). Los “Flaites” aparece

en tercer lugar, con un 47,4% de preferencias luego de “Neonazis” (68%) y de “drogadictos/alcohólicos” (58%). Pero para los jóvenes universitarios los “Flaites” quedan en el segundo lugar con un 62,1%, por encima de “drogadictos/alcohólicos” (58,1%) (INJUV, 2010). Es aquí donde me quisiera detener: la importancia que adquiere la figura del flaite.

Relato sobre campaña “piteate un flaite”

En el año 2005 el programa radial Máximo Volumen (Radio Carolina) se vio envuelto en una polémica en torno a una campaña que, según sus creadores, pretendía ser humorística. Esta pseudo-campaña se tituló Pitéate un Flaite y consistía en la escenificación de un llamado a la eliminación de las personas que respondían a las características que se atribuyen a un flaite, al tiempo en que se acudía a un estereotipo de joven urbano, pobre y delincuente. Las connotaciones clasistas, racistas y discriminatorias (aún más crudas en las ramificaciones que tuvo dicha campaña en internet) motivaron a un grupo de ciudadanos patrocinados por la diputada Carolina Tohá a presentar un recurso de protección en contra de la emisora. Luego de esto, la radio decidió sacar dicha campaña del aire. (Jaque, 2005, 16 de Diciembre).

Anexo nº4 Lista de códigos

Lista de Códigos

Code-Filter: All

HU: AnálisisTesis
File: [C:\Users\kko\Desktop\AnálisisTesis.hpr6]
Edited by: Super
Date/Time: 2014-01-02 01:32:41

"Mujeres cuidando sus hijos"
"No se ..."!/Es complicado_Ambigüedad Ontológica
"Superficialidad/profundidad de la figura de "el flaite"
"Ten cuidado"
(Otra) cultura
A veces... son buenas
Acción
Actitud
admitir el prejuicio propio
Adultos: cualquier cosa rara es mala
Afecta a todos
Agresividad (/pasividad)
Ahí se nota más
Al final todos entienden el significado de la palabra
Al punto de ser burdo
Algo defectuoso/mal hecho
Ambiente Universitario (contexto)
Amigos de
Aspiracional
Asqueroso/sucio
Ausencia de sujeto identificado
Autenticidad
Barras bravas
Buenas/malas personas
Burbuja/colegio
burla
Campaña "piteate un flaite"
Carrete
Choro
chulo/a
Chulo/flaite (Diferencia?)
Ciudad ordenada
Clase social vs Acción
Clase social/condición social
Cogotero
Colegio
Comida cuica
Como agrupación (de ellos mismos)
Comportamiento
Consecuencias (daños)
concepto abierto/amplitud
Concepto difuso/problemático
Condiciones necesarias pero no suficientes
confianza
Conflicto
Connotación negativa
Connotación positiva
consumo-objetos de consumo
Consumo (i-leg)
Consumo/consumista
convivencia
Creación de su propio mundo
Criterio(s) de distinción/diferencia

Cualquiera puede ser flaite
Cuando se asemeja a...
Cuerpo-contextura
Cuico
Cuicos flaites
Daño de lo público y lo privado
De arriba hacia abajo
Defender la identidad
Definición moral
Dejarlos ser/derecho a ser-autenticidad
delincuente/delinquir/ladrón
Demostrar-Exacerbar
Densidad
Descalificación
Descalificación (vs discriminación)
Desde fuera
Dese estilo Hiphopero a más formal
Desmanes
Desmarcarse
desordenado
Despectivo/Peyorativo
Diferencia entre pobre y flaite
diferentes-No son lo mismo
Dificultad de catalogar de "flaite"
dimensión de género
Dimensión pragmática (Lo que se dice con "flaite"!)
dimensión situacional
Discriminación laboral
Discriminatorio/ción
Discurso presidencial
Discurso público/discurso privado
Distancia/cercanía Social
Distinguirse
Distintos tipos de flaites
Drogas, alcohol
Educación
Educación in/formal
El flaite hace la moda
El Flaite y lo político
El que está al acecho
Elección
en ámbitos sociales sí discriminan
En el ámbito de la (inter)acción
En grupo/solo
En la esquina
En la familia
Encasillar/clasificar---> límites
Encuesta mentirosa
Entorno
Entre pares
Es común/ habitual
Esforzado/flaite
Espacio privado
Espacio público
Estereotipar/po - Clasificar
estigma
Estudios (Con/sin)
Etiquetas
Evolución de la estética
Exclusión
Familia
Familia flaite
Feminización del hombre flaite
Flaco/flacuchento
Flaite

Flaite "es" Otro(s)
Flaite "somos" nosotros(yo)
Flaite como actitud callejera
Flaite como combinación de muchas cosas
Flaite como elección
Flaite como imagen personificada
Flaite como problema
Flaite como sujeto concreto/etiqueta
Flaite existe en todo el mundo
Flaite mujer
Flaite puede ser cualquier cosa
Flaite y juicio
Flaite/Delincuente
Flaites encubiertos
Flaites vs Nazis
Forma-estilo de vida/ Forma de ser
Forma de consumo
Forma de hablar /vocabulario
Forma de vestir
Forma de vestir y actitud
Forma(s) de presentarse en lo social
Formarse un juicio sobre el tema
Formas de usar las cosas
Futbol/actividades deportivas
Futbolistas (o deportistas)
Generalizar/ción
Gestión de la diferencia
Gitano
Grupo/ estilo
guachaca
Habla juvenil
Hay flaites en Perú?
Hiphop-eros
hipocresía/hipócrita
Hombre/mujer
huasos, campesinos, punkis, raperos y flaites
Humilde/prepotente
identidad/ficación
Imagen vs Actitud
Imagen/estética
Incomodidad
Indeseable
Indiferencia
Individualismo y discriminación
Inevitabilidad de los prejuicios
informalidad
Inseguridad
Integración - aceptación
Inter/intra grupos
Interrupción
Intervención valórica del Estado
Jerarquías
Jóven de + altos recursos
Jóvenes que se identifican como Flaites?
Jóvenes: lo diferente no es necesariamente malo
Kinésica
La luega
La pobreza te hace vulnerable a ser flaite
Ladron "de cuello y cobarta"
lejos canon europeo
libertades
Liceo tec o comercial
Límites de PALABRA "flaite"/el flaite como palabra
Llamar la atención
Lo joven y el flaite

Lo nombran por su nombre
Lo peor de...
Lo público como beneficio de la gente
Lo que dice "el flaite" del observador
Los adultos discriminan, pero no encasillan en un nombre
Los flaites discriminan?
Lugar de encuentro
Lugar/es
Mal miradas (palabras)
Mal uso del concepto "flaite"
Malo/bueno
Manual de Carreño
Mapuche discrimine a chileno
Marcas
Marcha(s) (estudiantiles)
Marginalidad/Marginación
Medios de comunicación
Medida
Método
Miedo
Miedo a perder cosas (robo)
Minorías
Mito
Moda - Estilo
Modales
Modos
molestia-indignación
Moreno
Motivaciones/prioridades
Música fuerte
Nana(s)
No se preocupan por el mundo
Objetos como blanco del etiquetado
Opulencia y estatus
Orden
Ordinario(s)
Origen del concepto flaite
Ostentación/ción
Otra vola/Otros códigos-lenguajes/Otra mirada
Otros robos
P Abertura tormenta de Ideas
P grupo de personas indeseables
P Lo que provoca
P Otros grupos presentados
P Posición ocupada Flaite (como figura)
Pandillero/pandilla (poblacional)
parlantes en la calle
Pasa piola
Pasar a llevar
peinado
pero tiene plata
picante
Picarona
Plata(con/sin)
Población
Pobreza/pobre
Poco limpio
Polisemia
Política (sin)
popular
Por el entorno
Preguntas usos cotidianos
Prejuicio(so)
Principio de Identidad (Discrcción/ident)
Prototipo

Pudahuel
punte alto
Puntudo
Qué sentido sino es el de discriminación?
Rango etario
Rasgos faciales
Raya paredes, micros
Rechazo
Reconocimiento relación imagen y actitud
Reflejamos todo lo malo de nosotros en ellos
Reggetón
Relación de Poder
Relatividad del "flaite"
Relativización del juicio moral
Relevancia del tema
Residencia
Respeto/Sociedad de
Rico
Riesgo-peligro-cuidado
Risa
Rosa Espinoza
Roto
Roto con plata
Se me pegaron palabras
Se me salen modismos flaites
Se va pegando
Segmentación IES y discriminación
Segmentación, segregación y discriminación
Segregar
Si hay identidad hay discriminación
Sin conocimientos
Sin contexto social
Sinónimos que no son (lo mismo)
situaciones y contextos para el uso
Situación socio-cultural
Sociabilización
Sociedad
Sospechoso/cha
Subespecie
suburbios gringos
Sujeto marcado
Sujeto peligroso
Territorio
Término negativo
Tiene una mancha es flaite
Tipo de cosas
Tipo de música
Tolerancia
Transgresión de normas
Tribu urbana
UAI
Un adjetivo calificativo negativo
Un Otro legítimo?
Una palabra
Universalización del concepto "flaite"
Universitarios
Uso "correcto"(x oposición)
Uso lúdico
Uso personal
Usos (cotidianos)
Valores
Vandalismo
Viejo flaite
vigilancia
Vulgar

Wachiturros / Flaites
Yo puedo ser flaites